

p. 3

CUENTOS DEL DOMINGO



RONQUILLO



TERCERA SERIE



VALPARAÍSO:

TALLERES TIPOGRÁFICOS DE «LA UNIÓN»

1916

CUENTOS DEL DOMINGO



RONQUILLO



TERCERA SERIE



VALPARAÍSO:

TALLERES TIPOGRÁFICOS DE «LA UNIÓN»

—
1916

CHURCHES OF THE ROMAN CATHOLIC

* *

OF THE ROMAN CATHOLIC

* *

THE ROMAN CATHOLIC

* *

* *

* *

DINERO MAL HABIDO...

Allá por entre los años de 1875 o 1876 vivía en Los Andes una familia de apellido Maldonado, compuesta del padre, la madre, cuatro o cinco hijos hombres y dos mujeres; sin ser de lo más granado entre las familias de esa ciudad, no eran tampoco gente ordinaria, sino que ocupaban una posición dudosa entre la buena clase y el medio pelo; y su situación era la de una "familia decente" pero de cortos recursos, y vivía en pobreza y en cierto aislamiento.

Se decía que habían tenido antes algunos bienes de fortuna y los habían perdido, por malos negocios según algunos, por malos manejos según otros, y de puro tontos según los que más los conocían; y los que esto último decían comprobaban la tontería de los Maldonados diciendo que uno de los mozos tenía el vicio de comerse "las cajas de unto", o sea el betún de los zapatos, y que otro había contraído una pulmonía, de la cual murió, por-

que una noche creyéndose gallo se había subido a dormir entre las ramas de un árbol.

Tenían su domicilio en una casa muy grande, muy antigua y muy vieja, situada a unas dos cuadras de la plaza hacia el oriente y en una de las principales calles de la ciudad, casa que los Maldonados arrendaban desde muchos años; y su medio de vivir era un despacho de abarrotes que el padre tenía en una de las piezas exteriores de la casa.

Todo se armonizaba allí muy bien: lo viejo y ruinoso del edificio, la decadencia de la familia y lo mezquino del despacho, o almacén, como los Maldonados lo llamaban. Pasando a caballo y al galope por delante de las puertas del despacho, se podía hacer cómoda y descansadamente el inventario de existencias: un saco de harina a cada lado de la puerta, diez cajas de sardinas, seis panes de jabón, un cajón de azúcar, otro de yerba-mate, un poco de arroz, dos cuelgas de velas de sebo, una o dos trenzas de ajos, y una botella de chicha o de chacolí—según la estación—sobre el mostrador de las ventas: en total, generosamente calculado, cincuenta pesos. A todo esto podían agregarse las mercaderías que no estaban a la vista sino guardadas en cajones bajo el mostrador, como pan, algo de charqui, y algunos otros comestibles y bebestibles.

El padre de familia, don Ramón, como se llamaba en realidad y como le decían los que hablaban con él, o "el guatón Maldonado", como era el nombre que le daban todos en la ciudad, era un individuo de gran volumen, no tanto porque fuera de gran estatura, como por ser estruendosamente gordo y panzudo. Y como el sobrenombre se extiende a la familia, aunque no se extienda la cualidad que le da origen, los hijos de Maldonado se llamaban "los guatoncitos", aunque eran flacos, y "las guatonas" las hijas, a pesar de que no tenían carnes ni para el gato.

El guatón Maldonado era el que

administraba y despachaba en el negocio, entre resoplidos y sudores provocados por su mucha gordura.

—Ud. debía estar sentado—don Ramón—solían decirle los compradores, y hacer que sus hijos atendieran el despacho.

—¡Sí, y a la semana quiebro!—respondía Maldonado.—No saben ustedes lo tontos que son mis pobres niños: cuando venden pan, dan siete en vez de seis por cinco centavos, revuelven el chacolí con el aceite, y son capaces de comerse las cajas de unto, porque le encuentran gusto a chancaca.

II

Pero si el padre no podía valerse de los hijos por lo tontos, él no lo hacía mucho mejor por su parte: se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo detrás del mostrador, y los compradores tenían que despertarlo para que vendiera lo que pedían, y despertaba medio sobresaltado y le costaba algún trabajo despejarse y ponerse a la altura de las circunstancias.

Los pilluelos del barrio solían aprovechar los sueños cabeceados de don Ramón para colarse detrás del mostrador y coger algún pan o algún terrón de azúcar y salir sin pagar y sin ser sentidos.

Un hecho pondrá de manifiesto que don Ramón con sus cabeceos no valía más que sus hijos con sus tonterías, en cuanto comerciante.

Una tarde de verano entró al despacho un roto, tal vez por comprar, tal vez por tomar algo de lo ajeno: con las "chalañas" no hacían sus pisadas ruido alguno y no despertaron al dueño del despacho; y cuando el roto lo vió dormido y roncando apaciblemente, tomó un saco de harina de los que estaban a los costados de las puertas, se lo echó al hombro y, avanzando hacia el mostrador, dejó caer sobre éste el pesado saco con gran violencia y el consiguiente estruendo. Des-

pertó don Ramón sobresaltado y preguntó con mal humor:

—¿Para qué tanto ruido, caramba? ¿Qué se te ofrece?

—Vengo a ver, patrón, si me compra este saquito de harina.

—¡Véte con tu saco al diablo, y no me friegues la paciencia! ¿Que no han de dejarlo a uno echar tranquilo un despunte!

El roto se echó nuevamente el saco al hombro y se fué con él, mientras don Ramón volvía a sus cabeceos, sin darse cuenta de que acababan de robarle un quintal de harina.

Pero esos sueños que echaba en el día tenían la ventaja de que lo habilitaban para despabilarse de noche. Don Ramón mantenía abierto su almacén hasta las 12, pues siempre llegaban algunos parroquianos después de comida, trabajadores o gañanes, que se instalaban delante de las mesitas colocadas entre el mostrador y las puertas, y que solían pedir algún "cauceo": queso aliñado, un poco de charqui, una lata de sardinas o algo por el estilo, y que remojaban con abundantes tragos de chacolí, o de chicha, a la luz de una mala lámpara de parafina y conversando más o menos ruidosamente según la cantidad de líquido que iban bebiendo.

Don Ramón atendía siempre a estos clientes, muy avisado para que no se fueran sin pagarle, y solía tomar parte en sus conversaciones; y según decían las malas lenguas, eran ésos los momentos en que solía comprar objetos o mercaderías de procedencia dudosa, fruto talvez de un robo; pero bien caro pagaba estos negocios ilícitos porque muchas veces se dejaba engatuzar por algunos que les llevaban misteriosas noticias sobre una venta de mina y le pedían y sacaban algún dinero para los primeros trabajos.

Con todo esto, iba enterando don Ramón sus días, y el negocio le rendía muy escasas utilidades; pero como no gastaba en empleados, como el arriendo de la casa era bajísimo y

como la vida era sumamente barata en aquellos tiempos, las pocas utilidades alcanzaban para asegurar el pan y el alojamiento de la numerosa y ya talluda familia. Poco ganaban en consideraciones sociales con tal medio de vida y con los negocios que les atribuían las malas lenguas, pero al fin vivían y esto era lo esencial.

III

Una noche, como de costumbre, comenzaron a llegar algunos clientes al despacho, todos ellos trabajadores al día, y que se dedicaron al consumo habitual, acomodándose ante las mesitas del amplio espacio libre entre las puertas y el mostrador.

—Don Ramoncito, una libra de queso—pedía uno—y aceite y ají para aliñarlo.

—Y unos tragos de chicha para que pase bien por el gástrico y no nos atoremos.

—Y buen pan candeal, don Ramoncito.

—A nosotros una caja de sardinas y trago.

—Y a nosotros charqui, pero que sea sin grasa, don Ramón.

—Y sobre todo que no sea de caballo.

—¿Cuándo te he vendido charqui de caballo?—preguntó don Ramón irritado.—¿Que te falta a tí algún pedazo que yo haya hecho charqui?

—Si es por decir, don Ramón: no se enoje.

—¡Las ocurrencias de estos majaderos! ¡Como si no fueran más caros los caballos que los bueyes!

—Pero los caballos que se mueren son muy baratos, pues, don Ramón.

—El día en que tú me veas comprar algún caballo muerto, te regalo su peso en charqui de vaca.

—No se comprometa, don Ramón; mire que le puede salir mal el negocio.

Los demás comensales intervinieron para hacer callar al bromista y para tranquilizar al despachero, que se iba irritando por grados, y todos se pusieron a comer y a charlar tranquilamente.

Eran más o menos las 10 de la noche, cuando entró al despacho un cliente nuevo, a quien no se había visto nunca por allí: era un individuo de unos cuarenta o cuarenta y cinco años, de no mala presencia, y que iba abrigado con uno de esos ponchos angostos y largos, terminados en flecos en ambos extremos y que eran usados solamente por los viajeros procedentes de la Argentina.

—¡Buenas noches!—dijo el recién llegado al entrar.

—¡Buenas noches!—contestaron todos, mientras el argentino se sentaba ante la única mesa que quedaba desocupada.

—Diga, amigo—agregó el nuevo cliente, dirigiéndose al dueño de casa—: ¿no tiene Ud. alguna cosita que darme de comer?

—Sí, por cierto: hay queso, charqui, sardinas, pan, y trago abundante—contestó don Ramón.

—¡Bueno, pues, amigo! Vaya sirviéndome un poco de queso y pan, y sardinas.

—Pero hay que pagar adelantado—dijo el dueño de casa.

—¡Como sea la costumbre, che!

—A los forasteros les cobro adelantado, porque no sabe uno con quién trata.

—No hemos de reñir por eso: diga cuánto es.

—Veinte centavos del queso con el aliño, cuarenta de las sardinas, y diez de chicha; el pan va de “yapa”: total, setenta.

Los trabajadores se miraron sorprendidos al oír estos precios.

—¡A mi cargo!—dijo uno de ellos

media voz a su compañero.—Le está cobrando el doble don Ramón, sólo porque es forastero.

—Bien hecho, para que no sea cubano—contestó el compañero.

El argentino pagó sin regatear y por adelantado y empezó a comer y a beber con mucha pausa, como quien tiene tiempo de sobra y nada que le urja.

Los demás siguieron en su charla y en su comilona; de cuando en cuando alguno de ellos dirigía la palabra al argentino, pero éste respondía sólo con monosílabos y se mantenía extraño a las conversaciones de los demás; y así fueron pasando minutos y cuartos de hora, y a medida que pasaba el tiempo, se iban emborrachando los comensales y aumentando el consumo de chacolí o de chicha.

El forastero, entre tanto, después de consumir los comestibles, seguía tomando chicha a traguitos cortos y muy espaciados, como quien no quiere excederse en la bebida y sí sólo dejar correr el tiempo; y alternaba los traguitos con chupadas de cigarro, que hacía él mismo.

—¡Este viene detrás de algo!—se decía entre tanto don Ramón.—Puede ser que traiga algún negocito de contrabando.

IV

La campana de la cárcel, único reloj público de la ciudad por aquellos tiempos, tocó las 12, y apenas las oyó don Ramón, se levantó y dijo:

—Niños, ya son las 12: a pagar y a su casa.

Y tomó un garrote, que parecía ser el lápiz con que ajustaba las cuentas a los que se resistían a pagar. Los consumidores no opusieron objeción alguna, sino que pagaron con mayor o menor facilidad y fueron retirán-

dose, aunque uno o dos quisieron hacerse rastras para seguir bebiendo.

—Bueno, don Ramón—dijo uno—: para otra vez ¿oye? no me da charqui de caballo, ¿eh?... Y no me diga que no era de caballo, porque lo estoy oyendo relinchar en el estómago.

Todos se fueron, menos el argentino, y al verlo le preguntó el despachero:

—Y Ud. ¿piensa alojar aquí?

—Nó, pero tengo un asunto importante que tratar con Ud., ¿sabe?

—Yo no tengo ningún negocio con Ud.

—Pero yo sí que tengo, y le importa mucho a Ud. a y mí. Cierre las puertas, don Ramón, y después hablaremos.

Maldonado miró con desconfianza al argentino, pero talvez le halló cara de hombre bueno, pues cerró las puertas del despacho y en seguida tomó una silla y se sentó cerca de aquél, mesa de por medio y con el garrote en la mano.

—¿Para qué me necesita Ud?—preguntó.

—Ante todo, dígame: Ud. no es propietario de esta casa, ¿no es verdad?

—Nó, señor: la arriendo.

—Y según me han dicho Ud. es hombre honrado, pobre y cargado de familia.

—Todo eso es muy cierto; pero ¿qué le importa a Ud?

—No se impaciente, don Ramón. Voy a explicarle por qué le hago todas estas preguntas. Otra más: ¿es Ud. hombre capaz de guardar un secreto?

—Soy hombre maduro, y no acostumbro proceder como los muchachos ni como las mujeres.

—Pues bien: ha de saber Ud. que yo he hecho viaje, especialmente, de la Argentina para buscar un entierro

de dinero, de una gran cantidad de dinero, y los datos que tengo me dan la seguridad de que dicho entierro se encuentra en esta casa.

Abrió don Ramón ojos y boca con muestras del mayor asombro, sin acertar a decir una palabra, y sólo al cabo de algunos momentos consiguió decir:

—Pero..., ¿es de veras... eso?

—Tan de veras, como que ahora es de noche y como que Ud. se llama Ramón Maldonado.

Levantóse al punto el despachero y fué a cerciorarse de que las puertas estaban bien cerradas y de que nadie podía oírlos; después volvió al asiento, que acercó aún más al argentino, y le preguntó en voz muy baja:

—¿Y dónde está el entierro?

—Poco a poco, don Ramón: arreglemos otros puntos primeramente. Le he preguntado si es hombre capaz de guardar un secreto, porque es necesario guardarlo: la ley chilena dispone que en todo hallazgo de tesoro la mitad sea del propietario del sitio; y como eso no nos conviene, sino que es mejor que nos repartamos el entierro por mitades entre Ud. y yo, es necesario que de este asunto no se imponga absolutamente ninguna persona extraña.

—Le juro, mi amigo, no decir a nadie ni una sola palabra.

—¡Bien! Esta noche no alcanzamos a hacer nada; pero mañana en el día aliste algunas herramientas, sobre todo un par de barretas y una escala; yo vendré en la noche, lo mismo que lo hecho en ésta, y cuando ya se hayan retirado todos sus parroquianos, busquemos el entierro con el derrotero que he traído y que guardo en mi alojamiento, y lo sacamos.

—¿Y vamos a hacer el trabajo entre los dos? Fíjese Ud. en que no soy hombre capaz, por mi gordura, de mover mucho una barreta, y Ud. solo se cansaría.

—He previsto el caso, pero no necesitamos personas extrañas: Ud. tiene hijos, mozos ya, y pueden ayudarnos en la tarea.

—Sí, pero el mayor solamente, pues los otros son unos papanatas y luego saldrían contándolo todo por el vecindario.

—Pues celebro encontrarme con un hombre tan de buen sentido. Entre su hijo mayor y yo sacamos el entierro, y nos partimos por mitades. Le aseguro que es asunto que vale la pena.

—Se lo agradezco con toda mi alma, pues Ud. me saca de la miseria.

—Los dos nos ayudamos en esto, don Ramón. ¡Ah! No se olvide de tener un par de barretas y una escala no muy chica, y de preparar algunos comistrajos y un traguito para pasar la noche y tener fuerzas para el trabajo.

—Pierda cuidado: todo eso corre de mi cuenta y nada se me olvidará.

Y se despidieron, entre repetidas expresiones de agradecimientos de parte de don Ramón y recomendaciones del argentino de guardar el más completo silencio.

V

A la noche siguiente, al rededor de las 10, llegó el argentino al despacho de Maldonado; a esa hora ya había algunos clientes que charlaban, comían y bebían, y aquél se sentó a hacer otro tanto, solo y sin meterse en conversaciones con los demás; entre tanto el dueño de casa se mostraba nervioso y por su gusto habría despachado a toda la clientela, pero lo contenía el argentino con una mirada oportuna.

Así pasaron las dos horas, y apenas la campana de la cárcel tocó las 12, Maldonado cobró el consumo, despachó a los consumidores, cerró las puertas del despacho y volvió a ponerse a las órdenes del argentino.

—¡Estoy listo y a su servicio, mi amigazo!

—¿Tiene Ud. la escala y las barretas listas?

—Sí, y un buen "cauceo" para la traspasada.

—¿Y su hijo?

—Está en la pieza vecina esperándonos.

—El resto de su familia ¿se ha impuesto del asunto?

—No, nada les he dicho yo ni mi hijo Antonio tampoco; además, todos duermen muy al interior.

—¿Y está Ud. bien seguro de que nadie nos aguaita?

—Perfectamente seguro.

—Muy bien, pues. No olvide Ud., señor don Ramón, que en este negocio me he confiado enteramente a su honradez y su lealtad; vengo solo y me entrego por completo a Ud. y a su familia.

—Y Ud. no tendrá absolutamente ningún motivo de queja con respecto a nosotros.

—Pues, entonces, demos principio a nuestra tarea.

Y el argentino sacó de un bolsillo interior un papel muy envuelto en otros y metidos todos, hechos un rollito, dentro de un tubo de caña. Extendió el papel sobre el mostrador, y don Ramón vió claramente que estaba trazado allí un plano completo y detallado de la casa.

—¿Vé Ud.?—dijo el argentino, señalando el plano.—Por este cañón de piezas que sigue derecho desde el despacho hacia dentro, tenemos que seguir nosotros, y en la tercera pieza, en el sitio marcado por esta crucecita roja, se halla el sitio del entierro. ¿Hay alguien que duerma en esa pieza?

—Nadie, y nadie tampoco en las vecinas: la familia ocupa este otro cañón lejano del edificio; y por consiguiente podemos trabajar sin que nadie nos moleste.

—¡Tanto mejor! Llame a su hijo,

Ud. nos alumbra con la lámpara y nosotros llevamos las herramientas.

Llamó Maldonado quedamente en la puerta de la pieza vecina, entró el hijo, que era un mozo de veintidós años, se saludaron con el argentino y en seguida, con el plano a la vista, se dirigieron a la pieza del entierro, y allí trasladaron muy pronto la escala y las barretas. Colocó el argentino la lámpara sobre un cajón bastante alto, y tomando la escala la llevó a un ángulo de la pieza, después de consultar el plano y otros papeles, y la apoyó contra la muralla.

—Allá, arriba—dijo—, en el punto en que se apoyan las vigas sobre la muralla, se encuentra el entierro. La muralla es muy gruesa, de adobe, según indica el derrotero, y va a darnos algo que hacer. Yo comenzaré el trabajo, y cuando me canse, lo continúa su hijo, y así vamos turnándonos.

—Perfectamente— contestó Maldonado—, pero bien podemos comenzar por echar un trago y comer algún bocado.

Bebieron todos, comieron algo, y el argentino trepó por la escala, con una barreta en la mano, y al llegar al punto que había señalado, empezó a dar barretazos, cuidadosamente, para no meter mucho ruido. Trabajó más o menos un cuarto de hora sin hacer mucha mella y bajó:

—El adobe está muy duro—dijo— y lo incómodo de la postura no permite trabajar mucho. Ahora le toca a Ud., joven.

Subió Maldonado hijo a la escala y continuó la obra, mientras el padre y el huésped comían y bebían. El mozo trabajó lentamente, por más largo tiempo que el argentino, pero su tarea cundió menos que la de éste, como si fuera flojo y desmañado o como si deliberadamente quisiera perder el tiempo.

Así siguieron turnándose el argen-

tino y el panzón joven, y si aquél hubiera sido mejor observador, habría notado: que la labor del mozo era más lenta y más larga que la suya; que cuando él trabajaba, el padre y el hijo comían más que bebían; y que, a la inversa, cuando trabajaba el hijo, el padre hacía que el argentino menudeara los tragos y bebiera en mayor proporción que lo que comía. De este modo fueron pasando las horas, y cuando se hallaba el panzón menor en lo alto de la escala, empezó a entrar la luz del alba por las ventanas de la pieza, visto lo cual, descendió el mozo de la escala aparentando estar rendido de cansancio.

—La muralla es sumamente dura—dijo—y no se puede avanzar gran cosa.

—Mire, amigazo—agregó Maldonado padre—¿no sería mejor suspender el trabajo?

—¡Pero si falta tan poco!—observó el argentino.—¡Unos cuantos barretazos más, y queda todo terminado!

—No tan poco—replicó el joven—, pues la pared resiste.

—Y además note usted—añadió el padre—que ya está de día, va a comenzar el movimiento de la casa y no conviene que nos hallen en la tarea.

—Tiene razón, ¡pero...

—Pero usted desconfía ¿no es verdad? Pues bien, usted puede alojar en esta misma pieza. Antonio, entra cuidadosamente a mi cuarto y traes un colchón y ropa y hacemos aquí la cama al caballero.

El argentino no halló razones que oponer y aceptó; el mozo fué a buscar y trajo el lecho, lo arreglaron en el suelo, y antes de separarse echaron nuevos tragos y se despidieron. El forastero se acostó y se quedó dormido muy pronto y con un sueño muy profundo y pesado.

VI

El argentino durmió hasta muy

avanzada la tarde y despertó con la cabeza dolorida.

—Es curioso—se dijo—: no hemos comido cosas indigestas, la bebida no era malsana, soy bueno para trasnochar; no me explico, pues, esta gran pesadez de la cabeza.

Ramón le llevó de comer, pasaron juntos en la pieza el resto de la tarde, sin salir ni al patio; en la noche el mozo hizo compañía al huésped, y poco después de las 12 reanudaron la tarea, pero fué el joven solamente el que trabajó, por causa del dolor de cabeza que afectaba al forastero.

Al cabo de una hora, un golpe de la barreta produjo un sonido claro, dió el mozo otros pocos barretazos y después exclamó:

—¡Una tinaja!

—¡Siga cavando alrededor, mi amigo—dijo el argentino—, hasta que la ponga en descubierto y sea fácil sacarla!

Siguió trabajando el mozo y media hora más tarde quedó toda la tinaja en descubierto. Subió entonces el argentino por la escalera, y entre ambos bajaron aquel objeto, que no era muy pesado, sin embargo; lo depositaron en el suelo, y, alumbrados por la lámpara, acudieron los tres ansioso a destapar el trasto. La tapa era de greda y no tenía adherencia, fuera de la de su propio peso, con la tinaja, y fué fácil quitarla.

El argentino metió ávidamente la mano, sacó algunos trapos viejos, siguió buscando y sus compañeros lo vieron ponerse intensamente pálido.

—¿Qué ocurre?—preguntaron los dos Maldonados.

—¡No hay nada!—exclamó aquél.—
¡Está completamente vacía!

Los otros soltaron algunas exclamaciones de asombro y de ira, y el padre agregó algunas maldiciones furibundas.

—¿Cómo puede haberme engañado el derrotero?—se preguntó en voz alta el argentino, que se había quedado no pálido, sino verde, con lo penoso de aquella impresión.

—¿Desde cuando estaba aquí el entierro?—preguntó el viejo.

—Desde 1851, según estos papeles.

—¡Pseh! Han pasado más de veinticinco años—exclamó el viejo—, y en tanto tiempo ¡cuántos han vivido en la casa! ¿y cómo entre tantos no habrá tropezado alguno con el entierro al hacer reparaciones en un edificio tan viejo?

—¡Es verdad!... Mas entre tanto, yo he perdido mi tiempo y mi viaje y he gastado en esto todas mis economías. Pero el mal no tiene remedio, y no habrá más que resignarse.

Despejaron el suelo y se recogieron a dormir; el argentino alojó en la misma pieza, al lado de la tinaja en cuyo vacío interior se habían desvanecido todas sus ilusiones; los Maldonados lo trataron cariñosamente, y el pobre viajero aprovechó, días después, la primera oportunidad que se le presentó para regresar a su país con las manos vacías.

Pero pocos días después de haberse ido, los vecinos comenzaron a notar algunos hechos curiosos. Vieron a los Maldonados, padres e hijos, frecuentar las tiendas de la ciudad y hacer compras de cierta importancia; después los vieron ir mudando rápidamente de pelaje y presentarse más y más decentes y hasta elegantes, tomar sirvientes para la casa, comprar muebles y tratarse como personas acomodadas.

¿Qué había acontecido? Aunque los Maldonados guardaban todos aquellos incidentes en el más profundo sigilo, luego comenzó a transparentarse la verdad y los curiosos fueron atando cabos. El vecino por el lado del despacho contó que había oído barretazos en la casa dos noches seguidas; los parroquianos del despacho refirieron que, también dos noches seguidas, después de retirarse ellos, se había quedado un forastero cuyoano encerrado en el despacho con don Ramón; los Maldonados más tontos soltaron algunas frases que algo dieron a en-

tender de lo acaecido; se supo que semanas antes, por estar muy enferma la Maldonado madre, el médico le había recetado una "toma" para que durmiera y de la cual seguramente había quedado alguna porción en la casa. Y reuniendo todos estos cabos sueltos y poniendo un poco de imaginación para suplir lo que no se sabía, llegaron los curiosos a reconstruir toda la historia, y así se supo lo ignorado.

Maldonado padre e hijo se habían puesto de acuerdo y tomado sus medidas desde la primera noche, y la treta consistió en alargar el trabajo hasta que amaneciera y suspenderlo, cargar la mano en los tragos al argentino y, si esto no bastaba, darle en uno de ellos una porción de aquel narcótico que no había alcanzado a consumir la enferma, aprovechar el pesado sueño del forastero para extraer el contenido de la tinaja sin mover ésta de su sitio y dejar las cosas de tal manera que a la noche siguiente no pudiera la víctima advertir la bribonada. Y todo sucedió a pedir de boca, pues el muchacho había encontrado la tinaja al terminar la primera noche, pero nada dijo, a fin de que se suspendiera el trabajo, por lo largo que iba y porque el día se venía encima.

¿Cuánto fué lo que sacaron del entierro? Nunca se supo a punto fijo, pero por frases que se les escaparon a algunos de los muchachos se calculó que no había sido menos de unas mil onzas de oro, que el padre vendió en diversos viajes en la Moneda, y cuyo valor no fué menos de unos 27 a 28.000 pesos de aquellos tiempos, cerca de cien mil de los actuales.

VII

Dinero mal habido... Los Maldonados no sacaron gran provecho de su robo.

Es verdad, como queda referido, que se trajearon y mudaron de pelaje en su persona y en su casa, y que al poco tiempo compraron la en que

vivían; pero esto fué lo único que hicieron de provecho.

Maldonado padre dió muy pronto un puntapié al mostrador, a las sardinas, al queso aliñado y a los tragos de chacolí y chicha, y cerró las puertas de su despacho, pero no reemplazó por ningún otro trabajo este negocio que le había dado el pan durante los años de suma pobreza, sino que se dedicó a vivir, con toda su familia, del capital de aquel robo.

Con la compra de la casa y con lo que gastaron en muebles, viajes y zarandajas y en darse gusto, merizó el capital considerablemente, y lo que quedó era poco para poder alimentarlos con sus rentas, y tampoco se preocuparon de invertirlo en forma productiva. Comían todos del capital a dos carrillos, con una verdadera ansia de desquitarse de los pasados ayunos, de ponerse al día en materia de hambres atrasadas, y es claro que el valor del entierro, aunque cuantioso, no podía durar mucho tiempo.

Pero aun el dinero mal habido tiene sus ventajas.

El cambio de pelaje y la abundancia devolvieron a los Maldonados las antiguas consideraciones, volvieron ellos a entrar en relaciones con muchas familias de la ciudad y otra vez recibieron saludos corteses y cariñosos y ocuparon su antigua, aunque no muy alta, situación social.

Mas todo ello duró lo que la abundancia. Los Maldonados se manejaron de tal manera que antes de cuatro años tuvieron que hipotecar la casa, y después tuvieron que malvenderla, y rápidamente recayeron en su antigua pobreza, que ya se les hizo insostenible, sobre todo en una ciudad donde habían pasado cuatro años de holgura y de saludos con sombrero en mano.

Liquidaron, pues, lo que les quedaba y emprendieron el vuelo a Santiago y no se supó más de ellos en Los Andes.

Años más tarde, pasando por una calle del Matadero, ví en una puerta una cara de hombre viejo que me pareció conocida; pregunté a un muchacho del barrio por aquel individuo y el muchacho me respondió:

—Es el Pela-caras.

—¿Cómo Pela-caras? ¿qué quieres decir con eso?

—El peluquero; pero le dicen así porque es muy pesado de manos.

—¿Y cómo se llama?

—Ramón Maldonado.

La curiosidad me hizo entrar a la peluquería, que era de ínfima clase, y entonces pude ver que el peluquero era el mismo Ramón Maldonado de Los Andes; pero ya no era el "guatón Maldonado": con su transitoria fortuna se le había ido la panza y toda la gordura, y sólo le quedaban como testimonio de ésta abundantes colgajos de piel inútil. En cuanto a su situación económica, bien a la vista estaba: a pesar de sus años, había tenido que recurrir a un oficio para ganarse la vida y tal vez echaba de menos el despacho de Los Andes. La situación social ¿cuál podría ser sino la de un peluquero con ínfima peluquería en el barrio del Matadero?

Su familia, según supe, se había desgranado y andaban unos en oficios miserables, de sirvientes, y otros habían muerto.

Aquel robo no les había dado bienestar, sino que fué como un relámpago de abundancia que les hizo más tenebrosa su pobreza anterior y la miseria siguiente.





¡AHORA OTRO!

I

Lector, lo que en seguida voy a referirte ocurrió en un fundo del interior del departamento que entonces se llamaba de Rancagua y hoy constituye la provincia de O'Higgins, a unas dos leguas de la ciudad de aquel nombre hacia el interior; y oí la narración de boca de uno de los miembros de la familia en cuya casa de campo ocurrieron los hechos. Transcribo el relato cambiando solamente los nombres, pues lo interesante son los sucesos, y además no recuerdo el apellido del valiente a que se refiere esta hazaña.

Es una historia de hace algunos años, y entonces no tuvo nada de extraordinario. En esos tiempos vivían los propietarios en sus fundos, no se conocía todavía el absentismo, a lo menos en el enorme desarrollo que ha alcanzado en estos últimos años; los patrones presidían todos los trabajos de la hacienda y estaban presentes en todas las faenas, desde la siembra del trigo hasta la inspección de la boca-toma del canal que regaba las generosas tierras, desde la construcción de su casa hasta el bautizo

del hijo del último de sus inquilinos; y así había amor entre el patrón y el gañán, aquél atendía a todas las necesidades de éste y éste a su vez era capaz de dejarse matar por el patrón. Eran tiempos de virtudes patriarcales, y han sido substituidos por otros muy diversos: hoy el propietario se asoma al fundo con su familia por una breve temporada del año y sólo para desplegar ante el inquilinaje el estruendo y a veces hasta la licencia de sus fiestas de veraneo; y el inquilino ve que el trigo de la hacienda, en el que pone tanto de su propia substancia, sale para transformarse en sedas, bailes, naipes y champagne y no vuelve jamás al fundo a convertirse en jugo para la tierra ni en amor para los gañanes.

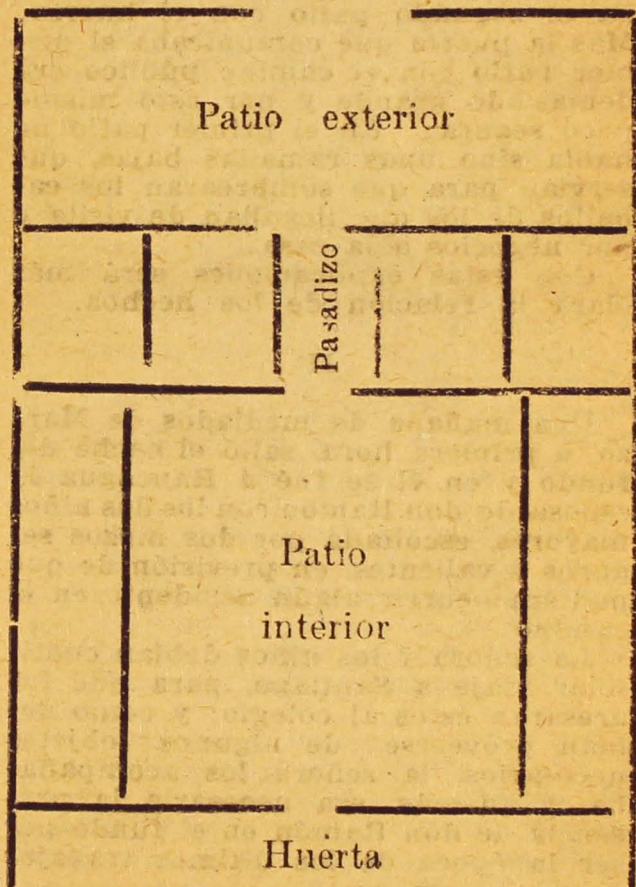
El propietario del fundo a que me refiero era de los de aquellos tiempos: trabajador, entendido en faenas agrícolas, más entendido que el mejor de sus mayordomos, enérgico y blando a la vez, bueno con su gente, madrugador y esforzado hasta dar el ejemplo a toda su peonada; y en consecuencia, tenía trabajadores de primera clase, que cuidaban la hacienda como cosa propia, pues sabían que el progreso que ésta alcanzaba con el esfuerzo de ellos se tornaba en beneficio para todos.

La propiedad estaba situada, como queda dicho, a unas dos leguas de Rancagua hacia el interior, y don Ramón pasaba en ella todo el año, acompañado de su esposa y de los hijos más pequeños, pues los mayores vivían la mayor parte del tiempo en el colegio. Las casas del fundo eran sencillas, cómodas, sin lujo de ninguna clase, siempre abiertas a cuantos golpeaban sus puertas por amistad o por necesidad; pero, como todas las de su género, estaban construídas sólidamente, con puertas macizas y muy firmes, de modo que pudieran resistir un asalto, pues si bien el propietario nada tenía que temer de la gente del fundo, debía en cambio temer-

lo todo de las gavillas de bandidos, frecuentes en aquella época, y que solían dejarse caer sorpresivamente en busca de dinero o de especies fácilmente realizables.

La disposición de la casa se presentaba además muy bien para una defensa. Se componía de un solo cañón de piezas, que corría paralelo con el camino y del cual lo separaba un extenso patio; por uno y otro extremo, este cañón formaba martillo o ángulo recto con otros cuerpos de edificio, a uno y otro costado de un extenso patio, el cual terminaba en murallas altas que lo dividían de la huerta. Un plano de pocas líneas completará estas explicaciones.

Camino



El cañón de piezas que dividía el primer patio del segundo se componía de diversas habitaciones del dueño de casa, don Ramón Rodríguez, y su familia; y los cuerpos de edificios de uno y otro lado del segundo patio eran ocupados por dormitorios, comedores y otras piezas de la familia, por las habitaciones de la servidumbre y las dependencias de la casa. Todas las murallas eran altas y sólidas, como para impedir un escalamiento.

El cañón transversal tenía varias ventanas y una sola puerta hacia el primer patio: aquéllas bien aseguradas con firmes barrotes de fierro, y ésta maciza y capaz de resistir los más recios empujones; y de igual firmeza era la puerta que comunicaba el segundo patio con el huerto. Mas la puerta que comunicaba el primer patio con el camino público era demasiado grande y por esto mismo poco segura. En el primer patio no había sino unas ramadas bajas, que servían para que sombrearan los caballos de los que llegaban de visita o por negocios a la casa.

Con estas explicaciones será más clara la relación de los hechos.

II

Una mañana de mediados de Marzo, a primera hora, salió el coche del fundo y en él se fué a Rancagua la esposa de don Ramón con los dos niños mayores, escoltada por dos mozos seguros y valientes, en previsión de que pudiera ocurrir algún accidente en el camino.

La señora y los niños debían continuar viaje a Santiago, para que ingresaran éstos al colegio; y como debían proveerse de algunos objetos necesarios, la señora los acompañaba, y además era necesaria la presencia de don Ramón en el fundo por ser la época de los últimos trabajos de las cosechas.

Dos horas después de haber sali-

do la señora con los niños, llegó a las casas del fundo un coche custodiado por cuatro guasos de a caballo, y de él bajó un caballero vestido como visten los campesinos acomodados. Recibióle don Ramón como antiguo conocido y lo llevó a su escritorio.

—He sabido, don Ramón—dijo el visitante—, que Ud. no ha vendido todavía su cosecha de trigo.

—Efectivamente: no me han dado el precio que me conviene.

—¿Y cuánto pide Ud. por el trigo y a cuánto sube la cosecha?

—Tengo dos mil fanegas, el trigo es de primera y pido tres pesos.

—Pues todo eso coincide con los datos que yo tenía, y como he estudiado el negocio, acepto el precio y, si Ud. no se opone, mi querido amigo, queda el trato cerrado.

—Pues, cerrado, don Ventura. Y me alegro mucho de que sea Ud. el comprador.

—Tan seguro venía de hacer negocio que traigo la plata lista: en el coche viene una parte en buenos pesos fuertes y otra parte en billetes: está todo a su disposición.

—Pues ésa es la parte mala del negocio, mi amigo: plata en casa y en estos campos y con estos tiempos no es más que tentación para salteadores. Si Ud. me diera una orden contra un banco de Santiago, pues ya sabe Ud. que no los hay en Rancagua...

—Siento no poder atenderlo en eso, don Ramón: ayer me pagaron un ganado que vendí y no había tiempo para llevar el dinero a Santiago, y además me urgía comprarle su trigo. Pero su casa es segura, don Ramón.

—Afortunadamente. En fin, no se ha de impedir el negocio ni he de perder el sueño por eso. Ahora Ud. me acompaña a almorzar, y están desde luego mis carretas a su disposición para el transporte del trigo.

—Las acepto, y muchas gracias, como acepto también el almuerzo.

Almorzaron juntos los dos amigos y poco después don Ventura tomaba el coche y se dirigía hacia Rancagua, mientras don Ramón guardaba el dinero, no en caja de fierro, pues éstas eran muy poco comunes en aquellos tiempos, sino en un mueble de una de las piezas interiores.

III

No había pasado una hora desde la partida del comprador, cuando entró por la puerta del camino un mozo que llegaba a escape y reventando la cabalgadura.

Al ruido de la carrera, salió don Ramón al corredor; el mozo saltó del caballo, le apretó la cincha cuanto se lo permitían las fuerzas, para impedir que el animal muriera del cansancio, y, hecho esto, con sombrero en mano entregó una carta al dueño de casa.

Abrió con Ramón la carta y la leyó rápidamente. Era una llamado urgentísimo: un tío suyo, que vivía a unas cinco leguas de allí, se hallaba en gravísimo estado y su esposa llamaba al sobrino como el único amparo que tenía.

—¡Qué desgracia!— exclamó don Ramón, dando muestras de sincero sentimiento.— ¿Y está muy grave mi tío?— preguntó al mozo.

—Dice la señorita que talvez no pase la noche.

—¡Qué desgracia, hombre! ¡qué desgracia! Sí, voy sin demora.

—¡Pero cómo se juntan las cosas!— agregó para sí.— Mi mujer con los niños mayores en viaje a Santiago; aquí dos niños chicos, un montón de plata, la casa sola y mi tío muriéndose allá lejos... Pero, no hay que pensarlo: no es posible que deje abandonados a mis tíos en estas circunstancias.

Y volviéndose hacia el patio interior, llamó con vigorosa voz:

—¡Antonio!

—¡Ya voy, patrón!— contestó una voz de muchacho, y casi en seguida llegó corriendo un chicuelo de unos doce años.

—Véte corriendo a casa de Juan Francisco y dñle que venga inmediatamente.

Salió el chico y al cabo de dos o tres minutos llegó con el llamado Juan Francisco, que era el mayordomo del fundo: un individuo de unos treinta y cuatro años de edad, de elevada estatura, macizo y sólido sin ser gordo, de pescuezo de toro y brazos muy largos, y que por su aspecto mostraba ser hombre muy fornido y por la fisonomía un hombre bueno, leal y de temperamento tranquilo, con la tranquilidad de los que saben lo que son sus poderosas manos.

—Lleva inmediatamente a este mozo al corral—le dijo el patrón— y haz que ensille mi caballo y otro para él, lo dejas en la tarea y tú te vuelves en seguida a hablar conmigo.

Se fué Francisco con el mozo recién llegado y volvió al cabo de cortos momentos.

—Oye, Francisco: mi tío Enrique se está muriendo y tengo que ir a acompañarlo, y hasta es posible que tenga que pasar allá la noche. Entre tanto, la señora va en viaje y los dos mozos que la acompañan no pueden regresar hasta mañana; y allá adentro están mis dos niños menores y seis mil pesos que acaban de traerme por la cosecha del trigo. Todo lo dejo entregado a tu vigilancia y a tu cuidado.

—Váyase tranquilo, patrón, que yo no me moveré de aquí.

—Ya sabes tú que los bandidos huelen dónde hay plata; no sería raro que algunos hayan visto pasar y venir aquí a don Ventura Jiménez en coche custodiado, que hayan sospechado que traía dinero y por consiguiente que quieran venir esta noche a dar un malón. Pongo, pues, en tus ma-

nos mis hijos y el fruto del trabajo del año.

—Pierda cuidado, patrón: si vienen, los recibiré como merecen. No me comprometo a que no se salgan con la suya, pero si eso sucede, será porque yo he perdido antes la vida.

—Lo cual sería otra gran desgracia: no te pido tu vida, sino que te atrincheres de modo que no puedan entrar.

—Pues no entrarán, patrón.

—Confío en Dios y en tí. ¡Hasta la vuelta!—terminó diciendo, en el mismo momento en que montaba a caballo y partía con el mozo.

—Que Dios lo acompañe, patrón, y que se mejore don Enrique.

Y los dos jinetes se alejaron a galope.

IV

Tan pronto como partió don Ramón, Juan Francisco se dedicó a recorrer la casa por dentro y por fuera para ver si todo estaba en orden y si no había algún resquicio que pudiera servir de punto de entrada en caso de asalto de bandidos; y comprobó lo que ya sabía: que las murallas eran muy altas y firmes, y las puertas muy sólidas y resistentes, y que, por consiguiente, cerrada la puerta que daba al patio exterior y la del huerto interior, los habitantes podían muy bien resistir un sitio durante una noche; y que no era cosa fácil escalar las murallas, a menos que los asaltantes trajeran largas escalas consigo, lo que no era de presumir.

En la casa quedaban los dos niños menores de don Ramón y las tres personas que formaban la servidumbre femenina de la casa: la cocinera, la sirvienta de mano y la cuidadora de los niños, que era algo así como ama de llave y persona de toda confianza.

Durante la tarde, Francisco atendió sus diversos trabajos, sin descuidar un punto la vigilancia, previno a su mujer que esa noche dormiría en la

casa del patrón y desde que comenzó a obscurecerse no se movió de ésta.

Al terminar de comer, vió llegar a su mujer, que lo llamó y lo sacó hacia el corredor del patio exterior y allí, donde nadie los oyera, le dijo:

—Acaba de llegar a casa ña Rosario, la de los Maitenes, y me ha contado, muy en secreto, que en el despacho de esa hacienda oyó esta tarde a unos individuos que, hablando a medias palabras, combinaban un salteo a esta casa. Como la Rosario, aunque su marido es inquilino de los Maitenes, le debe muchos favores a don Ramón, que siempre la auxilia, se hizo la desentendida y se ha venido a tranco largo a avisarme a mí.

—¿No les oyó decir — preguntó Francisco—para cuándo preparaban el salteo?

—Para esta noche, porque saben que no están el patrón ni la señora, pues los vieron pasar.

—¿Y cuántos serán los que vienen?

—No supo, pero eran varios los que hablaban.

—Está bien: yo sabré recibirlos.

—¡Pero, Pancho, por Dios! ¡No te vayas a hacer algo esos facinerosos!

—No tengas cuidado, Maiga: la casa es bien segura, y no podrán entrar. Pero toma tus precauciones, por si se les ocurre ir allá, a nuestra casa.

—¡Mucho que robarían! Monturas, pellones...

—Pero podrían hacerte daño a tí o a los niños.

—No te aflijas por eso: si vienen, los sentiré llegar, y entonces me llevo a los niños bien envueltos y los escondo en el laberinto; y yo estaré con ellos.

—Bien pensado, Maiga: en el laberinto no es fácil que los descubran.

Se despidió la Maiga y Juan Francisco se volvió al interior y llamó al ama de llaves.

—Mire, ña Antonia—le dijo—: Ud. es mujer de agallas y tengo que ser franco con Ud.

—¿Qué se ofrece, ño Pancho?

—Que esta noche vamos a tener salteo: acabo de recibir aviso.

—¡Ave María Purísima! ¿Y qué vamos a hacer, con dos niños chicos?... ¡Y los dos mozos que se fueron con la señora a Rancagua!

—No se le dé nada, ña Antuca: yo defenderé bien la casa, pero cuento con Ud., que es mujer resuelta.

—Diga Ud. lo que tengo que hacer.

—Haga que las otras mujeres terminen pronto sus quehaceres, y se va Ud. con ellas y con los niños a las últimas piezas de la casa, para que no oigan la bolina que han de formar los saiteadores y no se asusten. No deje que salgan las mujeres al patio, ni que griten...

—Son mujeres resueltas también; se alarmarán un poco al principio, pero después sabrán portarse bien.

—En cuanto al muchacho, Antonio, lo hace que esté junto con Uds. y pueden estar Ud. con los niños en una pieza, y en otra las otras dos mujeres y el muchacho. ¿Dónde quedan los perros?

—Siempre quedan dos en el patio de afuera, dos en el de adentro y los demás en el huerto.

—Que quede uno solo afuera y uno solo en el patio de adentro, y todos los demás al huerto. ¿Sabe Ud. dónde guardará el patrón ese farolito de mano que suele usar en la noche para recorrer la casa?

—¡La linterna! Está en su dormitorio y yo mismo se la dejo lista todas las noches. En el dormitorio tiene también un fusil y escopeta.

—Nó, eso no sirve de nada: dispara uno un tiro y después tiene que pedir permiso a los bandidos para cargar y preparar el otro: prefiero mi cuchillo, por si tengo que defenderme; le echaré unas pasadas por la piedra, por precaución. De todos modos, tendré la escopeta cargada y a la mano, por si acaso. Y ahora enciérreme a la gente, apenas se hayan desocupado todos, pero sin decirle nada a nadie de la visita que esperamos.

Tomadas así las disposiciones, Juan Francisco recorrió nuevamente toda la casa, para que no quedara punto

sin revisar ni medio alguno que permitiera a los ladrones escalar las murallas; distribuyó los perros, acompañado de la Antonia, cerró y trancó formidablemente la puerta del huerto, y en seguida se dedicó a afilar su cuchillo: era una hoja larga, de treinta centímetros, angosta, gruesa y firme, capaz de resistir los más violentos golpes; le aguzó la punta y el filo sobre una piedra de amolar, y para probarla, puso una moneda de cobre sobre una mesa y descargó sobre ella de punta un golpe firme y recto: el cuchillo atravesó la moneda sin que en la punta quedara mucha huella.

Dejó abierto el enorme portón que daba hacia el camino, y en seguida cerró la puerta del pasadizo que daba al patio exterior, corrió los enormes cerrojos que la afianzaban y todavía le afirmó una recia tranca; en seguida, sobre una banca que había en el pasadizo, arregló unos pelones de montura, a modo de cama, puso una lámpara sobre una mesa, y se fué al patio interior. Ya la Antonia había seguido las indicaciones de Juan Francisco, y arreglado las camas de los niños en una pieza interior, a donde no podían llegar los ruidos del primer patio, y reunió a las otras dos sirvientes y al muchacho en la pieza contigua.

—¿Está todo listo, ña Antuca?

—Todo, ño Pancho.

—Pues, que vengan esos facinerosos: yo paso la noche en el pasadizo y ahí defendiendo la puerta, único punto por donde pueden entrar. ¡Y ahora que Dios y la Virgen nos acompañen, ña Antonia!

—A Dios y la Virgen me encomiendo con toda mi alma.

V

Cesó el movimiento en la casa, todo quedó en silencio y se extendió sobre ella la paz y la quietud de la noche, turbada solamente por los ladridos distantes o por algunos mugidos lejanos y por el suave aleteo de

la brisa entre los árboles del cercano huerto.

Juan Francisco litó un cigarro y se sentó a fumar en el corredor interior, cerca de un brasero que allí había dejado la Antonia, mientras lucubraba su plan de defensa; después de terminar el cigarro, se puso de pie, se quitó el sombrero y rezó fervorosamente; en seguida cogió la linterna que le había dejado lista la Antonia, la puso en ejercicio para ver que funcionaba bien, cargó los dos cañones de la escopeta y después se acostó en el improvisado lecho y no tardó en quedarse dormido con el sueño profundo del campesino trabajador y limpio de conciencia.

Durmió algunas horas y despertó repentinamente con el ladrido de los perros; saltó de la cama y aplicó el oído: allá lejos se sentía rumor de pisadas de caballos. El ruido de los caballos se acercó rápidamente y a los pocos minutos se dió cuenta cabal el mayordomo de que entraban algunos jinetes por el gran portón que se abría hacia el camino, y muy pronto sonaron voces y pisadas en el corredor exterior de la casa, y en seguida recios golpes dados en la misma puerta del pasadizo donde se había instalado Juan Francisco.

—¿Qué hay? ¿qué quieren?—preguntó con voz tranquila el mayordomo.

—¡Que me abras inmediatamente la puerta! — respondió una voz desde afuera, con gran imperio.

—Sólo el patrón tiene derecho a mandar así—replicó Francisco—, y yo no abro la puerta.

—Tendrás que abrirla y entregarme la plata del trigo que tiene aquí guardada don Ramón.

—Y si Ud sabe que esa plata no es mía ¿cómo quiere que se la entregue?

—Es que si no me la entregas por bien, yo me la tomaré por la fuerza.

—¡Hazlo si puedes!

—¡Mira que te va a costar muy caro!

—Más caro me costaría entregar la casa del patrón a los bandidos.

—¡Vas a ver, caracho, lo que te va a pasar!

Calló la voz y casi inmediatamente se oyeron violentísimos golpes: los asaltantes lanzaban enormes piedras contra la madera de la puerta, para romperla, pero el roble resistía triunfalmente, y los bandidos se desataban en maldiciones y obscenidades.

Como este recurso no diera resultado, los salteadores buscaron otro: arrancaron sin duda uno de los palos de la ramada del primer patio, y tomándolo entre varios lo movían acompasadamente como catapulta y descargaban recios golpes de punta contra la puerta; pero el palo era de álamo y se desastillaba rápidamente contra los gruesos tablones de roble. Nuevas imprecaciones y explosiones de ira demostraron al mayordomo que los bandidos veían que este recurso era igualmente inútil.

—¡A los caballos y con las ancas, niños!—dijo la misma voz, que parecía ser la del capitán de la partida.

Juan Franciscó comprendió inmediatamente lo que iban a hacer: montar a caballo, plantarse delante de la puerta con las ancas pegadas a ésta y en seguida hacer retroceder los animales, y así, con la formidable presión de los cuartos traseros, violentar la vigorosa puerta de roble. Pero el mayordomo era tan fértil en recursos para la defensa, como los bandidos para el ataque: sin un momento de demora, cogió el fusil, sacó de él la baqueta, salió al patio interior y puso la punta de la baqueta entre las ascuas del brasero con fuego que allí había dejado la Antuca.

Entre tanto los bandidos habían vuelto con los caballos e, instalando uno frente a cada hoja de la puerta, comenzaban a ejercer sobre ella el brutal empuje de las ancas; la puerta resistió bien al principio, pero pronto comenzó a cimbrarse y se vió claramente que no resistiría mucho tiempo sin caer arrancada de sus quicios. El

peligro aumentaba de momento en momento, y muy luego entrarían aquellos bárbaros al robo, al saqueo y al asesinato; ya la puerta comenzaba a ceder y salían nubes de tierra de los puntos en que estaba encajada por arriba y por abajo en el muro.

Francisco volvió al brasero, retiró la baqueta, se dirigió hacia la puerta y por entre las hendidias de las maderas mal ajustadas metió la punta incandescente de la baqueta, en una y otra hoja, a la altura de las ancas de los caballos: los animales relincharon de dolor y se retiraron dando violentos saltos y corcovos. Inútilmente pugnaron los bandidos por acercar otra vez los caballos a la puerta, pues el instinto los hacía huir de allí; trajeron otros caballos, pero Francisco repitió la operación y los puso en derrota.

Entre tanto los salteadores se desataban en maldiciones, gritos obscenos y espantosas amenazas contra el tenaz defensor de la casa.

Después de esto, buscaron por otro lado; por medio de palos y fierros quisieron arrancar los barrotes de las ventanas que daban hacia el patio exterior; pero los barrotes eran gruesos, estaban sólidamente encajados en la madera y en las murallas en ambos extremos y no cedieron; amarraron uno de los barrotes con la punta de un lazo y "apehualándolo" tiraron de la otra punta, pero el lazo se cortó sin que el barrote saliera de su quicio. Y todo esto se hacía entre nuevas maldiciones y amenazas de muerte.

Después de estos inútiles esfuerzos, los bandidos guardaron silencio.

—Alguna nueva picardía están tramando— pensó Juan Francisco—, pues éstos no son hombres de renunciar tan pronto a sus intentos.

El silencio continuó; el mayordomo oyó pasos de algunos hombres que se alejaban, mientras otros se quedaban hablando en el corredor, pero sin que fuera posible entender lo que decían. Así transcurrieron algunos minutos,

quince o veinte, hasta que Juan Francisco comenzó a oír gritos de mujer, en medio de la tranquilidad de la noche, y en seguida el rumor de pasos de los que volvían.

Poco después se acercaron otros pasos a la puerta y la misma voz que había hablado antes habló otra vez:

—¡No Francisco!

—¿Qué hay?

—¿No está dispuesto a abrirnos la puerta?

—Nó. Si les abriera, sería tan bandido como ustedes.

—Mire que le puede costar más caro de lo que Ud. piensa.

—¡Aunque me costara la vida!

—¡Bueno, peor para Ud., ño Francisco! Oiga lo que le voy a decir: aquí está ña Maiga, su mujer, ¿oye?... La hemos traído a la fuerza: si Ud. no nos abre la puerta, ella paga por Ud. y se la devolveremos como Ud. calculará y con algunos tajos en el gaznate.

Unos sollozos femeninos acompañaron estas brutales palabras.

VI

Al oír aquella conminación y los sollozos que la acompañaban, Francisco se dobló como herido por un espantoso garrotazo en la cabeza, y vió, como si un relámpago le hubiera mostrado un abismo, la dolorosa disyuntiva a que lo condenaban aquellos malvados: o entregaba la casa al robo y los hijos de su patrón al asesinato, o condenaba a su mujer a los más brutales ultrajes y en seguida a la muerte. Rechinó los dientes con un furor de fiera y agitó los brazos como si quisiera ahogar entre ellos a los salteadores.

—¡Maiga!—preguntó con voz alterada por el dolor y la ira—¿es cierto que estás ahí?

—Sí, Pancho: aquí me tienen estos pícaros.

—¿Y cómo te dejaste pillar?

—Cuando volvía de dejar a los niños, me agarraron estos facinerosos; y ahora me tienen sujeta. ¡Ay! si me dejaran defenderme!...

—Esos hombres son capaces de las mayores maldades.

—Así es, ¡pero no te preocupes de mí, Pancho! Mujer, tú puedes tener otra; pero si les aflojas a estos pícaros, seremos pícaros también nosotros, y el patrón se confió en tí.

Con estas palabras se reavivó el ánimo de Juan Francisco; quedó callado un instante y luego preguntó:

—¿Está ahí el capitán?

—Sí—respondió la voz que había hablado antes.

—Bueno; estoy dado: les voy a abrir la puerta.

—Pancho, ¿qué vas a hacer?—clamó la Maiga, con una voz que revelaba profunda sorpresa, espanto.

—Cállate tú: yo puedo darle la vida al patrón, pero no la tuya ni tu honra de mujer buena. Oiga, capitán: yo les dejo entrar, pero de a uno y en silencio.

—¿Y por qué me pone esa condición?—preguntó el capitán de los bandidos.

—Porque no quiero que me asusten a los niños. ¿Me lo promete?

—Bueno, ahí veremos.

—Van entrando de a uno y pasan inmediatamente para el patio de adentro; en seguida les mostraré yo dónde está la plata.

—Aceptado; pero ¡andar ligero!

Francisco tendió por el suelo cerca de la puerta los pellones que le habían servido de cama, descorrió los cerrojos de la puerta, pero dejando firme la hoja derecha: tomó en la mano izquierda la linterna, se sacó el cuchillo del cinturón y se lo puso entre los dientes, tomó la tranca y la

corrió lo suficiente para que se parara a la izquierda de la puerta al abrirse de jara estrecho espacio para una persona de costado, cogió en seguida la derecha, abrió en seguida la puerta izquierda hasta que se sujetó en la tranca, dejando una estrecha abertura, y dijo:

—Ya puede entrar, pero no meter bulla, ¿eh?

Orientó el mayordomo la linterna de tal modo que fuera imposible ver luz alguna desde fuera, y esperó en la derecha en alto;

—Pasa tú, Chivato— dijo desde fuera la voz del capitán;

Muy pronto salió Francisco el otro de un cuerpo que comenzaba a verse por la abertura;

—¡Abre un poco más que antes, hombre, que por aquí no cabe un cristiano!— dijo otra voz.

—No se puede más— respondió el mayordomo;— pero están unos sacos.

E inmediatamente y repentinamente proyectó la luz de la poderosa linterna sobre la cara del que entraba en ese momento por la abertura: que en un instante a la vista el rostro de un rostro negro y barbado y el nacimiento del cuello y parte de los hombros, mal cubiertos por una camisa desgarrada; el bandolero se quedó ante los ojos planados, y Francisco a un tiempo retiró la luz y se cargaba, de alto abajo, una terrible punalada: el cuchillo penetró como un rayo al pie del cuello, al lado izquierdo, por encima de la clavícula, y pasó hasta el corazón; el asesino no alcanzó a decir un palabra; Francisco lo empujó con la misma mano derecha hacia el interior y lo derribó sobre el montón de personas, en el mismo tiempo que decía:—¡Vaya al diablo!—

Entró luego y metió al patio de adentro. Pero esta vez la punalada fue tan certera y la

muerte tan súbita, que los de afuera no se dieron cuenta absolutamente de lo que había ocurrido y creyeron que el compañero había pasado hacia el segundo patio.

—¡Ahora otro!—dijo Francisco, y a la orden del capitán se adelantó un segundo individuo por la angosta abertura y el mayordomo lo iluminó repentinamente con la linterna: este segundo había avanzado demasiado la cabeza y pugnaba por hacer pasar el cuerpo: el terrible defensor de la casa cambió de golpe; la certera puñalada, algo diagonal, rebanó el cuello del salteador cortándole instantáneamente el conducto respiratorio, la víctima cayó por tierra sin ruido y sin un estertor y Francisco la apartó de la puerta con un vigoroso movimiento del pie.

—¡Ahora otro!—volvió a decir el terrible mayordomo.

En seguida entró un tercero, que se presentó en las mismas condiciones que el primero y cayó como éste sin un gemido bajo el brazo hercúleo y el agudo y afilado puñal de aquel guaso, que parecía la guadaña de la muerte. Y detrás del tercero, siguió un cuarto, un quinto, un sexto, un séptimo, y todos iban cayendo medio amontonados en el estrecho espacio, con una muerte tan rápida como silenciosa y terrible, con la muerte que llegaba fulminante entre la sombra y segaba una vida en un segundo. Y a cada uno que caía iba repitiendo Francisco:

—¡Pasa ligero!... ¡Ahora otro!...

El octavo fué el capitán, que se adelantó a los compañeros que quedaban, para ir a organizar "el trabajo" en el patio interior: la luz de la linterna le dió también de lleno en el rostro y tras de la luz cayó la cuchilla sobre él con la velocidad del rayo. Pero esta vez la puñalada no fué tan certera y el bandido no mu-

rió instantáneamente; cayó, sí, derribado por la violencia del golpe y dejando escapar un chorro de sangre, y gritó con voz ronca y sacudida por el dolor y el horror:

—¡Asesino! ¡me has muerto!

Hizo Francisco un movimiento rápido para acabar con esa víctima y en ese movimiento la linterna iluminó el montón de cadáveres y el lago de sangre en que se anegaban, y el bandido horrorizado gritó de nuevo:

—¡Arranquen, niños! ¡Nos han armado una tram...

Una nueva puñalada le cortó la palabra al mismo tiempo que se oía en el patio exterior ruido precipitado de pasos y carreras que se alejaban. Y casi en seguida, se oyó la voz de Maiga, que gritaba:

—¡Francisco, Francisco! ¡Socorro: ¡Estos pícaros me arrastran!

De un salto, cogió Francisco la escopeta, salió al patio exterior y disparó un tiro y en seguida otro, que sonaron en medio de la noche con estampido formidable y multiplicado por ecos lejanos y repetidos.

VII

Aquellos dos disparos produjeron su efecto: los bandidos que huían se creyeron perseguidos por varias personas y soltaron a la Maiga, que volvió sin demora hacia la casa, gritando:

—¡Pancho, ya estoy libre!

Salióle su marido al encuentro y le preguntó ansioso, pero tratando de no revelar la ansiedad en la voz:

—¿Te han hecho daño, mujer?

—Nó, Pancho: al principio, cuando me encontraron y me traían a la fuerza hacia aquí, me maltrataron un poco porque yo no quería andar; después se contentaron con tenerme asegurada de las manos, mientras tú dabas entrada a esos pícaros, y ahora iban arrastrándome otra vez, pero no

tenían tiempo para maltratarme. Y esos bandidos, Pancho, por Diosito, ¡cómo estarán haciendo barbaridades allá dentro!... ¡y tú aquí tan tranquilo!...

—¡Bah! No hay que preocuparse de ellos! ¡no volverán a saltar en su vida!

—¡Cómo!... ¿Qué has hecho?...

—Los he desgranado como el maíz de una coronta; pero... esas cosas no son para que las veas tú. Vete a casa, recoge a los niños, y déjame a mí aquí solo; y no tengas cuidado porque ya no hay bandido alguno.

Despidióse la Maiga, y Francisco, pasando por sobre el montón de cadáveres, volvió hasta el interior, y por el patio llamó a la puerta de ña Antuca, con precaución. Salió al punto la cuidadora, alumbrándose con una vela, y mostrando en la fisonomía las huellas de la traspasada y de una horrible ansiedad: había oído los ruidos lejanos de los caballos y de los golpes dados a la puerta; pasó momentos de espantosa angustia, temiendo a cada instante ver llegar a los salteadores a robar y a asesinar; y después como nada de esto había ocurrido, había quedado sumida en honda zozobra.

—¿Qué hubo, ño Pancho, por la Virgen María? ¿qué ha pasado?

—No se asuste, ña Antuca: se acabó el salteo y se acabaron los salteadores. Duerma tranquila; pero no deje que las mujeres ni los niños salgan de las piezas hasta que yo les avise.

—¡Gracias, Virgen Santísima! ¡Me has ganado la manda!

Pancho se sentó en el corredor y fumando un cigarro, tras otro, esperó el amanecer. Apenas comenzó a clarear, salió ensillado un caballo y fue a buscar a los dos inquilinos más cercanos y se los trajo a toda prisa a las casas, refiriéndoles de camino lo ocurrido. En las casas se ocuparon

los tres en levantar los cadáveres y en colocarlos tendidos en fila bajo la ramada del primer patio y tapados con sacos para evitar su horroroso aspecto; y después lavaron cuidadosamente el piso y lo cubrieron con una capa de tierra para hacer desaparecer hasta las últimas huellas de sangre.

—¡Buena la mano de ño Pancho!—decía uno de los peones, cuando transportaba los cadáveres.

—¡Y fíjate!—decía el otro—¡Todos los golpes igualitos; ni que hubiera estado ojalando una cincha!

Cuando el trabajo estuvo terminado, pudieron salir los niños y las sirvientas y nada vieron de los horrores de aquella noche.

Cerca de medio día llegó don Ramón, y Juan Francisco lo recibió con la relación de lo ocurrido, relación hecha con toda naturalidad, como si se hubiera tratado de dar cuenta de una simple encierra de terneros, y sin que el protagonista amplificara ni tampoco aminorara su parte en aquella tragedia.

Terminó el relato y don Ramón tendió la mano al heroico mayordomo, al mismo tiempo que en la expresión de los ojos, inundados de lágrimas, revelaba su profundísima emoción y el asombro que le producía la conducta de aquél.

—Juan Francisco—le dijo, estrechándole la mano—, no me extraña lo que has hecho: eres un valiente y bien lo sabía yo, y estaba seguro, cuando te entregué mis hijos, mi casa y mi dinero, de que los ampararías como yo mismo.

Y no dijo más, pero esas solas palabras bastaron para que al mayordomo se le saltaran también las lágrimas y le temblara la barbilla con una emoción que no había sentido ni aún en lo más crudo de los horrores de la pasada noche.
que estás ahí?

Poco después, don Ramón mandó un propio con una carta para el Juez de Rancagua; en la tarde llegó éste con el secretario y fuerza de policía, fueron reconocidos los cadáveres y por éstos se pudo coger a los bandidos que habían huído de la matanza; y con las declaraciones de los presos quedó comprobada judicialmente la verdad del relato de Juan Francisco, quien además mereció las felicitaciones del Juez, pues entre los muertos había algunos salteadores de profesión, que habían cometido ya antes muchas fechorías y asesinatos.





EL NEGOCIO DE LOS CUEROS



I

Apenas se sentaba el Cura a tomar su modesto desayuno, golpearon a la puerta y entró la Mónica, la anciana sirvienta, a avisar que un caballero joven y bien parecido deseaba hablar un momento con el señor Cura.

—Díle que tenga la bondad de pasar al comedor.

Salió y volvió la Mónica guiando a un joven de 26 ó 27 años, de buena figura y buena cara, sin ser hermoso, grandes y vivos ojos pardos, cuerpo más que mediano, erguido y robusto, vestido de cazadora y polainas de cuero ceñidas a las pantorrillas, y aspecto general muy simpático y atractivo.

—¿El señor Cura don Ambrosio Molina?—preguntó desde la puerta.

—Yo soy, señor: tenga la bondad de entrar, y perdone que lo reciba en el comedor y en pieza tan modesta; pero no he querido hacerlo esperar.

—Doy a Ud. las gracias, señor: es una prueba de confianza y la estimo como la mejor recepción.

—Siéntese, señor, y acépteme un desayuno.

—Gracias y acepto, pues vengo viajando desde las 4 de la mañana. Y mientras tomo el desayuno, le ruego, señor Cura, que vaya leyendo esta carta que traigo para Ud.

Tomó el Cura la carta, montó los anteojos sobre la nariz y leyó lo siguiente:

“Mi querido amigo:

El dador de la presente, don Guillermo Fernández, es un joven a quien estimo muy sinceramente por su talento, sus buenas ideas, sus excelentes costumbres, y porque es hijo de una familia muy respetable y con la cual me liga antigua amistad.

Es ingeniero y ha sido comisionado por el Supremo Gobierno para hacer estudios del ferrocarril que ha de pasar por ese pueblo; y cabalmente la sección que a él le corresponde es la de ese pueblo y sus vecindades, de modo que tendrá que permanecer allí algunos meses.

Como no conoce por ahí absolutamente a nadie, yo espontáneamente, sin que él me lo haya pedido, le he ofrecido darle y le doy esta carta de presentación y recomendación para tí, valido del antiguo y acendrado afecto que nos liga, y porque sé que tú atenderás y servirás a mi recomendado como si fuera yo mismo, que, por lo demás, bien se lo merece el mozo.

Y con esto y con un apretado abrazo, te agradezco desde luego cordialmente cuanto hagas por mi recomendado y me suscribo tuyo, como siempre, y de corazón.—Carlos Portales.”

—¡Hombre, hombre, hombre!—exclamó el Cura al terminar de leer la carta y al ver la firma de aquel señorón de Santiago. —¡Caramba que me alegro de que mi antiguo compañero y amigo se haya acordado de mí, y me haya enviado un amigo suyo, que lo es mío desde este mismo momento!

—Señor Cura, muchísimas gracias por su bondad.

—Pues, mi amigo, hagamos las cosas como se deben hacer: ¿dónde ha dejado Ud. su equipaje?

—En una posada que hallé a la entrada del pueblo.

—¡Pero, hombre, si ésa es una po-

sada para mulas y para arrieros! Pues Ud. se va allá e inmediatamente se lo trae todo y se viene aquí, a su casa, y a las 11 1/2 almorzamos juntos.

—Pero, señor Cura, yo quisiera hospedarme en algún hotelito o en alguna casa de pensión.

—¿Y de dónde va a sacar Ud. esas cosas en este pueblo infeliz? Y si en alguna parte lo recibieran de pensionista, ya vería Ud. cómo le arrancaban las hojas de sus libros para envolver la grasa de las carretas.

—Yo no he pensado imponer a Ud., señor, tanta molestia.

—Déjese de cumplidos, hombre: un amigo de Carlos Portales es persona de mi familia. Hasta favor me hace con ello, pues vivo aquí completamente solo, sin más compañía que la viejita que me sirve, y no tengo con quién conversar ni quién me distraiga en mi soledad. Aquí vivirá Ud. con toda independendencia, modestamente; y si no desdeña el humilde techo y la modesta mesa del Cura, váyase en seguida a traer todo su equipaje, mientras la Mónica le arregla su pieza.

II

El acento del Cura era tan sincero, que el joven Fernández no halló argumento que oponer; y además, aquel excelente religioso no le habría dejado defenderse. Aceptó, pues, con muestras de verdadero agradecimiento, y de allí se dirigió a la posada y antes de la hora del almuerzo ya estaba instalado en casa del párroco, en una pieza muy alegre, muy llena de luz y de aire, modesta en su mobiliario, pero muy cómoda por la extensión y la distribución, y donde tuvo a un tiempo dormitorio y pieza de trabajo.

—Todos los días—dijo el Cura, al sentarse a la mesa a la hora de almuerzo—encontrará desayuno hasta las 9 de la mañana, almorzamos a las 11 1/2 y comemos a las 7. Y ahora

para comenzar, Mónica, tráenos una botella de "bonum vinum", fíjate bien, "bonum vinum".

Llamóle la atención a Guillermo esta expresión, advirtiéndolo el Cura y le dijo:

—Veo que Ud. se ha fijado en lo de "bonum vinum" y debo darle una explicación. Pero ante todo, ¿sabe Ud. algo de latín?

—Sí, señor: hice mis estudios de humanidades en el Seminario.

—¡Ah, muy bien! Pues somos casi colegas. Con esto entenderá bien este asunto. Hace dos o tres años pasó por aquí un seminarista, algo campesino, almorzó conmigo y le pedí a la Mónica que nos diera "bona vinum"; el muchacho se fijó en la frase, y habló de ella en el Seminario, donde se comentó mucho el que, habiendo sido yo en mi tiempo buen latinista, incurriera en ese disparate de concordancia de poner el adjetivo en femenino con un sustantivo neutro, y el asunto llegó hasta el señor Arzobispo. Rarezas de don Ambrosio —dijo mi Prelado.—Poco después estuvo alojado aquí un cura y entonces, a la hora de comer, pedí a la Mónica "bonus vinum": nuevos comentarios en Santiago y ante el señor Arzobispo, pues el disparate era menor, pero era siempre un grave error concordar un sustantivo neutro con un adjetivo masculino. Y meses más tarde, vino el mismo Prelado en visita parroquial y le serví "bonum vinum".

—A propósito—me dijo el señor Arzobispo, muy risueñamente—: me han contado que Ud. habla de "bona vinum" y de "bonus vinum": ¿que se ha olvidado Ud. de su latín, señor Cura?

—No, Ilustrísimo Señor—le respondí—: lo que hay es que tengo de tres clases de vino: al seminarista le di de la clase inferior, al cura de la mediana y a Su Señoría de la mejor: según la visita, el vino; y según el

vino, la frase latina, y por eso he pedido para mi Prelado "bonum vinum", para el colega "bonus vinum" y para el seminarista "bona vinum", y la Mónica me entiende.

—Pues le agradezco de todo corazón—dijo Guillermo—que me trate como si fuera Arzobispo; pero no quisiera que se privara Ud. de lo mejor de su despensa.

—¿Entonces Ud. cree, Guillermo, que yo le voy a dar todos los días "bonum vinum"? Nó, mi amigo: éste lo dejo para cuando repican fuerte: le daré "bonus vinum" a diario; pero es natural que en nuestro primer almuerzo en compañía y para celebrar su llegada a ésta su casa, saque lo mejorcito de mi despensa, que por lo demás es muy modesta.

El vino era realmente bueno, y el almuerzo sencillo, sobrio, pero substancioso: pocos platos, sabrosos, bien gulsados, sanos y fortificantes.

Durante el almuerzo, el Cura y su huésped tuvieron ocasión de espontanearse y conocerse mejor.

Aquél era hombre de unos 55 años, pero vigoroso y firme, sobrio en el comer y en el beber, muy campechano y sencillo y de ánimo muy regocijado y bromista. Llevaba ya quince años en aquella parroquia, donde lo consideraban como cosa propia y él no pensaba moverse de ella.

—Se acomoda muy bien a mis gustos—decía el Cura—: hay bastante que hacer para tener ocupada la mayor parte del día, y me deja tiempo para leer un poco, sobre todo las Sagradas Escrituras, substancia de todo buen Cura, y los clásicos latinos, sobre todo Virgilio, substancia de todo hombre que sabe gozar intelectualmente; mis feligreses son tranquilos, aunque no faltan los choques, en tal cual fiesta, y las cabezas rotas; y la parroquia no es rica, pero me da lo suficiente para vivir sin muchas estrecheces, para recibir decentemente

a algún buen amigo, para echarle los remiendos necesarios a la iglesia y hasta para ayudar a los mismos feligreses, pues es natural que los que tienen me den para socorrer a los que de todo carecen, y el Cura no es más que un intermediario entre los unos y los otros.

—¿Y no tiene familia, señor Cura?

—Sí; tengo en Santiago un hermano casado y algunos otros parientes por un lado o por otro; pero es i ro que venga alguno por aquí, por ser triste este pueblo y tan apartado, aunque su clima es muy agradable y atrayente. Y Ud., mi amigo, ¿tiene familia?

—Sí, señor: mi madre, tres hermanas y un hermano, todos menores que yo, y que viven en Santiago.

Y en seguida dió Guillermo algunas noticias de los suyos. Era una familia muy limpia, de muy honrosos antecedentes y buen linaje, pero pobre: sus padres habían hecho grandes sacrificios por darle educación, en el Seminario para las humanidades, en la Universidad después, hasta graduarse de ingeniero; en los últimos años había ayudado él a los gastos de la casa, pues no le habían faltado algunos trabajos más o menos bien remunerados, y había entrado a suplir a su padre, fallecido dos años antes; y como había hecho muy buenos estudios, con notas sobresalientes; y Dios le había dado inteligencia poco común, no había empezado mal la carrera y hasta le habían dado el trabajo en que estaba ocupado ahora, entre muchos pretendientes bien acuñados y de alguna fama, y esperaba ganar allí bastante dinero y no poco prestigio profesional.

Al levantarse de la mesa, ya ambos eran amigos, se habían comprendido y parecían conocerse de larga fecha.

III

Aquel mismo día inició Guillermo sus trabajos y los siguió con suma actividad y energía, como persona que sabe lo que vale el tiempo. Recorría prolijamente toda la zona y reconocía el suelo, para estudiar el mejor trazado de la línea férrea, y procedía en todo con el método y regularidad de un ingeniero viejo y experimentado, con el vigor de su juventud y con la perspicacia de un gran talento.

Al mismo tiempo intimaba más y más con el Cura, que se felicitaba calurosamente de haber acogido en su casa a aquel excelente compañero.

—Pero, hombre—solía decir don Ambrosio—, ni de encargo habría obtenido compañero más conforme con mis gustos: eres un muchacho de costumbres sencillas y te has puesto al nivel conmigo en mis tres vicios: andar a pie, gozar de Virgilio en latín y jugar al billar.

Porque tanto el Cura como Guillermo eran grandes admiradores del poeta de Mantua y lo saboreaban deleitosamente en el original latino; y el Cura tenía desde hacía tiempo un buen billar en la casa.

—Ha sido mi pasión desde el Seminario—decía el Cura—, y es el único mueble de lujo que puedes ver en mi casa. Lo traje hace años y me empeñé en enseñar a jugar a algunos de estos guasos bárbaros de la parroquia; pero lo único que conseguí fué que aprendieran a meter taco en el paño, y me le hicieron unos desgarrones feroces. Desde entonces renuncié a formar escuela y me he pasado algunos años sin tomar taco en la mano, a menos que me divirtiera en jugar una partida de la mano derecha contra la izquierda.

—Pues, don Ambrosio, pongo a su disposición todas las horas que me quedan libres y creo que no seré mal contendor para Ud.

—¿Mal contendor? Buen chasco le llevas: a pesar de mis 55 años y de mis anteojos, no creas vencerme: déjame que se me afirme la mano, desmañada por la inacción, y verás cómo te doy ventaja y te gano a pesar de ella.

Y se empeñaban ambos, en los ratos disponibles, en interminables partidas, interrumpidas por óleos y confesiones, y en verdad el Cura era un adversario temible, que hilaba sus 20 y 25 carambolas en serie.

Mas no sólo era un compañero agradable el tal Guillermo, sino también muy útil: en la modesta iglesia parroquial introdujo con poco gasto algunas reformas e hizo algunos trabajos, que tuvieron por resultado darle más luz y ventilación y embellecerla, y de los cuales quedó realmente entusiasmado don Ambrosio.

—Oye, Guillermito: acabo de escribirle al señor Arzobispo para que te nombre teniente-cura y te dé permiso para confesar, pues es lo único en que hasta ahora no puedes ayudarme.

Una tarde, a la hora de la comida, hablaba Guillermo de sus excursiones y trabajos del día y pedía noticias al Cura acerca de los propietarios de la cercanía.

—A unos dos kilómetros de aquí—dijo Guillermo—, en lo que llaman Los Castaños, divisé hoy una bonita y gran casa de campo: ¿quién vive allí, don Ambrosio?

—¡Ah, ése es mi gran feligrés—contestó el Cura—, y un día tenemos que ir allá de visita! Eso es lo que llaman el Paraíso de Los Castaños; allí vive don Diego Ojeda, con su esposa, doña Mercedes Rodríguez, y su hija Anita. El es un hombre de cáscara algo dura: muy pegado a sus pergaminos, y en realidad muy bien emparentado en Santiago, lo mismo que su mujer; y algo pagado de su dinero, pues es realmente muy rico, como que la hacienda de Los Castaños no tiene menos de sus 1,000 cua-

dras bien regadas y otras 5 o 6,000 de rulo. No invitan a nadie, ni reciben visitas, pues son bastante estirados. Pero son generosos: son el mejor apoyo que tengo para las necesidades de la parroquia y me dan con mano abierta para la iglesia y para los pobres.

—Pues si son tan estirados, no me hace gracia el ir allá de visita.

—Yendo conmigo, la cosa cambia: nos recibirán contésmente y hasta con algún cariño.

—Y la tal Anita, será alguna joven solterona y tan tiesa como sus padres.

—Nó; la muchacha es una pepita de oro: buena moza, alegre, de gran corazón y de unos 19 ó 20 años.

—¿Y cómo don Diego no se la ha llevado para casarla en Santiago?

—Por varias razones. En primer lugar, porque al hombre le gusta vivir en sus tierras y en sus labores y mirar crecer el pasto, como se dice; en seguida, porque tiene miedo de que la niña caiga en manos de algún perdulario de buen apellido y malas costumbres; o de algún pelagatos pretensioso y de linaje inferior al suyo; y tercero, porque dice él y digo yo también lo que el refrán: “el buen paño en el arca se vende”.

—Pero, escondida en estas tierras, no le veo porvenir a la chica, y Ud. saldrá ganando, señor Cura, porque vendrá ella a vestirle sus santos.

—Pues es lo que prefieren los padres antes de que se case mal. En verdad, no es de esperar que vengan millonarios ni príncipes desde lejos a buscarla en estas soledades.

La conversación tomó en seguida otros rumbos y después se fué el Cura a rezar una novena y Guillermo a trabajar en sus planos, sus ecuaciones y sus logaritmos, mientras llegaba la hora de jugar la partida de billar antes de recogerse a dormir.

IV

El domingo siguiente, después de la misa mayor, entró Guillermo al comedor mientras se desayunaba don Ambrosio, con aire de llevar un asunto de suma importancia.

—¡Señor Cura, acabo de ver una visión!

—¿Cómo! ¿Se te ha aparecido Santa Régula, patrona de los matemáticos?

—No esa santa; sino una que debe ser Santa X, abogada de las incógnitas.

—¿Qué es eso? Explicate.

—Que acabo de ver a la salida de la misa mayor una muchacha que es toda una hermosura y a la cual no había visto nunca. ¿Quién es ella?

—Vamos a ver: descríbemela.

—Poco menos alta que yo, muy bien formada, vigorosa, gallarda, blanca sonrosada, ojos y pelo negro, no más de 20 años y con un aire de salud, de serenidad risueña y con tanta luz en los ojos que me pareció la Primavera en persona.

—Guillermito ¿te has vuelto poeta? ¿eres tú el matemático?... Sigue: ¿cómo iba vestida? ¿cómo salió?

—Iba vestida de negro, se iba quitando el manto y se juntó con un caballero que la esperaba en un cochecito de dos asientos.

—¡Ya, ya, ya! Pues, hombre ¡si ésa es la niña de Los Castaños!

—¡Anita Ojeda Rodríguez! ¡Caramba, don Ambrosio! ¿Y por qué no me había dicho Ud. que era tan hermosa esa niña?

—¿Y para qué te lo decía? Te hablé de sus méritos, pero no quise entusiasmartes; pues ya te he dicho que sus padres son gente muy poco accesible, y no te conviene hacerte ilusiones. ¡No se te vaya a ocurrir, muchacho, la tontería de enamorarte de esa chica!

—¡Pero si ya creo que estoy enamorado, don Ambrosio!

—¡Eh! ¡Déjate de tonterías! ¡Amor fulminante y en un ingeniero! Esa Anita es una ecuación de segundo grado con dos incógnitas y no vas a despejarlas tan fácilmente.

—Ya veremos, señor Cura: entre tanto voy a plantear el problema.

No se habló más por el momento, y Guillermo se quedó esperando con ansias el domingo siguiente para volver a ver a la encantadora joven de Los Castaños. Aunque la semana le pareció larga, al fin llegó el domingo, y como en el anterior, asistió Guillermo a la misa mayor y esperó a la salida, cerca de la puerta. No tardó en aparecer la joven, hermosa y gallarda y espaciando aroma de juventud, y con un aire señorial y alegre a la vez que era un encanto para los ojos.

Guillermo, apenas la divisó, hizo como que entraba a la iglesia, para verla más de cerca, y después de pasar a su lado, se volvió para mirarla nuevamente y se quedó contemplándola: la muchacha se volvió también en ese mismo momento y se cruzaron sus miradas un instante.

Ya con esto almacenó el joven un buen caudal de ilusiones y esperanzas: saboreó y comentó para sus adentros aquella mirada durante la semana entera y esperó el nuevo domingo con la misma ansiedad con que el colegial espera la salida de vacaciones. Llegó el tercer domingo y Guillermo se estuvo de guardia a la salida de misa, y vió venir a la hermosa niña de Los Castaños con el corazón palpitante. Esta vez fué más atrevido: sin salirle al encuentro, la dejó acercarse y la saludó respetuosamente, pero relampagueándole en los ojos las llamaradas que subían de su corazón entre fulgores de ternura; la dama le contestó después de dedicarle también una rápida mirada, seguida de una sonrisa contenida de ánimo alegre y vivacidad de chiquilla.

Feliz quedó con esto el matemático, pero como de un primer anhelo satisfecho nace siempre un segundo, al día siguiente emprendió viaje a Los Castaños, y repitió la tentativa en los subsiguientes días.

De regreso de uno de esos viajes, conversaba a la hora de comida con don Ambrosio.

—¿Me perdonará Ud., señor Cura, si he procurado resolver las incógnitas de la ecuación?

—¿Cómo, cómo es eso? Explícate, muchacho.

—Que el lunes me largué al Paraíso de Los Castaños y fui a ver a don Diego.

—¡Hombre, me gustas por lo alentado! ¿Y cómo te recibió el caballero?

—Bien, porque no podía recibirme mal. Me le presenté como quien soy, esto es, como ingeniero encargado de los estudios del ferrocarril, para pedirle datos sobre los terrenos y permiso para recorrer el fundo. Me acogió cortésmente, me dió noticias interesantes y me concedió el permiso, pero todo esto lo hablamos en su oficina, sin dejarme un resquicio para mirar hacia el interior y no ví ni la sombra de la niña. Además el hombre me trataba con cortesía, pero con suma sequedad, sin una sola palabra que pudiera parecerme estímulo.

—¿No te lo decía yo, Guillermito? Te vas a clavar en las espinas de ese erizo de castaña y no vas a sacar nada de provecho.

—Después he vuelto tres días seguidos, sin aflojar un pelo, pues si don Diego es seco, yo soy testarudo; y me ha recibido siempre lo mismo: bien educado pero desabrido y ni una sola pulgada más adentro de la oficina, a pesar de que la última vez fui a la hora misma del almuerzo.

—¿Y esperabas que te convidara a entrar en el Paraíso? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué poca experiencia tienes tú de los viejos taimados! Pues no te re-

pruebo que hayas hecho tales tentativas; pero me parece que no son prudentes: con visitas tan repetidas puedes llegar a alarmar al caballero y hacerle sospechar que no vas por Los Castaños sino por la castaña.

—¡Y qué lástima, don Ambrosio, que no pueda disponer yo de una mano de gato para sacarla!

—¡Caracoles! Con que esas tenemos ¿eh? Te conozco la intención, pillastre. Lo que tú quieres es nada menos que el viejo cura se meta a casamentero en obsequio tuyo, y vaya a romperse la cabeza contra el mejor pero el más testarudo de sus feligreses, para regalarte a tí una muchacha buena moza y platuda: ¿no es eso?

—Señor Cura, no piense tal cosa de mí: deseo y aún le pido su ayuda; pero no es el dinero lo que me atrae; yo me lo ganaría de sobra para ella y para mí: los hombres enérgicos son dueños de su porvenir.

—Hombre, no quería decirte tal cosa; pero el hecho es que la niña es una rica heredera; y creo que no debes hacerte ilusiones, te lo repito. Pero, si en algo puedo servirte, cuenta conmigo; mas con prudencia, muchacho, pues no he de arriesgar por tí los intereses de la parroquia y de mis feligreses.

V

Siguió Guillermo aprovechando la salida de misa, única ocasión de ver a la mujer de sus sueños; y sin ser presuntuoso, llegó a convencerse de que ella lo miraba también con buenos ojos, pues al salir de la iglesia lo buscaba ella también con la mirada y esperaba sonriendo ligeramente su saludo.

Y uno de esos domingos fué más allá todavía el mozo, pues la esperó dentro de la iglesia, cerca de la puerta y se le acercó decididamente.

—Perdóneme que la detenga un momento, señorita—le dijo—; pero

presumo que una dama cristiana y piadosa no se negará a la consulta de un hombre de recta conciencia y rectas intenciones.

—¿Y en qué puedo yo, señor, ser consultada por Ud.?

—En algo que interesa mucho para la salvación de una alma.

—Si es así, señor, no puedo yo excusar la respuesta, en cuanto de mí dependa.

—Mi consulta es ésta, señorita: ¿cómo puede un buen cristiano, aunque forastero, llegar hasta el Paraíso?

Comprendió la niña inmediatamente el juego que hacía Guillermo con la palabra "Paraíso" y respondió sin titubear y con una sonrisa entre cariñosa y traviesa:

—Por medio de ayunos y mortificaciones, según dicen los libros piadosos.

—¡Ay, señorita! En ayunos y mortificaciones paso yo los seis días de la semana.

—¿Y nada ha conseguido, señor?
—preguntó Anita con una mirada cargada de travesura y de intenciones.

—Lo que he conseguido temo que sea una mera ilusión de mis anhelos: el domingo veo acercarse un fulgor de cielo, pero luego lo pierdo de vista, para quedar en seguida en mayor obscuridad que antes.

—Pues, entonces, acérquese Ud. más al santuario y recurra a la oración.

—He ido al santuario y he encontrado allí guardianes que en lugar de dejarme ver la flor del Paraíso, me han mostrado solamente las espinas del fruto de los castaños.

—No habrá sido Ud. constante en su empeño.

—Lo he sido, pero más contantes han sido las espinas en presentarme sus puntas.

—Pues, no descuide Ud. la oración, señor.

—¿Y a qué santo podría encomendarme, señorita, en mis oraciones?

—A... San Ambrosio—y le chispeaban los ojos a la bellísima muchacha al decirlo.

—Gran santo es, señorita, y a él me he encomendado ya; pero ¿qué le parece a Ud. que me encomiende especialmente a Santa Ana?—agregó el mozo con no menor travesura, pero con una vida ansiedad en el semblante.— ¡Tengo por ella tan profunda devoción que entrego en sus manos toda mi suerte!

—Como talvez es ésta la primera plegaria que oye de este género, quién sabe si Santa Ana dude.

—Le he dicho a la Santa con los ojos lo que sólo ahora me atrevo a decir de palabra, y tenía la ilusión de que hubiera acogido mis oraciones.

—Yo creo que Santa Ana agradece la devoción y la acoge; pero su intercesión es poco eficaz ante los guardianes del Paraíso.

—¿Y no podré obtener de la Santa que tanto venero ninguna esperanza de ayuda?—preguntó Guillermo con un ligero velo de melancolía en la mirada.—En Paraíso tan cerrado, si no tengo el amparo de la san'a en el interior ¿de qué sirve toda mi adoración y mi voluntad?

—Pues vuelvo a lo que le he dicho, señor: acuda a San Ambrosio.

Y la joven se alejó saludando graciosamente.

Con un verdadero estallido de luces en el alma se dirigió inmediatamente Guillermo a ver al Cura, que en esos momentos salía de la sacristía.

—Vengo nuevamente a encomendarme a San Ambrosio, señor Cura—le dijo.

—Cara de contento traes, muchacho: ¿y qué le pides al santo?

—Que me ayude eficazmente a despejar la segunda incógnita de la ecuación: la de los papáes.

—¿Y la primera?

—La primera y la principal a mi juicio, la de la niña, me parece que está despejada, o no soy más que un necio jactancioso.

Y refirió a don Ambrosio, palabra por palabra, la conversación que en lenguaje figurado pero transparente acababa de tener con Anita.

—Bueno está eso, muchacho; bueno de veras. Pero díme: ¿estás real y sinceramente enamorado de esa muchacha?

—Señor Cura, se lo digo con toda gravedad: tengo 26 años y nunca he sentido lo que siento ahora para con esa niña, y esto es amor, es el amor, el que se siente una vez en la vida y ante el cual no son comparables los mariposeos ordinarios y que no comprometen el corazón ni la cabeza. Señor Cura, estoy verdaderamente enamorado de esa señorita y haré todo lo posible, honradamente, para que me acepte por marido.

—Te creo, Guillermo, le creo, porque en estos meses te he conocido por fuera y por dentro, y sé que eres un mozo honrado y recto. Por lo demás la muchacha se lo merece: tú la has juzgado por su exterior; y yo que la conozco además por su interior, puedo asegurarte que es una perla.

—Pues, si nos cree dignos al uno del otro, cuento con su ayuda, señor Cura: hay obstáculos que no dependen de la voluntad, como es el de vencer las ideas de don Diego y su esposa, con respecto al dinero, y por esto recurro a Ud.; y por las palabras de Anita, bien comprende Ud. que ella también espera su ayuda.

—La verdad es que el papá es testarudo a más no poder, y si sabe que tú no cuentas con más recursos que tu sueldo, opondrá una resistencia invencible.

—Por eso confío en su afecto y en su talento, señor Cura, para que convenza a ese caballero de que un individuo que hoy no tiene más que su sueldo puede labrarse mañana una

fortuna con su energía, su preparación intelectual y sus rectos procedimientos.

—¡Hum! ¡Allá veremos!... En todo caso, por mí no ha de quedar, pero déjame discurrir porque contra don Diego más vale maña que fuerza.

VI

El domingo siguiente, al salir Ana de la iglesia se encontró con Mónica, que le dijo:

—Dice el señor Cura que tenga la bondad de esperarlo un momentito.

—Con muchísimo gusto.

A los pocos momentos llegó don Ambrosio.

—Buenos días, chiquilla: ¿cómo estás tú y tus papacitos?

—Muy bien—contestó la joven, risueña y fresca como una primera rosa de Octubre.

—Oyeme, Anita, lo que voy a decirte y respóndeme francamente, derecho, como si estuvieras en el confesionario.

Sobresaltóse un tanto la niña, pero respondió sonriendo:

—Pregunte, señor Cura, pues le responderé a las derechas.

—¡Bien! Dentro de un momento voy a almorzar a tu casa y para hablar con tu papá sobre un asunto que te interesa, oye bien, que-te-in-te-re-sa. ¿Me das tu consentimiento para hacerlo?

Sonrojóse Ana y bajó los ojos y en seguida dijo:

—Los ojos y el corazón pueden engañarme, don Ambrosio; pero Ud. que vé por dentro podrá decirme: ¿voy bien o mal?

—Tan bien como si yo mismo hubiera hecho las cosas al gusto de mi deseo y del cariño que te tengo.

—Pues, entonces, tiene Ud. mi consentimiento.

—¿De todo corazón y voluntad?

—De todo corazón y voluntad.

—¡Bien, bien, bien! Avísale a tu papá que voy a almorzar a Los Cas-

taños y ruega a Dios que nos vaya bien.

En seguida se fué el Cura a la casa y esperó a Guillermo.

—Vamos a tu pieza—le dijo.

Llegados a ella, agregó:

—Toma esa palangana grande, ponla sobre ese cajón y vierte agua en ella.

—Está hecho, don Ambrosio.

—Ahora me has de prometer solemnemente tres cosas. Primero, que no has de almorzar hasta que yo vuelva.

—Prometido, señor Cura.

—Segunda: que has de hacer ciegamente lo que yo ordene, mientras voy y vuelvo.

—Prometido.

—Tercera: que no has de contar a nadie en estos días lo que vas a hacer.

—Prometido también, señor Cura.

—¿Cuento con tu palabra?

—Cuenta Ud. con ella.

—¡Muy bien! Ahora cierra las ventanas y las puertas... Bájate los pantalones y siéntate en la palangana con agua.

—Pero, señor Cura...

—¡Me has prometido obedecer!

—Obedeceré: Ud sabrá lo que hace.

—Claro que sí. ¡Bien! Ahora me juras que has de permanecer en esa posición sin verter el agua hasta que yo vuelva.

—Pero, señor Cura... ¿Es un baño de asiento?

—¡Me has prometido obedecer ciegamente!

—Obedezco: se lo juro.

—Pues hasta la vuelta.

Y el Cura salió y cerró la puerta con llave por fuera. En seguida, montó a caballo y se dirigió al Paraíso de Los Castaños, donde lo recibieron con más vivas muestras de cariño de lo que era dable esperar de aquellos secos personajes.

El almuerzo fué alegre, no por empeño de los dueños de casa—que por lo demás eran muy corteses y hasta

afectuosos—, sino por la amena charla del cura y el ingenio y travesura de Anita.

Cerca del fin del almuerzo, don Ambrosio cambió repentinamente de conversación:

—Dígame, mi señor don Diego: ¿Ud. no piensa casar a esta chiquilla?

—No tengo mucho afán en ello.

—Ud. nó, pero puede tenerlo ella.

—Anita hará lo que su padre disponga.

—¡Ah, muy bien! Entonces, envíe Ud., don Diego, y cátese con ella. Porque hasta aquí no veo yo que Ud. se preocupe del porvenir de la chica, y supongo que se la reserva para Ud.

Anita se levantó conteniendo la risa y con un “con permiso” se alejó del comedor.

—¿Y dónde he de encontrar, señor Cura, un marido digno de mis antecedentes y de las cualidades de la niña?

—Si lo ha de elegir Ud., don Diego, es claro que no lo encontrará hasta que venga una comisión de padres de la patria trayendo un galán mandado fabricar “ad hoc”. Pero si Ud. la deja elegir a ella, y se pone en condiciones razonables, no impedirá la felicidad de su hija.

—Vaya derecho al asunto, señor Cura, y vierta lo que trae en el canasto: Ud. viene a hablarme de algún pretendiente ¿no es así?

—Sí, mi señor don Diego: es mi deber de cura y lo cumplo a conciencia y hasta con vivo placer.

—¿Y quién es ese pretendiente?— preguntaron a una voz don Diego y su esposa, con tono algo agresivo y como listos para rechazar “in limine” al atrevido.

—El señor don Guillermo Fernández, ingeniero que tiene a su cargo los trabajos del ferrocarril en esta zona.

—¡Ese! ¡Un mocito que ha venido a hablar conmigo, hace pocos días!— exclamó don Diego con menosprecio.

—Sí, ése, ese mocito, señor don Diego. Veamos qué peros me le pone Ud.

—¡Pero qué clase de pájaro es ése?

—No ha de ser tan mal pájaro, cuando su amigo de Ud., el Cura de esta parroquia, lo tiene hospedado en su casa y lo quiere como un hijo.

—¡Un insignificante, seguramente!

—Que desde luego tiene título de ingeniero y ha sido escogido por el Gobierno para una obra de tanta importancia como este ferrocarril.

—Algún metete de medio pelo ensoberbecido con su título.

—Ahí me lo esperaba yo, don Diego: lea Ud. esta carta con que llegó el mozo a mi casa y fíjese en esa firma.

Leyeron don Diego y la señora la carta del aristocrático don Carlos Portales, con los elogios de Guillermo, y el cura les leyó en los ojos el cambio de impresión.

—Y de la figura, y del talante y de la conversación ¿qué me dice don Diego, Ud. que ha hablado con él algunas veces?

—En cuanto a eso, nada tengo que decir: es un mozo bien presentado, como dicen vulgarmente, de buena planta, simpático y fino trato. Pero...

—Pero ¿qué? Hable Ud., mi amigo.

—Pero ¿cómo vamos a entregarle nuestra hija a un mozo que puede tener muy limpios antecedentes de familia y muy buenas cualidades personales, pero que no tiene más que su sueldo? ¡Y fíjese Ud. que Anita va a ser una muchacha muy rica!

—Pues, si va a ser rica ella, menos necesidad hay de que lo sea el pretendiente; además éste con su talento y con el nombre que se ha ganado ya puede fácilmente hacer fortuna; y sobre todo, y fíjese Ud., mi señor don Diego: además del trabajo del ferrocarril, ese mozo tiene en estos momentos un negocio de cueros en remojo de suma importancia.

—¿Alguna gran empresa de curtiduría?—preguntó don Diego abriendo los ojos.

—Algo así debe ser, pues yo no lo conozco, pero sí puedo asegurar a Ud. que los cueros que tiene en estos

momentos en remojo no los daría él por un millón de pesos.

—¡Caracoles! ¿Y cómo con ese negociazo se dedica a construir a sueldo un ferrocarril?

—Porque el hombre es ingeniero por vocación.

Callaron algunos momentos, y al cabo de un rato dijo don Diego:

—Siendo así, con esas cualidades y esa base, no podríamos nosotros honradamente y como buenos padres rechazar la petición; pero hay que consultar la voluntad de la niña. ¿No es así?

—¿Y por qué no la llama Ud, señora?

La llamó la señora Mercedes y Anita entró sin mucha demora; y apenas entró, dijo el Cura:

—Pues, con toda solemnidad, mi señor don Diego, tengo el honor de pedir la mano de Anita para mi ahijado don Guillermo Fernández.

La muchacha se puso roja y por el momento no halló qué responder.

—¿Qué dices tú, hija mía?—preguntó don Diego.—¡Contesta!

—Pues respondo que, si Ud. no se opone a ello, yo también acepto.

—Por mi parte y la de mi esposa, respondo que siendo el buen querer de mi hija y dentro de las cualidades de que Ud. nos ha hablado, señor Cura, también aceptamos. ¡Queda el asunto fundado en su conciencia!

—Pues ella me dice que hago la felicidad de dos buenos muchachos que se merecen mutuamente.

Y el Cura regresó rápidamente a la casa parroquial para sacar de remojos a Guillermo.

VII

El mozo se hizo querer muy pronto de sus futuros suegros, los novios se estimaron y amaron más aún cuando pudieron comunicarse libremente, y el matrimonio se celebró a los tres meses, con un esplendor que dejó eterna memoria en aquel pueblo.

Para ello Guillermo había reunido

sus economías y el Cura, protector y amigo, lo ayudó también para que se presentara dignamente y para su viaje de bodas. Entre tanto, Anita había sabido confidencialmente que el mozo era pobre, lo cual no fué para la inteligente muchacha motivo alguno de sorpresa ni de desagrado, pues tenía plena confianza en el talento de su novio.

Después del matrimonio, y cuando ya hubo más confianza entre Guillermo y su suegro, le habló éste de aquel negocio de la gran curtiduría.

Oyólo Guillermo con asombro y respondió que no tenía negocio alguno de ese género.

—Pero si el día en que vino el Cura a pedir a Anita dijo muy claramente: "Puedo asegurar a Ud. que los cueros que tiene en estos momentos en remojo no los daría él por un millón de pesos."

—¿Dijo eso el señor Cura el día en que vino a pedir para mí la mano de Anita?

—Sí, Guillermo.

—¿En qué momento?

—Al terminar el almuerzo.

Soltó Guillermo una carcajada enorme, inacabable, que lo obligaba a doblarse en dos y a apretarse los riñones, mientras don Diego lo miraba entre asombrado y disgustado.

—Pues, señor—dijo al fin Guillermo, cuando la risa le permitió hablar—, yo no tengo ningún negocio de curtiduría, pero el señor Cura no lo ha engañado a Ud. y efectivamente yo no habría dado esos cueros por un millón ni por diez.

Y le contó la estratagema de don Ambrosio: don Diego quiso sulfurarse, pero al fin terminó por reír de buena gana.

Se desvanecía con eso una expectativa de don Diego, pero ya había aprendido a apreciar a su yerno y a conocer sus grandes méritos y no le dolió tanto aquel fracaso del negocio de los cueros.

Además el mozo aportó un caudal mucho más valioso aún y que repre-

sentó en poco tiempo un negocio de millones. Recorrió prolijamente toda la hacienda de Los Castaños, y obtuvo dinero del suegro para hacer dos obras de suma importancia y con gasto realmente pequeño: embalsar las aguas de dos grandes quebradas en un tranque situado a alguna altura, y abrir un canal para aprovechamiento de las aguas del río inmediato. Con esto dió riego abundante y seguro a otras mil cuadras de buenos terrenos de la hacienda y que pasaron a valer algunos millones de pesos.

Guillermo y Ana fueron realmente felices.

En cuanto al Cura, solía decir:

—Mi señor don Diego, aquel domingo no le mentí, sino que lo engañé con la verdad; pero me parece que no daría Ud. ahora el cuero de su yerno ni por un millón: ¿no es verad?

—Cierto, don Ambrosio, y le agradezco el engaño, que ha traído por consecuencia la felicidad de toda mi casa y la triplicación de mi fortuna.



LA SEÑAL DE FUEGO



I

El que en seguida voy a referir no es cuento, en el sentido que se da vulgarmente a esta palabra, con la cual se expresa un relato más o menos imaginario, sino que es un "sucedido", como suele llamársele entre algunos escritores españoles: es la historia de un suceso efectivo, auténtico, y del cual quedan todavía algunos testigos.

Uno de ellos, el más autorizado de todos, murió no hace muchos años; era el Pbro. don Prudencio Herrera, pero las personas que visitaban su casa, en Santiago, deben recordar muy bien esta historia, pues él la refirió muchas veces, juntamente con mostrar el originalísimo documento que le servía de "auténtica". Y en Valparaíso viven hoy algunas personas de la familia en cuyo seno ocurrió el hecho que voy a narrar y que pueden confirmar mi relato.

El Pbro. señor Herrera era persona muy conocida en Santiago, profundamente querido y respetado de unos, aunque menospreciado de otros. Era un sacerdote de cierta corpulencia, que se caracterizaba por un bocio (o coto) enorme, que solía llevar cubierto con un pañuelo; muy descuidado y hasta desaseado en el vestir; pero que compensaba estas pocas atrayentes cualidades exteriores con una caridad

inagotable, infinita, en que daba cuanto tenía y que lo hacía vivir pobremente, aunque tenía no escasos bienes de fortuna. Era hombre de tal carácter que si, invitado a almorzar en alguna parte, le servían empanadas fritas, no titubeaba en echarse al bolsillo las que le ponían en el plato; y en seguida las daba en la calle al primer pobre que le pedía una limosna: de donde resultaba una mancha más de grasa en su sotana, y una bendición más para su generoso corazón.

Vivía el señor Herrera en la calle de Santa Rosa, afuera, cerca de la Avenida Díez de Julio; y en una modesta salita que le servía de oficina y de recibimiento, podía verse, y vieron innumerables personas, colgado de la pared y cerca de su mesa-escritorio, un marco que encerraba un cuadro muy extraño: una tela blanca, fina, en cuyo centro estaba perfectamente dibujada una mano en color pardo. Al examinar este cuadro a plena luz, se veía que no era pintura, sino que era una quemadura de la tela, como si se hubiera apoyado en ésta una mano de fuego que hubiera tostado la tela y dejado en ella todas las huellas de la piel, hasta poder verse claramente las finísimas estrías que surcaban el cutis; la tela subsistía en todas sus partes, pero tenía el color pardo de la quemadura; y la mano así reproducida era femenina, pequeña, de dedos afilados, elegante en sus graciosas líneas.

Y cuando los curiosos que examinaban tan extraño cuadro preguntaban al señor Herrera lo que significaba, el respetable sacerdote refería con lujo de detalles la historia a que me refiero y que en seguida traslado a los lectores.

II

Muy cerca de la vivienda del Sr. Herrera, pero en la calle de San Francisco, en casas contiguas vivían dos familias que no tenían entre sí parentesco alguno, pero que estaban ligadas por una estrecha amistad: una de esas

firμες y sólidas amistades que se arraigan entre buenos vecinos que viven largos años pared por medio, y amistades que suelen durar mucho más que las casas en que habitan tales vecinos.

Una de esas familias era la de don Francisco Torres—cambio los nombres, porque no estoy autorizado para dar los verdaderos—, caballero viudo y que tenía una hija llamada Dolores, niña muy inteligente y virtuosa y a la cual le sobraban pretendientes.

La otra familia era la de don Benigno Olivares, casado y que tenía varios hijos e hijas, una de éstas llamada Trinidad y cuya edad era más o menos la misma de su vecina Dolores Torres.

Las dos familias, repito, estaban ligadas por íntimo afecto, hasta el punto de que con suma frecuencia estaba la una en casa de la otra, y "juntaban las ollas" para almorzar o comer en común; y eran asimismo comunes a ambas los dolores y las alegrías. Y en medio del afecto general, sobresalía, como una flor muy hermosa entre otras de su misma clase, la amistad de Trinidad y Dolores, que se querían como hermanas, con entrañable cariño, por la comunidad de gustos, la semejanza de situación, la igualdad de edades, y por el humor alegre y festivo de ambas.

Andando el tiempo, Dolores escogió entre los pretendientes un marido a gusto suyo y de su padre, suceso que celebró y a la vez sintió mucho su amiga Trinidad: lo celebraba, porque era para ella un regocijo la felicidad de Dolores; y lo sentía, porque temía ver alejarse a su inseparable compañera. Pero por ser tan solos Dolores y don Francisco, éste pidió que su hija y el yerno vivieran con él; y así se hizo y hubo una persona más y un afecto más en aquel grupo de las dos familias; con ello Trinidad vió disipados sus temores y siguió reinando siempre el mismo afecto y la misma intimidad entre ella y su queridísima Dolores, con tinte un poquito más grave o me-

nos frívolo, pero con no menos acendrado cariño.

Demás está decir que el matrimonio fué festejado por las dos familias como si fueran una sola, pues Dolores era una verdadera hija para los padres de Trinidad, y lloraron y rieron entre lágrimas con la misma efusión todos los de ambas casas, y no fueron menos apretados que los de don Francisco los abrazos que don Benigno dió al feliz esposo de Dolores.

III

Don Francisco Torres era un hombre de negocios y de ciertos caudales, y no había firma más sólida que la suya en el extenso barrio en que habitaba, ni prestigio de honradez y delicadeza mejor ganado. Y era tal la opinión que de él se tenía y la confianza que a todos inspiraba que llegó a ser el agente de negocios y hasta el banco de muchas personas y familias modestas de aquel vecindario.

—Don Francisco— solía llegar diciéndole alguna señora viuda—, tengo mil pesos que me quedaron de mi marido: si los dejo en casa, nos los comemos, y por eso se los traigo a usted para que me los guarde y me los haga producir.

—Mire, patrón—le decía el recaudero que le proveía diariamente de legumbres—: he juntado unos realitos, unos doscientos pesos: ¿quiere hacer el favor de guardármelos, patroncito?

Y a todos los acogía bondadosamente don Francisco, les recibía su dinero, sin que jamás nadie le exigiera ni un comprobante, y buscaba colocación segura a todas aquellas sumas, o las agregaba a sus propios negocios y las hacía producir no pequeñas utilidades. Y no se limitaba a esto el servicio, sino que pagaba los giros que le hacían los depositantes y aun iba más allá: investigaba las necesidades reales o ficticias de tales clientes, y a veces se adelantaba a llevar un socorro a una familia que creía haber ya agotado los fondos que tenía en poder del caba-

llero, y a veces contestaba con un "nó" redondo y seco y duro como una piedra, cuando un depositante iba a girar para algún gasto superfluo o para algún vicio, y en seguida endulzaba la negativa con algún buen consejo siempre provechoso.

¡Y qué clientela aquélla! Los depositantes variaban desde las familias más decentes y respetables pero modestas, hasta las cocineras del barrio.

Don Francisco tenía una memoria prodigiosa y no olvidaba ningún detalle; pero como hombre ordenado y delicado, no confiaba en su sola memoria, sino que llevaba apunte metódico de todos aquellos depósitos de confianza, con sus inversiones, sus rendimientos, giros, abonos y entrega de utilidades.

Un día, comenzó el caballero a sentirse mal de salud, y viendo que la cosa era seria y que podía venir la muerte y sorprenderle sin mucho aviso pravo, empezó a liquidar todas aquellas cuentas; y apenas liquidaba una, iba a visitar o llamaba al interesado y le daba cuenta detallada y bien explicada de todo el pequeño negocio y le entregaba su dinero, sin pedirle recibo a nadie, pues nadie se lo había pedido a él.

Para muchos fué aquello una sorpresa, pues según sus cuentas particulares creían haber retirado todo lo que tenían en manos de don Francisco, y sin embargo se encontraban con alguna cantidad que provenía o de que esas cuentas habían sido mal sacadas por ellos mas no por don Francisco, o de las inversiones que aquel excelente caballero y hombre de negocios había dado al dinero de su depositante.

Y para todos fué un dolor dicha entrega, pues don Francisco les decía:

—Mi salud está resentida y además ya soy viejo, y no quiero morir y dejar su cuenta enredada.

Veían, pues, el peligro de perder

tan buen consejero, tan buen amigo y tan cómodo y seguro administrador.

IV

No pasó mucho tiempo sin que se realizaran los temores de don Francisco. Su salud decayó rápidamente y un día, en medio de esta decadencia general, se presentó una enfermedad aguda, y el paciente vió desde el primer momento que aquello era el final y que no saldría ya más de la cama sino para ir a tomar el eterno descanso.

Se comprenden la alarma y la congoja de Dolores y de su marido y las tribulaciones de la vecina familia Olivares ante la grave enfermedad que abatía a aquel querido amigo. Llamaron a los mejores médicos de Santiago, adoptaron al rededor del enfermo los más prolijos cuidados y precauciones, y la ciencia y el cariño desplegaron la energía más vigorosa para combatir la dolencia; pero don Francisco no se fingía ilusiones ni las dejaba tampoco a los que le rodeaban.

—Todo es inútil—les decía—: de ésta no vuelvo; estoy herido de muerte, y lo que no haga la enfermedad de por sí, lo harán los años. Resígnense ustedes como me resigno yo, y preparen el ánimo para la separación y para que se cumpla la voluntad divina.

Y no decía esto con abatimiento ni mucho menos: por el contrario, era el más sereno de todos, hablaba con entereza y veía llegar la muerte con tranquilidad, como una solución natural y lógica, así como el labrador que después de haber trabajado afanosa y honradamente el día entero, ve venir la noche, porque es natural que venga y porque ella le trae el reposo, el silencio y la paz. Le dolía la separación, sin duda, porque la vida es amable y por el amor hacia su hija; pero este pesar se atenuaba porque la veía casada con

un hombre honrado, bueno, esforzado y que la amaba con profundísimo cariño.

Entre tanto la casa se llenaba de gente, pues los centenares de personas que habían recibido incesantes beneficios de aquel excelente caballero iban a verle y a saber de él como si fuera su deudo y no querían que se partiera sin verle por última vez. Pero los médicos exigían que se le rodeara de completo reposo, y así eran muy pocos los recibidos en la pieza del enfermo.

Una tarde llamó don Francisco a Dolores y la hizo sentarse a la cabecera del lecho.

—Consuélate y resignate, hijita mía—le dijo—: esto no puede durar sino algunas horas, y es natural que se acabe. Serénate un momento y óyeme en calma, pues tengo que hacerte un encargo de suma importancia. ¿Estás tranquila?

—Sí, mi viejito: lo oigo con tranquilidad.

—Pues, óyeme atentamente. No he alcanzado a devolver todo el dinero que me habían confiado diversas personas, como tú sabes. Hay algunas a quienes debo sus depósitos, de 100, 200 ó 300 pesos, más o menos. No recuerdo sus nombres ni las cantidades precisas, pues la cabeza me flaquea y la memoria no me acompaña: en estos días de cama he tratado de recordar, pero no lo he conseguido. Mas todo está en orden y convenientemente anotado: en ese pequeño baúl que hay al lado de mi mesa-escritorio, encontrarás todos los papeles, con las notaciones de todas las cantidades que he recibido, el nombre de sus dueños, las entregas parciales que he hecho, y la devolución de todo lo restante; ahí verás cuáles son las personas cuyo dinero está todavía en mi poder. Apenas se hayan hecho mis funerales, que te ruego sean modestos, y vuelva a la casa la tranquilidad, te pido que abras el baúl y examines

culidadosamente los papeles, y que llames a esas personas y les entregues el dinero que les corresponde. No quiero ocupar a tu marido en este trabajo; porque bastante tiene él con los suyos, y porque es tarea más propia de tí, que eres mi hija y que has conocido, en parte siquiera, este negocio. ¿Me prometes hacer lo que te pido, mi hijita?

—Sí, papacito: se lo prometo.

—¿No te olvidarás de mi encargo?

—Nó, papacito: si quiere, hoy mismo puedo hacer ese trabajo.

—Hoy nó, mi Lolito: no tendrías calma ni tiempo para ello. Después, cuando te he dicho... Y ahora, puedo irme tranquilo a la otra vida, sin esa preocupación en la conciencia, aunque bien sabe Dios que no fué descuido mío ni falta de voluntad lo que me impidió efectuar ese trabajo, sino que me faltó salud y tiempo.

En la misma noche falleció don Francisco, con la muerte del justo, auxiliado hasta el último instante por su amigo el Pbro. don Prudencio Herrera.

Dejo a los lectores imaginar el dolor de su hija, de su yerno y de los buenos vecinos y amigos, los Olivares.

V

Dolores quedó profundamente afectada con la muerte de su padre, hasta el punto de caer seriamente enferma, y durante varios días no le fué posible atender al cumplimiento de la postrera voluntad de su padre. Trinidad en esos días, así como durante las tribulaciones de la enfermedad y la muerte de don Francisco, fué la constante compañera de Dolores y unió su lágrimas a las de ésta.

En esos mismos días, el marido de Dolores, ayudado por la familia Olivares, hizo lo que se hace siempre en casos semejantes: cambiar completamente las habitaciones, principalmente las del extinto, de manera que

cuando Dolores saliera del lecho no encontrara a la vista nada que sirviera para avivar la honda pena de la joven: el dormitorio de don Francisco y su escritorio fueron transformados completamente y nada quedó allí de los muebles que había usado el caballero ni de los objetos de que se servía ordinariamente.

A los ocho o diez días pudo levantarse Dolores, pero si bien se había restablecido su salud corporal, todavía estaba su alma muy acongojada con la gran desgracia y no tuvo serenidad para cumplir el encargo de su padre; después, cuando comenzó a serenarse, el cambio de las habitaciones y el no ver el escritorio de su padre ni el baúl que encerraba los papeles de las cuentas del caballero, le impidieron que recordara el encargo con la viveza necesaria para que entrara a cumplirlo sin mayor demora.

Y además otros cuidados y otras preocupaciones vinieron a ocupar su ánimo. Faltaba poco para que llegara al mundo el primer fruto de su matrimonio, y naturalmente tuvo que dedicar a recibirlo todas sus atenciones y cuidados, olvidados hasta entonces porque el amor de hija se había sobrepuesto al de madre durante la decadencia y la enfermedad de don Francisco. En tales circunstancias, el encargo del moribundo quedó, no olvidado, sino diferido: más tarde, después del gran día de la recepción del primer hijo y cuando ya estuviera bien restablecida, se dedicaría ella preferentemente a aquella sagrada petición de su inolvidable padre.

En esto se pasó un mes o poco más, pero Dios había dispuesto las cosas muy de otra manera: la desgracia había entrado en aquel hogar y era difícil que se alejara sin llevarse una nueva presa.

Llegó el niño sano y vigoroso y reflejando en sus formas la belleza ma-

terna y la solidez del padre; pero Dolores quedó enferma, gravemente enferma, y nueve días más tarde se iba de esta vida para reunirse con don Francisco y sin dejar cumplida la última voluntad de éste.

Por segunda vez renunciemos a pintar escenas de dolor: pueden los lectores que hayan padecido análogas desgracias calcular el profundo desgarramiento de alma del cariñoso marido, que en el espacio de dos meses veía desaparecer a su excelente padre político y a la incomparable esposa; y la aflixión de la familia Olivares, que miraba acabarse aquella familia hermana y aquel hogar que miraba como suyo.

Trinidad, que no se había separado un instante de la cabecera del lecho de su amiga, sino para atender a darle las medicinas con prolijidad maternal, cayó enferma bajo el peso de tantas tribulaciones y su vida estuvo seriamente amenazada por espacio de tres o cuatro días; pero la limpieza del organismo y la juventud triunfaron del mal y quedó fuera de peligro.

VI

Habían pasado ocho días desde la muerte de Dolores y ya estaba Trinidad en plena convalecencia, pero siempre afligida, aunque ya podía llorar con más calma.

La joven dormía en el mismo dormitorio con una de sus hermanas; en el dormitorio contiguo, por un lado, dormían sus padres, y en el del otro lado otras personas de la familia.

En la noche del octavo día, después de conversar y llorar por aquellas desgracias, Trinidad se quedó dormida; acompañáronla algún tiempo los de la familia, y cuando la vieron dormir un sueño tranquilo y reparador, se recogieron también para reposar a su vez, pero una de las hermanas se quedó en pie, por lo que pudiera necesitarse.

Era la una de la mañana más o menos y toda la casa reposaba en paz y en silencio, cuando se sintió un grito agudísimo de Trinidad.

Inmediatamente acudió la hermana y tras ella los padres y los demás de la familia, profundamente alarmados.

—¡Niña, por Dios! ¿qué tienes?

—Hijita mía ¿qué te ha pasado? ¿qué sientes?

—¡La Lolito!.... ¡La Lolito!...—
acertaba tan sólo a decir la enferma en medio del llanto que la sacudía.

—¿Cómo, niña? ¿Que has visto a la Lolito?.... ¿Dónde? ¿Cómo?

—Nó, nó—contestaba Trinidad, más por señas que con palabras.

—¿Qué ocurre entonces? ¿qué te ha pasado con la Lolito?

Entre tanto habían encendido más luz, y Trinidad lloraba sentada en la cama, sin poder expresarse con claridad por causa del mismo llanto, hasta que logró tranquilizarse y aquietar sus nervios. Ya más en calma, la interrogó la mamá para saber lo que había ocurrido.

—¿Has visto a la Lolito, mi hijita? ¿Qué es lo que te ha ocurrido?

—No ha sido visión, mamacita, sino un sueño, pero un sueño que no puede ser más que un aviso de la Lolito. Oigame Ud. Estaba yo durmiendo muy tranquilamente y empecé a soñar que entraba la Lolito por la puerta del patio, se acercaba a saludarme con mucho cariño y se sentaba en esta misma silla a la cabecera de mi cama, al lado derecho; inmediatamente me acomodé yo en la cama, medio incorporada, afirmando el codo derecho en la almohada, y me dispuse a conversar con ella.

—“Trinidad—me dijo—vengo a hacerte un encargo y en nombre de Dios y por el eterno descanso del alma de mi padre y de la mía, te pido que lo cumplas sin demora alguna. Mi padre, por causa de su mala salud, no alcanzó a entregar a algunas perso-

nas el dinero que éstas le habían confiado; antes de morir, me dió el encargo de que examinara los papeles que tenía en un pequeño baúl en su escritorio y en los cuales encontraría todos los datos necesarios para hacer la devolución; pero la pena que me produjo su fallecimiento, después los preparativos de la recepción del niño, mi enfermedad y mi muerte me impidieron atender esa petición sagrada de mi padre. Por eso vengo hasta tí, mi querida amiga, para rogarte que hagas tú lo que no hice yo. Mi marido poco conoció los negocios de mi padre, y tú sí, y por tanto podrás hacer muy bien lo que te pido. Después de la muerte de mi padre, entre mi marido, tus hermanas y la servidumbre cambiaron todas las cosas de mi padre, y no supe a dónde habíó ido a parar el baúl, y distraída en otras preocupaciones no averigüé su paradero; pero ahora te lo puedo decir: búscalo en el segundo patio de mi casa, en un cuarto que hay al lado de la despensa, y allí lo encontrarás entre diversos cajones y muebles viejos: ábrelo y lee los papeles, pues ahí hallarás todos los datos necesarios sobre el dinero que aún conservaba mi padre y el nombre de los dueños. Mi marido te dará la plata para ello. ¿Te olvidarás de mi encargo, Trinidad?"

—Nó, Lolito — le respondí—: te prometo que lo cumpliré mañana mismo.

—“¿Me juras atenderlo sin ninguna demora?”—volvió a preguntarme.

—Te lo juro—le contesté.

—“Confío en tí, pero para que tu memoria no sea tan frágil como la mía, voy a dejarte una seña.”

—¿Qué seña, Lolito?

—“Un abrazo.”

—Con toda mi alma—le dije—; le tendí los brazos, estando ella siempre sentada en esta silla, y yo senti muy bien su cuerpo entre mis brazos,

pero al estrecharme ella, me puso la mano derecha sobre la espalda, al lado izquierdo, debajo del hombro, y sentí la impresión de una quemadura, que me hizo despertarme inmediatamente y lanzar el grito que las ha alarmado a Uds.

VII

Terminó Trinidad su relación y siguió llorando tranquilamente, mientras los demás procuraban calmarla y consolarla.

—Tranquilízate, Trini: ha sido un sueño no más; mañana mismo podemos buscar el baúl, y si están en él los papeles y los datos, cumpliremos el encargo; pero ha sido un sueño, una pura pesadilla.

—Sí, mamá; apenas esté bien claro, yo misma me levantaré e iré a buscar el baúl, pues he de ser yo y nadie más que yo la que cumpla la voluntad de Lolito; en cuanto al sueño, no hay duda que lo es, pero ha tenido algo de real, pues todavía siento aquí, en la espalda, al lado izquierdo, un calor como de quemadura.

—Nó, niña: es la impresión nerviosa solamente.

—No es una simple impresión nerviosa, mamacita: yo siento muy bien el calor en la piel.

—Pero ¿cómo crees que un abrazo que has recibido en sueños te vaya a producir una quemadura, chiquilla?

—¿Y qué cuesta ver, mamá? Traiga una luz y míreme la espalda.

Así lo hizo una de las hermanas, y a la luz de una vela se acercaron todas a mirar la espalda de Trinidad, y no pudieron contener una exclamación, gritos de asombro, de espanto aún. Allí, en la espalda, en el lado izquierdo, a unos diez centímetros más abajo del hombro, estaba perfectamente marcada, en la fina tela de la camisa, con un color pardo como el que deja una plancha demasiado ca-

liente sobre una tela blanca, una mano femenina perfectamente dibujada, con una admirable fijeza y proligidad de líneas. Y debajo de la camisa, la piel estaba enrojecida en ese mismo sitio y la parte roja coincidía perfectamente con las líneas de la quemadura de la tela.

Aquello suscitó vivísima agitación en la familia y hubo llantos y gritos de histérico, y fué entonces la enferma la que dió valor y serenidad a su madre y a sus hermanas.

En la señora nació entonces la idea de llamar inmediatamente un sacerdote y un médico, a pesar de lo avanzado de la hora, y pronto salieron los niños y las sirvientas de la casa en busca del uno y del otro.

El primero en llegar fué el Pbro. don Prudencio Herrera, y poco después un médico de la vecindad, y ambos no pudieron hacer otra cosa que oír la relación de Trinidad y las declaraciones de todos los de la familia y comprobar la efectividad de aquella señal de fuego que había quemado la camisa; el médico comprobó además que, si bien no había perfecta quemadura en la piel, ésta se hallaba a lo menos enrojecida por el calor, ligeramente hinchada y muy sensible al tacto en toda la extensión de la mano marcada en aquel sitio.

—Amigos—dijo el señor Herrera—, aquí hay una señal manifiesta de la voluntad de Dios. Don Francisco tenía en la conciencia la honda preocupación del dinero que no había alcanzado a devolver y que sin duda hará mucha falta a algunas pobres familias; dejó el encargo a su hija y ésta no logró cumplirlo; ahora ha venido ella en sueños a darle el encargo a la amiga con quien la unió tan estrecho afecto; y para que el encargo no sea olvidado, Dios permite que se grave esa señal. Tiene Ud., pues, Trinidad, sobre sí, la gran obligación de cumplir esa petición de ultratumba.

El médico examinó a Trinidad, la encontró tranquila y expuso que no había inconveniente en que se levantara, después de dormir algunas horas, y dejó prescripta una dosis de bromuro.

Con esto se aquietaron todos, más o menos, y Trinidad volvió a dormir en relativa tranquilidad, después de rezar todos fervorosamente, presididos por el señor Herrera, por el descanso del alma de don Francisco y de su hija.

Al día siguiente, refirieron el hecho al marido de Dolores, y entonces hicieron una comprobación muy interesante. Buscó el marido varios guantes de su esposa y los aplicaron delicadamente sobre la mano estampada a fuego en la tela: la mano y los guantes calzaban con maravillosa exactitud, de tal modo que se veía bien claramente que había sido la mano derecha de Dolores la que había dejado aquella señal inolvidable.

VIII

Esa misma mañana se levantó Trinidad y acompañada por una de sus hermanas y por el marido de Dolores, fué a buscar en casa de éste el baúl de los papeles de don Francisco.

—¿Y tú no viste—preguntó a Trinidad su hermana—a dónde fué a parar el baúl cuando hicieron los cambios en la casa?

—Ni idea tenía siquiera de ello—respondió Trinidad.

—Y ma' podía tenerla—agregó el viudo—, pues aproveché cabalmente los días en que estaba enferma Dolores y en que la acompañaba Trinidad continuamente para hacer la transformación y la mudanza. Y si a mí mismo me hubieran preguntado por el baúl, no habría podido dar noticias de él, pues como ignoraba la importancia que podía tener, no me preocupé de tal mueble y los sirvien-

tes lo sacaron y lo pusieron donde a ellos se les ocurrió.

Trinidad se dirigió rectamente al cuarto que su amiga le había señalado en sueños, y en efecto, allí encontró el baúl entre varios cajones y muebles viejos. Lo hizo retirar y lo llevó a una de las piezas del primer patio, y ahí se dedicó a sacar, a leer y a ordenar nuevamente los papeles.

Todo estaba en ellos metódicamente arreglado y expuesto y fué fácil descubrir lo que se buscaba. Toda recepción de dinero estaba perfectamente indicada, con el nombre del dueño, la cantidad entregada por éste, la inversión que le había dado don Francisco, las utilidades que había producido, la entrega de pequeñas cantidades, según las necesidades del depositante, y la liquidación final y la devolución del saldo, todo con fechas, nombres, números e indicaciones bien precisas.

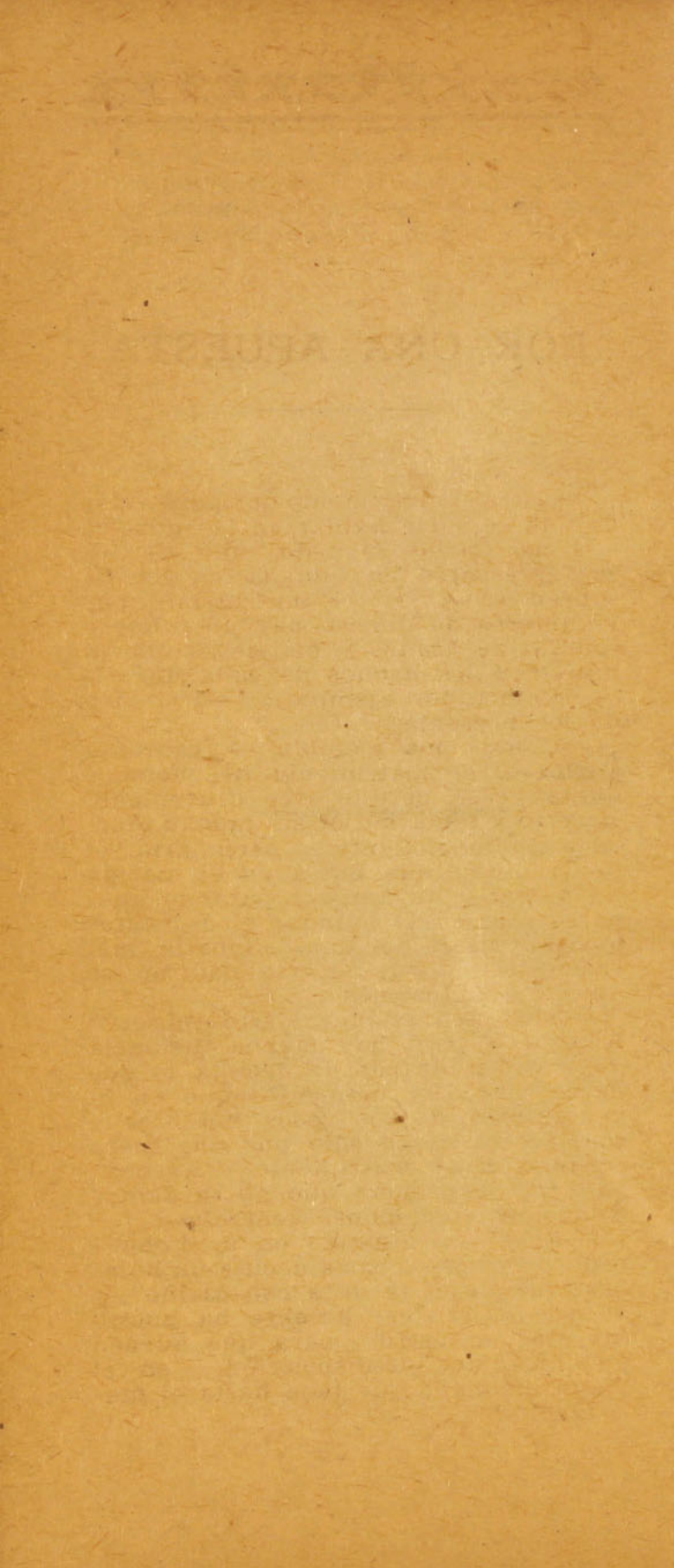
Sólo en cuatro de esas anotaciones faltaba la indicación de la entrega final: una familia modesta de los alrededores, una viuda, un recaudero y una cocinera de una casa cercana: trescientos pesos de una, cuatrocientos de la segunda, ciento cincuenta del tercero y ochenta y cinco de la última.

En el mismo día, con el dinero que le entregó el marido de Dolores, visitó Trinidad a los cuatro interesados y les devolvió sus saldos, que fueron recibidos con verdadera alegría y con grandes manifestaciones de agradecimiento: algunos ni siquiera sabían que les quedara tal dinero, y todos eran gente muy pobre y muy necesitada.

El señor Herrera pidió más tarde como un obsequio la pieza que ostentaba la señal de fuego, y bien doblada, de modo que no se conociera que era una prenda de ropa interior femenina, fué colocada en un marco

bajo vidrio y, puesto el cuadro en el escritorio del referido sacerdote, sirvió para memoria del hecho y de estímulo para dedicar muchas misas al descanso del alma de don Francisco y de Dolores.







POR UNA APUESTA

I

—Entre el matrimonio por puro amor de que se suele hablar en las novelas —decía Carlos Oimedo, uno de los seis presentes en aquella charla de sobremesa—, y el matrimonio por el interés de dinero, hay un número infinito de grados y matices, como lo muestran los hechos de cada día.

—Como, por ejemplo...—dijo otro de los presentes.

—Como, por ejemplo — continuó Carlos—, el matrimonio del hombre que se casa porque cree conveniente hacerlo y toma mujer sin mucho afecto y sin mucho interés pecuniario; el de la mujer que busca en el marido un apoyo y un amparo para no quedarse sola en el mundo; el de tantos que se casan por una simpatía mal razonada y que en realidad no es amor; y tantos más.

—Todo eso es muy cierto—observó Alberto—, pero hay mucha distancia de esto que acabas de decir a lo que decías hace un momento: que en la generalidad de los casos hombres y mujeres se casan sólo por una mera inclinación al matrimonio y apechugan con lo primero que pillan dentro de ciertas condiciones generales.

—Pues me sostengo en lo dicho—replicó Carlos—. basta decir a un hombre “tal mujer te mira con cariño”, y a una mujer “ese hombre ha puesto los ojos en usted”, para que queden en inmediata predisposición, en el plano inclinado que baja hasta el matrimonio.

—Hombre, eso es tener muy pobre idea de los sentimientos humanos—dijo Manuel Rengifo, otro de los presentes—, y peor idea aún del matrimonio. Si así fueran las cosas, sería muy fácil el papel de los casamenteros, y éstos no son muchos ni siempre afortunados.

—Pues a cualquiera le es fácil hacer la prueba—contestó Carlos.

—¿Estarías tú dispuesto a probarnos prácticamente la verdad de tu dicho?

—Evidentemente, y hasta aceptaría una apuesta sobre esta materia: dados un hombre y una mujer casaderos, yo me comprometo a guiarlos rápidamente al matrimonio, pero con dos condiciones.

—¡Ah! ¡ya pones condiciones!

—Las esenciales y ustedes las juzgarán. Primera: que se trate de personas realmente casaderas, que no estén separadas por disgustos de familia, por choque de intereses u otra causa por el estilo.

—Es una condición muy razonable. ¿Y la segunda?

—Que todos ustedes den su palabra de honor de no hacer absolutamente nada que estorbe mi acción.

—Muy natural, también. Y con esas condiciones ¿estás dispuesto a trabar la apuesta?

—Por cierto y fijemos el premio desde luego.

—Aceptado — dijeron los otros cinco.

—Propongo— dijo Manuel— una comida para todos los presentes. Si tú ganas, Carlos, te damos entre todos una comida, pero una comida espléndida, y tú tienes derecho de invitar a ella a otros seis amigos tuyos; y si pierdes, pagas tú, y cada uno de nosotros seis tiene derecho a invitar a un amigo.

—Convenido; y ahora elijamos las víctimas... o los afortunados: ustedes mismos han de designarlos, pero pongan personas a quienes conozca yo, pues si no, la tarea se dificultaría enormemente.

—Bien—dijo Manuel—: comencemos por el futuro novio.

Y después de pensar algunos momentos, agregó:

—Eduardo Romero: 28 años, tiene un buen empleo seguro, con renta muy regular; de buena familia, buena planta, sin grandes cualidades ni grandes defectos.

—Sí, está bueno para novio—dijeron varios—; no hay pero que ponerle. ¿Tú lo conoces?

—Sí,—respondió Carlos—: lo conozco y hasta tengo cierta confianza con él; es buen muchacho. Lo acepto. Vamos a la novia.

Los presentes fueron nombrando diversas damas, pero fueron rechazadas una en pos de otra, por diversos inconvenientes y porque sinceramente nadie quería presentar problemas de difícil solución.

—¡Ya la tengo!—dijo Alberto.

—¿Quién es ella?

—Laurita Olivar.

—¿La viudita de Javier Acuña?

—La misma.

—¡Pero, hombre! — exclamó Carlos—; Sí, Laura es mi prima!

—Pues, tanto mejor: el parentesco te da algún ascendiente sobre ella y así la empresa te sale más hacedera.

—¡Pero es viuda!

—¡Y te parece mal bocado esa viudita! ¡Veinticuatro años, buena moza, conducta irreprochable y sin hijos ni muchos parientes!

—Mas tú sabes que una viuda es menos solicitada que una soltera.

—Según las viudas; y si su estado es una dificultad, en cambio tu parentesco con ella te facilita mucho la acción.

—A menos—observó Manuel— que tú tengas algunas visuales puestas en tu prima, y por eso opongas objeciones.

—Nó, absolutamente; y como prueba de ello, la acepto. Ahora denme ustedes un plazo razonable.

—Para dos personas que puedan disponer de su voluntad, basta un mes.

—Nó,—contestó Carlos—: es demasiado poco.

—Fijemos dos meses.

—Bueno, dos meses.

—En consecuencia — agregó Manuel—¿tú te comprometes a que dentro de dos meses se haya casado Eduardo Romero con Laura Olivar viuda de Acuña?

—Sí: ratifico el compromiso y la apuesta.

—Pero vamos a ver—observó Alberto—: ¿no habrá ya algún pololeo entre Laura y Eduardo y no estaremos descubriendo la pólvora?

—Me consta que nó—contestó Manuel—: se conocen de vista, como nos conocemos todos los que vivimos en una ciudad pequeña; pero nada más.

—Y yo también respondo—agregó Carlos—, que no hay ni siquiera relaciones de saludo entre mi prima y Eduardo.

—Ahora, a la obra.

— ¡A la empresa!

II

Pero antes de referir cómo emprendía la obra el joven Carlos Olmedo, los lectores necesitan conocer a las víctimas, o lo que fueran, de aquella conspiración matrimonial y aquella apuesta, ajustada con tan poca conciencia y moralidad.

Laura Olivar pertenecía a una buena familia de aquella ciudad de 20.000 habitantes, y era realmente una dama de buen ver y atrayente. Había muerto su padre después de dejarla casada con Javier Acuña, que había sido lo que se llama un buen partido; se casó joven, a los diez y nueve años, pero a los dos de matrimonio tuvo la desgracia de quedar viuda, pues una "influenza", seguida de una pulmonía, le arrebató a su marido, a quien ella amaba realmente.

Apenas murió su esposo, Laura se recogió nuevamente al lado de su madre para vivir con ella; y allí, en el retiro y en el silencio, lloró sincera-

mente a su marido y llevaba vida intachable.

El joven Acuña, que amaba también mucho a su esposa, había hecho testamento días antes de morir y en él dejó a su esposa todos sus bienes, que no eran muchos, ciertamente: una casita y algunos valores, con todo lo cual tenía Laura lo necesario para vivir con relativa holgura, pero sin que pudiera meterse en lujos ni mucho menos.

Salía poco, con su madre, y aunque llevaba ya tres años de viudez, no se la veía en más paseos que los que solía dar por la plaza de la ciudad, poco frecuentes, pero nunca en fiestas, ni aun privadas.

Laura era prima de Carlos Olmedo, pero prima en segundo grado solamente, parentesco que no vale mucho de por sí, sino cuando se trata de personas que viven muy cerca las unas de las otras, pues entonces el parentesco toma importancia y se refuerza con el afecto.

Pero Carlos era hombre que paraba poco en la ciudad, pues prefería vivir en Santiago, y sólo por temporadas venía a la ciudad natal. Ultimamente había pasado allí una temporada más larga que de costumbre, y no por afecto a la familia o al pueblo natal, sino porque lo había atraído el olor de un tío suyo y de Laura, que estaba próximo a morir y que tenía una fortuna no despreciable, 200,000 o más pesos, según los entendidos. Mas el tío murió y dejó un chasco solemne a sus sobrinos, pues en su testamento, fuera de algunas mandas piadosas y de legados de escasa importancia para sus dos únicos sobrinos, Laura y Carlos, instituyó por heredero de todos sus bienes a un su amigo, don Antonio Correa, hombre rico de por sí; y agregaba el testamento, después de instituir a don Antonio por heredero: "con el encargo de cumplir las disposiciones que privadamente le he transmitido y de las cuales nadie tiene derecho a pedirle cuentas."

Carlos se llevó un mal rato con

el testamento del tío, pero recogió los dos mil pesos del legado, y apenas si se puso luto por el pariente muerto. Ese chasco dió un tinte más obscuro a su escepticismo, en el cual llegaba hasta negar el afecto en el matrimonio y a no creer en los sentimientos.

A pesar de su juventud, treinta años, era Carlos un hombre frío, no malo, sino egoísta; pero muchos pensaban que talvez un cariño sincero curaría esas malas cualidades y haría palpar un buen corazón donde parecía no haberlo.

En cuanto al joven Romero escogido por materia para la apuesta matrimonial, era un mozo de 28 años, como se había dicho en aquella reunión, de buena familia, de muy regular figura y hasta simpático, de pocos parientes, sin padres y con dos hermanas.

Ocupaba un buen empleo de 700 pesos mensuales, lo que era mucho en aquella ciudad pequeña, y con esto y con una casita que él y sus hermanas habían heredado de sus padres vivían los tres modestamente, y componían una de esas familias que en los pueblos chicos todos respetan pero que no ocupan mucho lugar en la sociedad. Se les invitaba a las fiestas, pero se sabía que no asistían nunca.

Cumplía muy bien sus obligaciones, todos lo trataban con atención, pero ni se le deseaba en parte alguna, ni en ninguna se le recibía con frialdad. Era socialmente "uno de tantos".

—No sería mal marido por sus cualidades—solían decir algunas mamães—; pero... no tiene más que el sueldo y la casita.

"Uno de tantos", era la expresión general; pero los que así decían no sabían observar que se necesitan realmente grandes cualidades para llevar aquella vida irreprochable, en el recogimiento de la modestia, para ser buen cumplidor de las obligaciones,

atento al hogar, y para hacer el silencioso camino "ni envidioso ni envidiado". Como no veían salir los méritos a la superficie, los negaban y decían de él: "uno de tantos, pero siempre correcto y siempre "caballero".

Tal era el novio destinado a la viudita, y tal la novia destinada al joven Romero.

En realidad, ambos eran perfectamente casaderos, y por este lado no había obstáculos para la empresa. Ahora ¿sería posible armonizar aquellas dos voluntades y llevarlas al matrimonio?

III

A la noche siguiente a aquélla de la apuesta, llegó Carlos Olmedo de visita a casa de su prima Laura, donde **fué** recibido con la intimidad a que le daba derecho el parentesco.

—Mucho tiempo que no te dejabas ver por aquí, primo—le observó Laura, que continuó su trabajo de costura.

—No he venido de puro mal humor.

—¿Mal humor? ¿y por qué?

—¿Que no te parece causa suficiente, Laurita, el chasco que nos ha dado el tío con el famoso testamento? Es un verdadero cuento del tío.

—Pues créeme que para mí no ha habido mucha desilusión: vivía tan retirado, tan solo, y nos veíamos tan poco, que no es de extrañar su desdago.

—Pero al fin y al cabo, era tío, pariente cercano; y si no quería dejarme nada a mí, por ser hombre y porque me gano la vida sin molestar a nadie, debió acordarse de tí, Laurita. ¡Pero dejarte esa miseria, a tí que eres viuda y apenas tienes con qué vivir!

—Con la vida que llevamos, no necesitamos más, y si el tío no se acordó ¿qué hemos de hacerle?

—Lo cual no quita que te hubiera

venido muy bien la fortunita del tío: así habrías tenido más probabilidades... fíjate bien, no digo "probabilidades", sino "más probabilidades" de contraer un nuevo matrimonio.

—¡Volver a casarme!— exclamó Laura riendo de buena gana.— ¡Pero si no pienso en tal cosa, Carlos! ¡qué ocurrencia!

—Pues es natural que lo pienses.

—¡Y por qué tan natural, hombre de Dios!

—Porque eres joven, tienes 24 años, eres muy simpática y agraciada, y porque en tu matrimonio y en tu viudez has probado tener cualidades y virtudes poco comunes.

—Carlos, Carlitos ¡mira que me estás haciendo la corte!... ¿Vienes acaso de pretendiente?

Soltó a su vez Carlos una carcajada muy alegre:

—En verdad, prima, razones habría para que lo fuera y... no me faltarían deseos; pero, francamente, no he tenido esa pretensión. Te hablo de tus méritos y tus gracias, porque así lo siento, y por la consideración de tu porvenir: un día, lo que Dios no permita, te puede faltar tu mamá y quedarías sola en el mundo.

—¡Quiera Dios que sea eso lo más tarde posible! ¡Y ni en suposición quiero hablar de tal cosa! Pues, te aseguro, con toda franqueza, que jamás se me ha ocurrido la idea de un nuevo matrimonio.

—No lo dudo, mi querida prima: tú no habrás pensado nunca en ello; estoy seguro, sino que...

—Sino ¿qué? Tú traes algo entre pecho y espalda: esa reticencia me lo está indicando y lo sospecho desde hace rato. Pues, suelta lo que traes.

—¿Lo que traigo? Quizás tú lo sabes mejor que yo.

—¡Otra reticencia! Tú quieres picarme la curiosidad. ¡Suelta, hombre, suelta! ¿De qué se trata?

—De alguien que quisiera sacarte de la viudez.

—¡Ah! ¿De un pretendiente?...

¡Acabáramos! Ya no me interesa el asunto. Y tú ¿cuándo te casas?

—No plantees problemas tan arduos, no te desvíes del asunto. Pero si no te interesa...

—Ni mucho ni poco.—Y esto, Laura disimulaba admirablemente la curiosidad que le hacía cosquillas en el interior.

—Pues, aunque no te interese—agregó Carlos, picado a su vez por la indiferencia de la prima—, te lo diré, ya que comencé a decirlo. He visto brillar unos ojos, al verte pasar, e irse en seguida detrás de tí.

—Curiosidad de hombres, que no dejan pasar una mujer sin clavarle la mirada.

—Era algo más que curiosidad y esto lo he observado dos o tres veces y en seguida he oído un leve suspiro tras de la mirada.

—¡Qué galán tan sensible ha sido ése!

—Y no lo parece, cabalmente, pues es el mozo más tranquilo de la ciudad; Eduardo Romero, por más señas.

—¿El “correctísimo” Romero?... ¿Y ese mozo sabe mirar y suspirar? Yo lo creía tan frío y apacible como las cañerías de agua potable que él mismo administra.

—No te burles de ese joven, prima.

—No me burlo, absolutamente. Tengo de él, por el contrario, muy buen concepto. En pueblo chico, donde pocas honras viven en salvo, no se ha dicho nunca nada malo de él.

—Ahora te pasas al entusiasmo, Laurita: ¡mucho cuidado!

—Pero, hombre ¡estás viendo visiones! Digo lo que he oído, y sólo por corregir el cargo de la burla que me suponías.

—Pues ese correctísimo y frío Eduardo Romero es el hombre de las miradas y los suspiros. Y más aún: hace pocos días, pasabas tú a lo lejos, estando él y yo en la plaza, te

vió y dijo: "He ahí una niña que haría la felicidad de cualquier hombre." Y te siguió con los ojos hasta que te perdiste a lo lejos.

—¡Qué curioso! Y jamás nos hemos saludado siquiera. Lo que no quita que yo reconozca muy tranquilamente sus méritos y que repita lo que he oído decir: "Es un buen marido para una muchacha soltera y de gustos modestos." Además lleva reflejada en el rostro una rectitud de carácter que es poco común entre los jóvenes. Por lo demás, Carlos, francamente, la viudez no me pesa ni mucho menos.

Laura desvió la conversación por otros rumbos, sin interés por aquel tema, y poco después se despedía Carlos.

IV

Dos días después, se hizo Carlos el encontradizo con el joven Romero.

—Muy a tiempo lo encuentro—le dijo—, pues deseaba preguntarle si mi tío dejó pagado todo el consumo del agua potable.

—Todo, Carlos—respondió Romero—: su tío era un hombre muy ordenado. Y a propósito, si no es indiscreción tratar el asunto: ¿cómo se explica que su tío dejara su fortuna a un extraño y no a sus sobrinos?

—Pues, extravagancias del tío: vivió como solterón y testó como solterón, sin acordarse de la familia.

—Es muy extraño: debió acordarse siquiera de la señora Laura, viuda, sin fortuna y tan llena de virtudes y buenas cualidades.

—¿Que la ha tratado Ud., Eduardo?

—Nó, nunca; pero es el concepto general. Su matrimonio y su viudez son el mejor testimonio de sus méritos: otra con su juventud y sus dotes físicas, ya andaría por ahí a caza de un nuevo marido.

—¡Caramba, Romerito! ¡con qué entusiasmo habla Ud. de mi prima!

—¡Hombre, por Dios, no se ofenda Ud.! No hago sino hacerme eco de lo que todos dicen: pues no la conozco sino por haberla visto raras veces en la calle.

Y decía esto con aire de absoluta sinceridad.

—No es ofensa, de ninguna manera —contestó Carlos—, ni puede serlo un elogio de un invidiudo serio y respetable como Ud. Pero, se lo diré con franqueza, me llamó la atención el elogio que hacía de mi prima sin conocerla, porque toca la coincidencia de que antenoche, sin ir más lejos, me hacía ella el mismo elogio de Ud. sin conocerlo.

—¿De veras?

—Por cierto que sí: “He oído repetir muchas veces—me decía—que ese joven sería un buen marido para una muchacha tranquila y de gustos modestos”. Y en seguida me agregó: “Lleva reflejada en el rostro una rectitud de carácter, que es poco común entre los jóvenes”.

—Pues, mi amigo, casi me envanece Ud. con tales elogios y sobre todo si provienen de una dama que merece tanto respeto. Se lo agradezco muy de corazón.

—Y por esa coincidencia en elogiarse Uds. mutuamente y desde lejos, me imaginé por un momento que habría amistad... y hasta un poco de discretísimo popoleo entre ambos.

—¡Hombre, no embrome! ¡Cómo se le ocurre que había yo de faltar así al respeto a una dama! Si tales sentimientos hubiera en mí y además fuera posible que ellos encontraran aceptación en una persona como **la señora Laura**, y estuviera yo en situación de atreverme a pensar en tales cosas, no me valdría de mensajes ni de palabritas transmitidas por telégrafo, sino que iría rectamente a la interesada y le hablaría con el corazón en la mano.

—¿Y por qué no se cree Ud. en situación de pensar en tales cosas?

—Pues, bien a la vista está por qué. Supongamos que yo me enamorara de su prima o de otra dama de sus méritos y su posición social: ¿cree Ud. que iría yo a pedirle que sacrificara su bienestar por mí, por un individuo que apenas tiene un sueldo de \$ 700, e incapacitado, por tanto, para ofrecerle comodidades y holgura? Nó, señor: eso está bueno para muchachos, no para un hombre que ya cuenta 28 años de edad.

—Pero note Ud. que Laura (y hablo sólo por discurrir sobre el tema) tiene con que vivir, de manera que se unirían los haberes de dos personas modestas y de gustos sencillos y así irían ganando los dos. ¿Y si además hubiera afecto? ¿Y si Ud. lo sintiera por una persona como mi prima y hubiera desde luego en ella la base de un buen concepto que predispone a la simpatía y a la correspondencia?

—¡Vamos! Estamos tratando como en broma un asunto demasiado grave: tengo por su prima, aunque no la conozco personalmente, tanta estimación y respeto que no me atrevo a discurrir acerca de un enamoramiento entre ella y yo.

Con esto se desvió la conversación y a poco se separaron, pero Carlos se alejó pensando:

—Ya he puesto la chispa en uno y otro corazón: ahora falta que prenda, y para ello es necesario soplar un poquito.

V

Y Carlos siguió soplando para que la chispa prendiera.

Un día se hacía el encontradizo con su prima, otro día se reunía con Eduardo en la plaza, otras veces iba directamente de visita a casa de aquélla, y otras acudía a la oficina de Romero con el pretexto de consultar asuntos de su tío, y así se daba él mismo ocasiones de hablar al uno

y al otro, de insistir en su tema, de conversar a cada cual acerca de la otra parte, y siempre con verdadero arte, con suma destreza, para que no se echara de ver el empeño que tenía en el asunto, y de modo que el tema saliera natural y espontáneamente, como de por sí y sin ser traído por él a la conversación.

Y en cada una de estas entrevistas y conversaciones, procuraba con mucho tacto y prudencia agregar una astillita para que la chispa cundiera, y la avivaba con un leve soplo. Los lectores que hayan leído "La Isla Misteriosa" de Julio Verne, recordarán el infinito cuidado con que Herbert encendió el único fósforo que se encontró en el bolsillo y que era el único medio que él y sus compañeros tenían de encender fuego en la isla desierta; y las prolijas precauciones que adoptaron todos para agregar combustible a la llamita del fósforo, desarrollarla, acrecerla, hasta que se convirtió en una gran fogata que calentó los miembros de los ateridos naufragos. Pues ésa misma fué la infinita prolijidad y atención que usó Carlos Olmedo para ir avivando la chispa que había dejado en el corazón de su prima y en el de Eduardo Romero, e igual empeño y cuidado empleaba para que la chispa tomara camino hacia la hoguera del amor.

Material combustible no le faltaba, en verdad, para ello. Como la viudita era una persona de grandes cualidades, era muy fácil a Carlos provocar en Romero una frase de encomio de la prima, y llevaba en seguida esta frase y como una astillita la ponía en la chispa encendida por él en el corazón de Laura. Y como por otro lado, el joven Romero no carecía de cualidades y había mucho que aplaudir en su intachable conducta, fácilmente en la conversación de Carlos con la prima brotaba alguna frase de ésta en elogio de Romero, y esta frase era otra pajita que Carlos llevaba

para avivar la breve llamita suscitada en el corazón del joven. Y así llevando y trayendo, consiguió, como era natural, sobre todo manejándose diestramente, que Romero pensara frecuentemente en Laura y descubriera en ella cada día más perfecciones, y que a su vez el pensamiento de Laura se fijara en Eduardo y que oyera con agrado las buenas noticias que otras personas le daban de él; y así cada uno de los dos principales interesados en el asunto llegó a tomar cuerpo en la mente del otro.

Más hizo todavía el diplomático de los casamientos. Con toda destreza y escondiendo hábilmente la mano, hizo que algunas personas de sus relaciones, señoras y caballeros, hablaran tal cual vez y como de paso a Laura acerca de los méritos del metódico y correcto administrador del agua potable; y que algunos amigos conversaran a Romero acerca de las excelentes cualidades de la niña; y de este modo, insensiblemente, formó al rededor de ellos una tenue atmósfera en que con frecuencia respiraba cada cual el mismo ambiente que el otro. Pero cuidó mucho de que jamás sonara la palabra matrimonio: el soplo leve da vida a la chispa, pero la racha fuerte de viento la mata sin demora.

En tal situación, un incidente meramente casual vino a favorecer los planes de Olmedo.

Un domingo, a las 10 1/2 de la mañana, salía la gente después de la misa mayor de la iglesia parroquial, y llenaba la calle un verdadero río de hombres y mujeres que la atravesaban para entrar en la plaza o para esparcirse en distintas direcciones.

De repente se oyeron gritos de numerosas personas que clamaban:

—¡Guarda! ¡guarda!.... ¡cuidado!.... ¡quítense de la calle!

Y se vió avanzar por la misma calle por donde avanzaba la gente, y

con suma velocidad, un caballo desbocado, que corría como loco, ciego, hacia el numeroso grupo que salía de la iglesia. Se multiplicaron los gritos y las gentes asustadas huyeron despavoridas, unos hacia la acera de la iglesia, otros hacia la plaza, abriendo instintivamente cancha al peligroso animal. Pero vino a quedar en medio de la calle, en la misma dirección que traía el caballo furioso, un muchachito de unos cinco años, muy pobremente vestido y que sin duda se habría soltado de las manos de su madre.

—¡Ese niño!... ¡ay, por Dios!... ¡lo va a matar!—clamaron varias voces, y en efecto faltaban apenas unos cuantos metros para que el animal ciego atropellara al niño, que no sabía darse cuenta del peligro.

Pero de repente se desprendieron de entre los grupos dos personas, una mujer y un hombre, y con suma rapidez avanzaron hacia el medio de la calle, cogieron al niño y lo quitaron del camino; pero aunque fué muy rápido el movimiento, el caballo alcanzó a coger al hombre, de refilón, lo derribó por tierra y pasó a carrera desenfrenada.

Se sintieron nuevos gritos, pero pronto se levantó el caído y gritó:

—¡No es nada!... ¡estoy sano!

Y la multitud aplaudió con entusiasmo a los dos salvadores.

Y sólo en este momento se dieron cuenta ambos de lo ocurrido y se reconocieron mutuamente: eran Laura Olivar y Eduardo Romero, muy pálida ella por la emoción, y él algo encendido el rostro, pero sereno y tranquilo. Se saludaron levemente, sonriendo, y Eduardo preguntó:

—¿No ha sufrido nada Ud., señora?

—Nó, señor: alcancé a salir libre. ¿Y Ud., señor?

—Tampoco, señora: el caballo alcanzó a cogerme de paso, pero el golpe ha sido insignificante.

Entre tanto se acercaba hasta ellos una mujer del pueblo, la madre del chico, que lloraba y estrechaba convulsivamente al niño, sin convencerse de que estaba sano y sin el más leve rasguño.

—Mi señorita, mi caballero—decía llorando la mujer—: Uds. me han salvado a mi hijito. ¡Dios se lo pague y los haga felices!

Carlos Olmedo había sido testigo de la escena, y la comentaba sonriendo, en su interior:

—La casualidad me ayuda: ya la chispa ha prendido y se ha vuelto llama. Ahora conviene acercarlos, para que la llama se haga hoguera y lleguen hasta el matrimonio.

VI

No fué necesario que Carlos los acercara. Al día siguiente del suceso que queda referido, se presentó Romero en casa de la viudita.

—¿Me perdona Ud., señora—díjole—si llego hasta Ud. sin serle presentado por nadie?

—No hay necesidad de perdón, señor—respondió ella—, ni la hay tampoco de presentación, pues el incidente de ayer creo que nos ha hecho conocidos.

—Efectivamente, señora, y me felicito por ello. Pero hay algo más en que debo pedir su perdón. El paso que doy ante Ud. sería la más ridícula de las presunciones o la más necia insolencia, si no fuera que me trae la consideración de un asunto en que se juega su tranquilidad y la mía.

—¿De veras, señor? ¿Y de qué se trata?

—De un asunto que sería muy difícil de exponer si no usara la más absoluta franqueza y sinceridad, aun con el riesgo de quedar ante Ud. como un insoportable petulante.

—Pues, hable Ud., señor, porque el concepto de que Ud. goza impide des-

de luego que pueda formarme tan mala opinión.

—Pues entro en materia, señora: sin más preámbulo y contando con su benevolencia y la rectitud de su criterio. Hace unas tres semanas me encontré con su primo Carlos Olmedo y en la conversación hablamos de Ud. y me repitió estas frases que Ud. le había dicho: "Romero sería un buen marido para una muchacha tranquila y de gustos modestos; en su rostro se refleja una rectitud de carácter que es poco común entre los jóvenes". Este concepto es muy halagüeño para mí, pero nada había en él que pudiera afectar al corazón. Mas en los días siguientes, en cinco o seis ocasiones, me ha repetido Carlos, con una insistencia que me ha llamado la atención y que me ha parecido sistemática, otras frases suyas, de otro carácter... no quisiera lastimarla, señora, pero más vale la franqueza que las medias palabras... frases... más expresivas y que me llegaban más al corazón. Todo esto adquiere especial valor a mis ojos, por venir no de un extraño, sino de un pariente cercano suyo; pero ha triunfado la malicia sobre mi presunción y por esto he venido hasta Ud., porque he tenido la idea de que esto es un juego de su primo, y de que igual papel hace también con Ud.

Quedóse mirando Laura a su interlocutor, ruborizada a veces, a veces con relampagueos de indignación en los ojos, y cuando Eduardo dejó de hablar, se estuvo un momento pensativa, y en seguida preguntó:

—¿Recuerda Ud., señor, qué día fué el primero en que Carlos le habló de mí?

—Lo recuerdo muy bien, señora: fué el 28 de Mayo a las 6 de la tarde.

—Pues bien, dos días antes, el 26 en la noche, estuvo Carlos aquí y me habló de Ud. y me repitió una frase suya, que tampoco he olvidado: "Laura es una niña que haría la fe-

licidad de cualquier hombre". Y después, también en unas cinco o seis ocasiones, ha vuelto a repetirme frases y conceptos suyos que iban un poco más directamente al corazón, hasta que he tenido que parar mientes en tal conducta, que me parecía tener un propósito definido.

—Quédan, pues, confirmadas nuestras sospechas, señora.

—Exactamente: lo que Carlos oía a Ud. me lo traía a mí, y en seguida llevaba a usted lo que a mí me oía decir.

—Y hay, por consiguiente, una intención en todo esto.

—Sin duda alguna: ya lo veo yo también.

—E intención, señora, que Ud. se explicará con saber que la noche antes de venir Carlos a casa de Ud., el 25 de Mayo, tuvo una comida con varios amigos; y como até ese cabo con los otros, se me ocurrió ir al mismo hotel donde se había efectuado la comida, y a la primera pregunta que hice al mozo que me servía, saltó la liebre: supe, señora, que se trataba de una apuesta empeñada por Carlos para casarnos.

—¡Jesús, qué indignidad!—exclamó Laura, verdaderamente indignada; pero inmediatamente cruzó una idea por su mente, se ruborizó y agregó en otro tono.—Perdone Ud., señor: digo indignidad por la conducta de Carlos y sus amigos.

—Es realmente una conducta inculpicable, sobre todo siendo el de la apuesta pariente tan cercano suyo.

—¡Lanzar al matrimonio dos personas que no se conocen, que no se han conocido nunca, y exponerlas así a irreparable desgracia!

—Es un verdadero crimen, señora; sin embargo... me permitirá Ud. una observación: la intención es censurable, no hay duda en ello, pero es evidente que no podía consumarse, pues había de estrellarse contra el buen gusto de Ud.; pero imagínese Ud., señora, que tales manejos hubieran despertado en mi alma los senti-

mientos a que iban destinados: ¿no habría sido una desgracia para mí concebir ilusiones y alimentar proyectos que habrían terminado, naturalmente, en doloroso desengaño?

Llamó la atención de Laura el tono en que Eduardo dijo estas últimas palabras, y clavando en él los ojos y disimulando con una sonrisa cierto comienzo de ansiedad muy interna, observó:

—Supongo, señor, que no habrá ocurrido tal cosa.

—Señora, estoy en edad en que la cabeza debe poner algún orden en las cosas del corazón.

—Esto está muy bien dicho, pero veo que ahora es Ud. menos franco y sincero que al comienzo de esta entrevista.

—Será porque entonces tratábamos de un asunto que interesaba mucho a Ud. y a mí; mientras que este otro ¿qué importancia puede tener para Ud., señora?

—¿Y por qué no ha de tenerlo? ¿Por qué no ha de inspirarme interés para mí lo que afecte a aquél a quien mi primo me destinaba por esposa y que ayer ha sido mi compañero en la salvación de un pobre niño?

Y acompañó Laura estas expresiones con una mirada que conmovió hondamente a Eduardo, el cual no pudo reprimir, a pesar de su serenidad, esta exclamación:

—¿Señora, por favor, no me haga Ud. entrever luces que no son para mis ojos! ¡Mire que ello es una indignidad de parte de Carlos, pero sería una crueldad de parte suya!

—¿Y no es mayor crueldad con nosotros mismos el no continuar hasta el final con la franqueza y sinceridad con que hemos comenzado, y que en este momento estemos ocultándonos mutuamente lo que sentimos?

—¿Y cómo puedo atreverme a pensar en la correspondencia de afectos que he tenido muy escondidos, y a ofrecer a quien tanto... admiro la

nulidad de mi persona y de mi situación pecuniaria?

—¿Mas a qué mayor felicidad puede aspirar una mujer honrada y de retirada vida que la de tomar el limpio nombre de un hombre honrado, apoyarse en un brazo firme y unir su corazón a otro corazón lleno de nobles afectos?

—Pero ¿es esto verdad, Laura? ¿no es acaso la prolongación de un sueño? ¿por qué camino tan inesperado viene a realizarse este antiguo sueño de mi alma?

—¿Hace, pues, mucho tiempo, Eduardo—preguntó Laura tendiéndoles manos—, que Ud. me quería?

—Mucho, Laura, mucho; pero esto era una ilusión que yo mismo me esforzaba en desvanecer con la seca voz de la razón y el frío contacto de la realidad; y esto, Laura, es como un repentino amanecer en medio de una noche muy oscura.

—Y yo, amigo mío, sólo desde ayer. Cuando salvamos al niño, la mirada que Ud. me dirigió, me llegó hasta lo más hondo del alma y suscitó en ella sentimientos que creí que no debían ya renovarse.

Se contemplaron un instante, cogidos de las manos, con ojos que brillaban con amor y tranquila ternura.

—¿Dejamos, pues, Laura, que Carlos gane su apuesta?

—Que la gane, Eduardo, y si ella ha coincidido con nuestro amor, dejemos que coincida también su triunfo con nuestra felicidad.

VII

Cuatro semanas más tarde se celebraba en privado y sin ostentación alguna el matrimonio de Eduardo Romero y Laura Olivar: una pareja bien escogida, decían todos, y de personas que merecen ser felices.

Y una semana después pagaban los amigos de Carlos Olmedo la apuesta ganada por éste, dándole una espléndida comida.

Pero hubo un epílogo.

Al final de la comida, un mozo entregó a Carlos una carta que acababan de traerle, y los asistentes le exigieron que la leyera:

—Es, sin duda, la adhesión de algún amigo.

—O alguna otra felicitación por tu triunfo.

—Que la lea Manuel Renjifo.

—¡Que la lea! ¡que la lea!

Dió Carlos la carta a Manuel y éste leyó en voz alta lo siguiente:

“Señor don Carlos Olmedo.—Presente.—Muy estimado señor:

Con la presente tengo el honor de enviar a Ud. copia de una carta que con esta misma fecha he enviado a su prima señora Laura Olivar de Romero, y por la cual podrá imponerse Ud. de las últimas voluntades de su señor tío don Andrés Olivar.

Me es grato saludarlo y subscribirme su aftmo. amigo y S. S.—Antonio Correa.”

La copia decía lo siguiente:

“Señora doña Laura Olivar de Romero.—Presente.

Muy respetada señora:—Juntamente con enviar a Ud. mis atentas y cordiales felicitaciones por su nuevo estado, me es grato poner en conocimiento de Ud. las últimas instrucciones que antes de morir y por escrito me dió su tío don Andrés Ovalle.

Como verá usted por la copia autorizada del testamento, que le incluyo, en él me dejó su señor tío de heredero universal de todos sus bienes, pero agregó en esta cláusula testamentaria la siguiente frase: “con el encargo de cumplir las disposiciones que privadamente le he transmitido y de las cuales nadie tiene derecho a pedirle cuentas”.

Pues bien, don Andrés me dió estas disposiciones varias veces de palabra, y además me las reiteró por escrito en una carta que me entregó poco antes de morir y que envió original a Ud., y en la cual puede leer Ud. los siguientes párrafos:

“Ya sabe Ud. que no tengo otros parientes cercanos que mis dos sobrinos Carlos Olmedo y Laura Olivar viuda de Acuña; y a ellos quisiera dejarles mi fortuna, pero con ciertas restricciones que dejo entregadas a la rectitud de tan buen amigo como lo ha sido Ud. para mí.

Si Carlos y Laura llegan a quererse y a casarse, entrégueles Ud. todos mis bienes—después de las mandas y legados que señalo en mi testamento—, y se los entrega inmediatamente después de celebrado el casamiento y como mi regalo de boda.

Si no se casan, proceda usted en esta forma:

Si Carlos se casa primero que Laura y al gusto de Laura y de Ud., le da Ud. a él las tres cuartas partes de mis bienes, y da la otra parte a mi sobrina. Pero si es Laura la que se casa primero que su primo y con el pleno consentimiento de éste y con persona que Ud. estime meritoria, le entrega a Laura todos mis bienes; pues al fin Carlos es hombre y sabrá ganarse la vida.”

El resto de la carta de su tío, como Ud. puede verlo, no hace más que confirmar plenamente esta voluntad.

Por mi parte, veo que ha llegado la hora de cumplirla. Y como se ha hecho público en la ciudad, y el mismo Carlos lo ha ratificado, que su primo de Ud. ha motivado el matrimonio por medio de una apuesta, quedo convencido de que Ud. se ha casado plenamente en conformidad a la voluntad de su primo. Y como además he visto yo que Ud. ha elegido por esposo a un joven muy meritorio y a quien conozco y estimo desde hace largos años por sus grandes cualidades, es mi deber entregar a Ud. toda la fortuna de su tío y mi amigo don Andrés Olivar, que se compone de la buena casa que él habitó en vida y de unos \$ 150,000 en bonos y otros valores mobiliarios. En la notaría de esta ciudad está lista el acta de entrega de los bienes, pa-

ra que Ud. y su marido se sirvan pasar a firmarla.

Sírvase, señora, aceptar junto con mi enhorabuena, los saludos muy respetuosos y el afecto de su sincero amigo y S. S.—Antonio Correa.”

Al acabar de leer Manuel esta carta, Carlos cayó desplomado en su asiento, y dos horas más tarde se retorecía en una horrorosa indigestión.





UN BOFETON BIEN MERECIDO

I

—Hace algunas semanas—me decía aquel amigo, a quien no veía desde algunos años—leí el cuento que publicaste en “La Unión” con el título de “¡Busca!”, en que referías el caso de un bibliófilo que por saber latín se encontró un tesoro y se hizo rico. Leí con interés esa refacción y desde entonces me formé el propósito de contarte, en el primer viaje que hiciera a Valparaíso, un caso análogo a ése, también de entierro, y en que fui yo mismo el protagonista...

—¿Cómo? ¿te has encontrado tú también algún entierro? ¿te has hecho rico con algún tesoro escondido?

—Hombre, no precipites las cosas: tú, que escribes cuentos, debes saber mejor que yo que no es artístico eso de festinar el desenlace. Déjame referir las cosas por su orden y después verás. Y, como venía diciéndote, tenía el propósito de venir a verte y de referirte mi caso; pero diversas circunstancias me obligaron a diferir el viaje, y sólo hoy he podido darme el placer de saludarte; y como te pilló más o menos desocupado, te quito unos

quince minutos para hacer mi relación, que imagino te interesará, pues te dará materia para otro cuento.

—Pues, te agradezco de todo corazón así la visita como la historia: cabalmente, son éstos los temas que prefiero para mis cuentos, verdaderos sucesos, reales, efectivos, no simples imaginaciones: para inventar, sobra tiempo y falta interés; mientras que los cuentos vividos son de por sí interesantes y más fáciles de reproducir.

—Entonces, no más prólogo y allá voy con mi historia.

II

—El año de 1891, vivía yo en Los Andes, desde hacía algunos años, y allí tenía un negocio de panadería, que si no me hacía rico, a lo menos me daba para vivir holgadamente y aun me permitía economizar unos diez o doce mil pesos al año. Siempre había sido yo hombre de gustos sencillos y no de muchas ambiciones en materia de dinero, y aquella situación me satisfacía plenamente: mi familia se componía tan sólo de cuatro personas, o sea mi mujer, yo y dos niños; vivíamos bien, pero sin lujos, con comodidades efectivas, y con lo que capitalizaba anualmente, bien podía retirarme después de unos quince años de trabajo con una fortuna de 150 ó 200,000 pesos, sin contar el valor de la panadería, que iba aumentando con el tiempo y que representaría por lo menos otros 50 o más miles de pesos. Bien comprendes que retirarme a los 45 años con un capital de 250,000 pesos era tener asegurada la vejez, el descanso, la educación de los niños y el bienestar de una familia modesta.

Mi mujer también participaba de mis gustos y de mis ideas, y habiendo armonía, como la había, y sin ambiciones ni tentaciones que nos quitaran el sueño, no necesito insistir en decirte que mi situación era francamente buena.

Sólo una o dos veces al año se tur-

baba un poquito la tranquilidad en mi casa, pero muy poquito. Una o dos veces en el año, solían ir mi suegro, mi suegra y una cuñada a pasar una temporada de quince días en mi casa: los tres eran excelentes personas y nos aveníamos todos muy bien; pero mi suegro era un desenfrenado, un terrible buscador de entierros, y perdía en absoluto su buen sentido cuando lo ponían en el derrotero de algún entierro, cierto o falso, y más frecuentemente falso que cierto.

Era realmente curioso lo que le pasaba a aquel caballero. De ordinario reposado, tranquilo, muy sereno, muy equilibrado, de muy buen criterio para todos los actos de su vida, era el más deschavetado de los hombres apenas se le tocaba el tema de los entierros y caía en una verdadera locura.

De ahí que con sus visitas se turbaba un poquito la tranquilidad de mi casa: no se resignaba a vernos en situación modesta, para sus gustos, aunque no para los míos, y andaba siempre a caza de derroteros de tesoros escondidos.

Tú sabes muy bien, por ser de esa ciudad, que en Los Andes se han encontrado muchos entierros y que muchos individuos han adquirido una fortunita con tales hallazgos. Por su vecindad a la cordillera, ha sido desde los tiempos más remotos el punto obligado de tránsito entre Chile y la Argentina; y por esta causa, tanto en tiempos de la guerra de la independencia como en las revoluciones del período presidencial de don Manuel Montt, muchas personas enterraron allí su fortuna en moneda de oro o plata, o en chafalonía y alhajas, para librarla de los azares de los sucesos militares, y muchos de los enterradores no volvieron jamás y muchos tesoros quedaron bajo el suelo, esperando la mano afortunada que los sacara, o los saque—pues aun deben quedar varios—y hagan otra vez útiles tales riquezas. Y como mi suegro conocía estos antecedentes, apenas llegaba a

Los Andes se lanzaba en busca de demroteros, y gastaba no poca plata en la búsqueda de tesoros, empresas que le resultaban lo contrario de lo que pretendía, pues en lugar de abrir un hoyo para sacar un entlerro de dinero, dejaba enterrado en él muchos buenos pesos, que se iban en inútiles gastos.

Creo excusado decirte que jamás encontró nada, y que consumió mucho dinero en abrir hoyos en distintos sitios, como que no hubo casa vieja y antigua que no aportillara donodadamente.

Todo esto que te cuento de mi suegro y de mi situación pecuniaria va sólo a título de antecedente de mi historia y no tiene mucho que ver con el principio de ella, pero sí con el final.

III

En uno de los meses del invierno de ese año de 1891, llegó un día a mi oficina de la panadería un empleado del hospital, establecimiento que no distaba mucho de mi negocio.

—Vengo—me dijo el empleado—por encargo de un enfermo del hospital, que me ha pedido con mucha insistencia que venga a rogarle a Ud. en su nombre que vaya a verlo.

—¿Quién es el enfermo?—preguntó.

—Es un tal Camilo Gutiérrez.

—¿Camilo Gutiérrez?... Yo he tenido un obrero de ese mismo nombre ocupado en la panadería.

—Debe ser él mismo, señor, pues él me ha dicho que Ud. lo conoce y que fué empleado de Ud.

—¿Y de qué está enfermo?

—Parece que del pulmón, y se halla bastante grave.

Me imaginé que aquel individuo me llamaba para pedirme algún socorro pecuniario. Lo recordaba muy bien: era un hombre de unos treinta y cinco años, había sido buen operario y de buena conducta y se había ido repentinamente de la panadería tres o cuatro meses antes y desde entonces no había tenido noticias suyas.

Entregué, pues, un poco de dinero al empleado y le dije:

—Llévele esto en mi nombre a Gutiérrez y dígame que hoy no tendré tiempo de ir a verlo, pero iré mañana.

No fui ese día a ver al enfermo, porque efectivamente tuve mucho que hacer, y al día siguiente tampoco fui, porque se me olvidó hacerlo.

Al tercer día volvió el empleado del hospital.

—Gutiérrez me encarga que venga nuevamente a rogarle a Ud. que vaya a verlo. Dice que le agradece mucho el dinero que Ud. le mandó; pero que no es eso lo que él quiere, sino hablar con Ud., pues dice que tiene un encargo de mucha gravedad que hacerle.

—Hombre, francamente se me había olvidado: procuraré ir esta tarde.

—Señor—dijo tímidamente el empleado—, si ha de ir, mejor es que vaya luego, porque no queda mucho tiempo.

—¿Que está muy grave Gutiérrez?

—Sí, señor; talvez no pase esta noche, y en estas alturas los enfermos pierden muy pronto el conocimiento; y a juzgar por la manera cómo me hablado el enfermo, parece que se trata de algún asunto de suma importancia y está intranquilo porque Ud. no va.

—Pues, si es así, espéreme Ud. un instante e iremos juntos.

Llamé a un empleado para que se quedara en la oficina y salí con el del hospital.

La distancia era corta y llegamos allá en cinco minutos. La madre Superiora dió el permiso necesario para que entrara yo a hablar con el enfermo, y nos dirigimos a la sala, en una de cuyas camas hallé a Gutiérrez, que en esos momentos miraba ansiosamente hacia la puerta, acechando mi llegada.

—¡Gracias a Dios que ha venido, señor!—me dijo con una expresión como de alivio en el semblante.

El empleado me puso una silla, y se retiró y quedé solo con el enfermo.

IV

—¿Qué tiene Ud.?—le pregunté después de saludarlo.—¿Por dónde ha andado en este tiempo?

—¡Ay, señor! He padecido mucho y ahora voy a morir. Un día que salí de la panadería, me pescaron unos sargentos del batallón Andes, que estaba en formación, me engancharon a la fuerza, y sin darme tiempo para nada me llevaron al cuartel; tres días después salimos para Valparaíso, y en seguida me embarcaron para el norte, a pelear con los de la revolución; salimos derrotados y los de mi batallón, con los demás de la división Camus, tuvimos que pasar a la Argentina y hace pocos días llegamos a Los Andes, como Ud. sabe; pero yo venía herido, y me he agravado más con el viaje y las privaciones, y ahora estoy desahuciado...

—Hombre, tú puedes mejorar—dije por decir algo.

—Nó, patrón; no me hago ilusiones; me siento muy mal y estoy seguro de que no paso de esta noche, y por esto le he rogado tanto que venga.

Levantó levemente la cabeza, miró a todos lados y después me dijo:

—Mire, señor: hágame el favor; acérquese bien a mí, porque quiero que oiga Ud. solo lo que tengo que decirle, y además no me quedan fuerzas para hablar en voz alta.

Me acerqué como me lo pedía aquel pobre muchacho y me puse como un sacerdote que va a oír una confesión.

—Oiga, patroncito. Yo he tenido al alcance de la mano una gran riqueza, pero por falta de plata no he podido aprovecharla. Como Ud. ha sido el mejor patrón que he tenido, yo había resuelto, hace tiempo, entregarle a Ud. este asunto para que nos fuéramos a medias; pero la maldita guerra y el haberme agarrado para el batallón me cortaron mi proyecto; y todo mi temor era morir y dejar ese tesoro perdido. Se trata de un entie-

rrero, patrón, de un gran entierro: ¿me promete sacarlo?

—Sí, te lo prometo.

—Bueno, patrón: con eso moriré más tranquilo. Ahora le voy a dar las señas: no las vaya a olvidar. ¿Por qué no las apunta en su cartera, mejor?

—Las apuntaré—y saqué mi libreta de apuntes y fui anotando lo que me iba diciendo aquel pobre hombre, con voz desfalleciente y entre algunos sorbos de un cordial que le habían dejado para alargar sus horas.

—Se va Ud. en tren a Santiago, patrón, y toma después el tren para la estación de Graneros; allí toma coche o caballo y se dirige a la hacienda de Las Tinajas: el viaje no es muy largo, pues las casas de la hacienda no están a más de una hora de camino de la estación, yendo a caballo. Cuando esté frente a las casas, Ud. va a ver que hay dos caminos: uno a un lado y el otro al otro de las casas; Ud. toma el de más abajo, el que queda a su derecha, estando Ud. mirando de frente a las casas, y por ese camino las endilga hacia el interior de la hacienda...

—¿Es público ese camino?—pregunté a Gutiérrez.

—Como si lo fuera, señor: es de la hacienda, pero no le cierran el paso a nadie, y dejan entrar a cualquiera: basta que las puertas de las casas estén abiertas para que todo el mundo pueda transitar por allí.

Sigue Ud. el camino que le he dicho y que es ancho y bordeado de álamos y lo sigue derecho, sin ladearse para ninguno de los caminos de travesía que hay a uno y otro lado. Como a las tres leguas de andar siempre derecho, verá Ud. que el camino llega al pie de un cerrito y tuerce hacia la izquierda; pero Ud. no sigue el camino, sino que se pára al pie del cerrito y mira hacia arriba, y entonces va a ver a media falda las murallas caídas de un rancho muy

viejo. Sube Ud. hasta llegar a esas murallas, y más arriba, siempre en el cerrito, va a ver Ud. un grupito de tres árboles grandes, tres quillayes, muy bonitos: en medio de los tres árboles, en el hueco que dejan los tres troncos y que no es de más de unas dos varas de ancho, cava Ud. y va a encontrar una gran riqueza. Excusado es que le diga que Ud. debe llevar un par de hombres de confianza. Ud. se acordará de mí, patrón, cuando vea lo que va a sacar, y para entonces le encargo solamente que me mande decir unas buenas corridas de misas.

—¿Y me dejarán entrar en la hacienda si saben que voy a sacar un entierro?

—¿Y para qué le va a decir Ud. a nadie que va a eso? Ud. dice que va a catear minas y para ello lleva caballos con aperos y con víveres.

—Ahora, díme: ¿cómo sabes tú que existe ese entierro?

—Porque yo mismo le oí contar a mi padre, que murió muy viejo, y que me decía que él mismo, siendo mozo, había trabajado en hacer el entierro: él se pasó la vida esperando que llegara el caballero dueño de la plata enterrada allí, pero el caballero no llegó nunca; y poco antes de morir mi mismo padre me llevó a aquel sitio y me contó el asunto para que yo sacara el entierro: “puedes sacarlo sin temor—me decía—pues no es de los dueños de esta hacienda”.

—¿Y no lo habrán sacado después que tú te viniste de allá?

—Nó, porque yo iba allá de cuando en cuando, y el último viaje que hice fué hace menos de un año.

—¿No tienes más familia?

—Nó, patrón; era hijo único y mis padres murieron poco antes de venir-me a Los Andes. ¿Apuntó bien las señas?

—Sí; no he perdido una sola.

—¿Y me jura Ud., patrón, sacar el entierro y mandarme decir las misas?

—Te lo juro.

Y no fuè juramento en falso el que hice, pues sinceramente formé en esos momentos la resolución de hacer el viaje que me indicaba Gutiérrez y de sacar el tesoro de que me hablaba.

Al día siguiente, volví al hospital para preguntar por el enfermo, y el mismo empleado que había ido a buscarme dióme noticias de Gutiérrez.

—Murió esta mañana al amanecer, señor; y poco antes de morir me llamó y me dijo: "Dígale a mi patrón que no se le olvide el encargo". Murió muy tranquilamente.

Por espacio de unos cuantos días estuve preocupado por el encargo de aquel pobre hombre; pero ¡qué diablos! ya te he dicho que yo no era hombre ambicioso, no sentía el deseo de acumular grandes riquezas, y además la monomanía de mi suegro me había hecho tomar un santo horror por eso de los entierros.

Así, pues, poco a poco fui dejando de la mano el cumplimiento de mi promesa, difiriéndolo de un día para otro, de una semana para la siguiente, de un mes para el próximo, y del verano para el invierno, porque en verano aumentaba considerablemente el trabajo en la panadería, y del invierno para el verano porque en invierno hace mucho frío y están los caminos muy malos. Al fin dejé de pensar en tal asunto, y cuando me acordaba de él, de tarde en tarde, encogía los hombros y me decía:

—¡Qué tonterías! ¡Voy a andar yo haciendo hoyos en el suelo como mi suegro!

Por otra parte el negocio habitual me atraía y me ocupaba cada vez más y no me dejaba tiempo para pensar y hacer castillos en el aire con entierros de dinero hechos por una persona a quien yo no había visto nunca, en una hacienda lejana, a través de quién sabe qué vericuetos, donde a lo mejor pudiera resultar

que gastara dinero inútilmente y me dieran una paliza soberana por meterme donde no debía.

Dejé, pues, de pensar en aquello como cosa factible y lo miré como asunto impropio de ocupar a un hombre trabajador y de buen sentido.

Y cuando llegaba mi suegro a casa en alguna de sus visitas semestrales, tenía yo buen cuidado de no decirle una sola palabra acerca de aquel derrotero.

Pero en una ocasión me pilló sin perro, como decimos vulgarmente.

Una noche, más de dos años después de aquella conversación en el hospital, charlábamos en casa y, como de costumbre, saltaba de cuando en cuando en la charla el tema de los derroteros de entierros, traído a ella por mi incurable señor padre político.

—¿Persiste Ud., mi señor—le pregunté—en seguir gastando tiempo, dinero y paciencia en semejantes trabajos?

—¡Indudablemente que sí, pues, hombre!—me respondió, medio enojado.—Te aseguro que si a tí te dieran alguna vez un derrotero fijo, seguro, y que viniera en forma que te inspirara confianza, tú caerías en la tentación como yo y te largarías al entierro como perro al bofe.

—Pues vea Ud. cómo no me dejo contagiar por tales cosas: hace más de dos años me dieron un derrotero de éstos que Ud. pinta y no me ha sacado de mis casillas.

—Seguramente, algún cuento del tío.

—Nó, señor: un derrotero serio y fidedigno.

—Talvez de alguno que quería tomarte el pelo.

—Pues nó, absolutamente: me vino de un buen trabajador de mi panadería, con todo el aspecto de la verdad y estando a punto de morir.

Ví entonces levantarse a mi suegro, casi erizados los pelos, los ojos muy abiertos y aire de profunda in-

dignación, y se me acercó lentamente, devorándome con la mirada, hasta que me tomó de las solapas de la chaqueta. Sólo en ese momento vine a comprender la imprudencia que yo había cometido.

—¡Badulaque!—me dijo con voz sofocada.—¡Tenías un derrotero!.... ¡y no lo has seguido!... ¡y no me has dicho una palabra a mí, a tu padre!.... ¡Díme toda la verdad!

No hubo remedio: había cometido la indiscreción de largarle lo esencial, la noticia del derrotero, y ya era inútil querer ocultarle los detalles. Se lo conté, pues, todo, como te lo he contado a tí, y con mi cartera de apuntes a la vista.

—¡Qué tonto! ¡qué desgraciado!—exclamaba mi suegro.—¡Dos años y medio con un derrotero como ése dentro del cuerpo, con una riqueza al alcance de la mano, y dejarlo todo abandonado como un costal de paja!

Y el buen caballero se apretaba la cabeza a dos manos, como si no le cupiera en ella la consideración de mi enorme tontería. Al cabo de un rato de pasearse agitadamente por la pieza, se volvió hacia mí y me dijo con tono imperioso:

—¡Vé a arreglar tus maletas! ¡Salimos en el expreso de la mañana para Santiago!

—¡Pero, señor ¿y mi negocio?

—Para eso queda aquí tu mujer y tienes buenos empleados.

—¡Pero yo no puedo ausentarme así, repentinamente...

—No se trata de ir a Europa: en tres días vamos, sacamos el entierro y nos volvemos.

—Además, es inútil que nos vayamos por la mañana, pues no tenemos tiempo para seguir viaje en el mismo día.

—Pues te concedo de plazo hasta el expreso de la noche de mañana, y no hablamos más.

Fué inútil tratar de oponer obstáculos a aquel hombre, pues en su ansiedad los derribaba todos.

Y efectivamente, al siguiente día, en el expreso de la noche nos largamos a Santiago, acompañados por un mozo y llevando los elementos necesarios para la extracción del tesoro.

Todavía en Santiago hice algunos empeños por disuadirlo, pero no entendió de razones ni mucho menos de pretextos.

Pero en verdad te he de decir que yo mismo ya me había contagiado un tanto con el entusiasmo de mi suegro, y ya me parecía realidad el hallarme ante una excavación de cuyo fondo íbamos sacando montones y más montones de monedas.

VI

Al día siguiente de nuestra llegada a Santiago, tomamos el primer tren que pudo llevarnos a Graneros, y era tal la ansiedad de mi suegro que creo que de buena gana hubiera empujado el tren por dentro para hacerlo andar más de prisa.

En Graneros, apenas descendimos del tren, se encaminó mi suegro hacia un hotelito o posada de que le dieron noticias en la oficina de la estación, y allí alquiló cuatro caballos: dos para nosotros, uno para el mozo y uno de tiro; ayudado por el dueño de la posada, contrató allí mismo mi suegro un individuo seguro y serio, conocedor de toda aquella zona, para que nos sirviera de guía; y todo esto, por cierto, lo hizo sin dar a entender, ni muchísimo menos, al dueño de la posada, al guía ni a nadie el objeto y fin de nuestra excursión. En seguida comimos algo, compramos algunos víveres y, montando pronto a caballo, nos dirigimos hacia la hacienda de Las Tinajas.

Al llegar a las casas, se adelantó mi suegro, preguntó por el administrador y, con un desparpajo realmente admirable, le pidió permiso

para penetrar al interior para hacer una exploración minera. El administrador lo acogió atenta y respetuosamente y le respondió que no necesitaba permiso, pues la hacienda dejaba libre la entrada a cuantos quisieran.

Contentos al ver tan llano el camino, tomamos el que vimos se abría a nuestra derecha, al lado de abajo de las casas, siguiendo fielmente el derrotero de Gutiérrez, y por allí nos lanzamos hacia el oriente, hacia la cordillera.

Pude comprobar muy bien la fidelidad de los datos del derrotero: aquel camino era una hermosa avenida de altos y corpulentos álamos, de fresca sombra; a uno y otro lado se abrían de cuando en cuando algunos caminos transversales, pero el que seguíamos, más o menos recto y siempre enderezado al oriente, era nuestro guía mejor y por él continuamos sin meternos en las travesías.

A ratos quería yo que galopáramos, pero mi suego, previsor como hombre experimentado, reprimía mis ardores.

—No fatiguemos los caballos—me decía—: fíjate que a la vuelta podemos traer carga muy pesada y necesitaremos caballos descansados.

En poco más de una hora recorrimos las tres leguas indicadas por Gutiérrez y pronto vimos confirmarse otro detalle del derrotero: el camino que seguíamos llegaba rectamente hasta el pie de un cerrito aislado, de no mucho elevación, y allí torcía hacia la izquierda.

—¡Este es el cerrito de que me habló Gutiérrez!—exclamé yo.—¡Bien me parecía que el hombre me decía la verdad!

—Y sin embargo—observó mi suegro—, tú desdénaste el derrotero. ¿Qué seña sigue?

—La de las murallas de un rancho caído: ése que se divisa desde aquí, a media falda.

—Pues vamos allá.

Y como no era mucha la pendiente, trepamos a caballo, cerro arriba, mientras el corazón me palpitaba como si fuera una pelota de football en plena pateadura.

Llegamos en un minuto al rancho y mi suegro soltó una exclamación:

—¡Allí están los tres quillayes del derrotero!

—¡A los quillayes!

Y subimos hasta ellos galopando y nos dejamos caer de las sillas, ansiosos de poseer aquella tierra bendita que había de darnos la riqueza.

—¡Eh! ¡ahora te gusta!—me dijo socarronamente mi suegro.—¡Y eres tú el que habías despreciado este tesoro! Merecerías que no te tocara ni siquiera una peseta de cruz. ¡Francisco!—gritó en seguida, dirigiéndose al mozo y al guía, a quienes habíamos dejado atrás en nuestra prisa.—¡Apúrense, muchachos, y traigan las herramientas!

Espolearon los otros las cabalgaduras, llegaron hasta el grupo de quillayes y se desmontaron.

—Saca las barretas, Francisco—ordenó mi suegro—, y caven aquí, en medio de los tres árboles.

—¿Qué anda buscando, patrón?—preguntó el guía, respetuosamente y sombrero en mano.

—Una mina, pues, hombre.

—¿Una mina?... ¿O será el entierro, patrón?

—¿El entierro?... ¿qué sabes tú del entierro?

Se quedó el hombre dando vueltas al sombrero entre las manos, pero al fin se resolvió a hablar:

—Perdóneme, patrón, que se lo diga, pero... llega atrasado: el entierro... lo sacaron en la semana pasada.

VII

Puedes tú figurarte nuestro asombro, nuestro dolorosísimo asombro, cuando oímos esas palabras. Te ase-

guro que me caí sentado, y que mi suegro se quedó con la boca abierta sin poder hablar durante un buen rato.

—¿Y cómo sabes tú que lo sacaron?—preguntó al guía cuando pudo recobrar la palabra.

—¡Bah! ¡Cómo no lo he de saber si yo mismo vine con los caballeros, hace nueve días, de madrugada, y yo mismo les ayudé a hacer el hoyo! Fíjese, patrón, en que la tierra está suelta.

En verdad: se conocía que se había hecho allí un trabajo reciente de excavación y que en seguida habían rellenado el hoyo y lo habían cubierto como para disimular el trabajo. El guía, para confirmar su dicho, tomó una pala y comenzó a levantar la tierra sin esfuerzo alguno.

—¿Y estás seguro de que sacaron el entierro?

—Ya lo creo, pues, señor: mire la muestra.

Y el hombre sacó del bolsillo de la faja que le servía de cinturón unas cuantas monedas, que nos apresuramos a examinar prolijamente: dos de esas monedas eran antiguas onzas de oro, del tiempo de los españoles, y tres o cuatro eran de plata, pesetas antiguas también.

—Estas y algunas otras más de plata y otras más de oro me dieron los caballeros por mi trabajo y para que no contara nada: yo he ido cambiando las de plata, las otras de oro están guardadas en casa, y ahora ando con éstas porque un amigo quiere cambiármelas.

—¿Fué mucho lo que sacaron?—pregunté.

—¡Ave María Purísima! ¡Era una inmundicia de oro y plata, señor! En el fondo del hoyo había un barril alquitranado y adentro estaba el entierro: lo sacaron y se llevaron dos caballos completamente cargados con dos capachadas cada uno, que pesaban más que un cristiano: la mitad

sería de oro y la otra mitad de plata; y además los caballeros llevaban en los bolsillos y en las alforjas una gran cantidad de estos mismos tejos de oro.

Mi suegro se quedó pálido como un difunto, pero de repente, saliendo de su estupor, me descargó un bofetón terrible que me sentó en el suelo.

—¡Animal!—me gritó al mismo tiempo.—¿Ves el fruto de tu desidia? Por tu flojera de dos años y medio hemos perdido una fortuna enorme!

—Pues Ud. tiene mucha culpa, señor—le contesté cuando me repuse del golpe y del primer momento de ira—: si no hubiera sido en Ud. una verdadera manía la de los entierros, no los habría tenido yo en tanta incredulidad. Yo he pecado por carta de menos y Ud. por carta de más.

El guía completó en seguida sus noticias. Habían llegado tres caballeros, dos de ellos franceses, según creía, a la misma estación, lo tomaron por guía y el martes de la semana anterior se habían venido de madrugada hasta aquel sitio, siguiendo una especie de mapa que consultaban a cada instante, y cavando entre los tres árboles sacaron el tesoro, que estaba a un par de metros de profundidad, y se retiraron tranquilamente con su preciosa carga. El guía no supo sus nombres ni había tenido más noticias de ellos.

Después de esto, ya nada nos quedaba que hacer. Nos sentamos a la sombra de aquellos árboles que albergaban nuestra espantosa decepción, comimos de los víveres que llevábamos y cuando refrescó la tarde nos volvimos a la estación de Graneros, silenciosos y cabizbajos.

Antes de llegar a ella, mi suegro preguntó al guía:

—¿Cuánto te había ofrecido ese amigo por las onzas?

—Treinta pesos, señor.

—Pues, quería estafarte: valen lo menos hoy sesenta pesos por su precio en oro. Si quieres te doy 120 por

las dos, pues las quiero conservar como recuerdo de este desastre.

El hombre aceptó sin regatear.

Tomamos el tren, siempre en silencio, y al poco rato me preguntó mi señor padre político:

—¿Sabes tú cuánto representa ese entierro?

—Ni idea tengo de ello.

—Pues es fácil hacer cálculo. Mi guía dijo que dos caballos vinieron cargados cada uno con dos capachadas más pesadas que un cristiano, mitad de oro y mitad de plata. Calculemos un total en cada caballo de 80 kilos: 40 kilos de oro, al precio actual de \$ 1860 de 18 peniques por kilo, dan \$ 74,400, y entre los dos caballos, \$ 148,800; y los 40 kilos de plata dan unos \$ 4,000 más. Además podemos calcular en unos 60 kilos por lo menos las onzas que llevaban los tres caballeros en las alforjas y los bolsillos, 20 por persona, y son \$ 111,600 oro de 18. Juntando todas estas cantidades tenemos en número redondo \$ 264,400, o sean \$ 132,200 para cada uno. Eso es lo que hemos perdido por tu culpa.

Lo demás bien puedes tú imaginártelo: mi suegro tuvo materia para hacerme recomendaciones por algunos días; y yo mismo también me las hacía, pues evidentemente había estado en mi mano aquella fortuna y no la había aprovechado por desidia y por poca fe. Afortunadamente lo que no hallé en el entierro, lo hallé en el trabajo: me dediqué más y más a mi negocio; me trasladé a Santiago para explotarlo más en grande, y ahora estoy retirado y mi fortuna es mayor de la que hubiera podido darme aquel tesoro.

¿Te ha interesado mi historia? Pues, libre quedas para aprovecharla en algún "Cuento del domingo".

Y con esto se despidió aquel amigo, a quien repito aquí mis agradecimientos por su interesante relato.





EXTRAÑA MEDICINA

I

Desde hacía dos días se quejaba Berta de un agudo dolor de cabeza. El primer día ni la mamá ni los hermanos hicieron mucho caso de aquello, porque son tan frecuentes tales dolores en los niños y porque no parecía que hubiera enfermedad capaz de atacar a aquella chiquilla de doce años, tan querida, tan "regalona" de todos, tan vigorosa y robusta que aparentaba quince o diez y seis, tan alegre y contenta como una brillante mañana de Octubre.

Pero al segundo día llamó la atención aquel dolor tan persistente y entonces se esmeraron todos para darle remedios: parches de papas en las sienes, frotación de las mismas con lápices de menta, baños fríos de pies y de manos, café cargado con limón, y otros recursos caseros fueron los primeros elementos de combate contra la persistente jaqueca; y después, cuando se vió que estos remedios no producían resultado alguno, se recurrió a la botica, a las obleas de salicilato, de aspirina, de cafeína, y a otros que el médico de la casa había recetado en otras ocasiones para otras jaquecas.

Pero tampoco cedió con estos remedios el pertinaz dolor de cabeza, y ya en la tarde del segundo día la enfermita había perdido en absoluto

alegría, y andaba buscando los sillones y las camas para reposar en completa inmovilidad, y aun así no conseguía alivio, sino que se levantaba para ir a buscar otras camas y otros sillones, con el mismo negativo resultado. Y no reía ya, ni hablaba, ni quería comer, y ni siquiera quería oír la voz de los que le interrogaban.

Todo aquello constituía una sorpresa muy dolorosa y una gran preocupación para la mamá y los hermanos, porque parecían cosas absolutamente incompatibles Berta y una enfermedad, aquel abatimiento y el ánimo siempre alegre y sonriente de la hermosa muchacha.

—¡Un dolor de cabeza es cosa tan común, no tiene importancia alguna! —decía uno.

—Ya pasará—decía otro—: mañana amanecerá buena y sana y alegre como siempre.

—Son cosas de la edad y que no deben preocuparnos.

—No hay enfermedad que pueda contra esta chiquilla tan robusta y vigorosa.

Pero al mismo tiempo que decían estas cosas, cada cual quería convencer y tranquilizar a los demás, pero se reservaba para sí, sin querer, un fondo de grave preocupación.

Y era natural que se preocuparan y entristecieran. Berta era la menor de la familia y esto solo ya constituía un gran título al cariño y a las regalías generales; además, era "el concho del baúl", lo mejorcito de la casa, pues en verdad en sus doce años, en su alto y gallardo cuerpo de chiquilla que dejaba admirar la futura mujer, y con su rostro blanco, sonrosado, de ancha frente, grandes ojos negros y graciosísima boca, era realmente una muchacha hermosa; y por último, su alegría y su buen humor imperturbable, en el cual jamás cabían penas y que llenaba de frescas risas todos los rincones de la casa, y que la hacía aparecer como un pajarillo que está siempre saltando de

un palito a otro y llenando de gorgoros todos los ángulos de la jaula, movía a que se concentraran en ella, como multiplicados, todos los afectos de la familia y los de las familias amigas y parientes, que no eran pocas. Se comprende, pues, que el verla afectada por tan tenaz y agudo dolor de cabeza, hasta el punto de quedar abatida y silenciosa y andar tendiéndose de sillón en cama y de cama en sillón la que era la animación, el movimiento y la vida de la casa, preocupara hondamente a la mamá y los hermanos y les hiciera mirar aquella jaqueca como algo más serio de lo que parecía a primera vista.

A la mañana siguiente, la del tercer día, todos acudieron a ver cómo había amanecido la enfermita: acecharon que abriera los ojos y le preguntaron cómo se sentía, y fué mucho su pesar al no verla sonreírse, sino que abriendo penosamente los párpados y haciendo un esfuerzo para hablar contestaba:

—Me duele... más que ayer... quiero dormir.

Aquello era grave y no era posible dejarla sin ver médico. Uno de los hermanos salió, pues, inmediatamente a buscar al de la casa y se lo trajo consigo sin perder tiempo.

El médico saludó cariñosamente, con aire alegre, para disipar temores, primera virtud de todo médico, y se acercó al lecho de la enfermita. La habló, respondió ella apenas, quejándose de aquel dolor intenso; le pidió que abriera los párpados, le tocó la frente y los brazos, le tomó el pulso, le hizo poner el termómetro, y mientras éste marcaba la temperatura, hizo algunas preguntas, para orientarse, a la mamá y a los hermanos.

—¿No ha habido síntomas de resfrío?

—Nó, doctor.

—¿Ni tos ni algo parecido?

—Absolutamente nada, doctor: sólo el dolor de cabeza.

A los dos minutos hizo retirar el

termómetro, lo examinó a la luz y dijo:

—Treinta y ocho y medio grados. Descúbrala, señora, para examinar el vientre.

Percutió, palpó la piel con mucha atención y después dijo:

—El vientre está hinchado y hay gorgoteo en la fosa ilíaca: se trata de una infección intestinal.

—¿Será algo grave, doctor?

—No puedo decirlo todavía: puede que se trate de una infección ligera, quizás hasta de una fiebre gástrica... veremos. Entre tanto, vamos a la le-sinfección. ¿No ha comido nada?

—Nó, doctor: ayer a la hora de comida apenas probó un poco de caldo, y desde entonces no ha querido tomar absolutamente nada.

—Entonces, haga despachar la receta que voy a dejarle y le da la oblea que ha de venir, de calomelano, y dos horas después el aceite. Yo volveré en la tarde.

—¿Y el alimento, doctor?

—Ninguno, mientras no haga efecto el purgante; después, agua de arroz y nada más.

II

Las órdenes del médico fueron obedecidas estrictamente, así en cuanto a las medicinas como en cuanto a la alimentación; por lo demás, no fué obra difícil seguir aquel régimen alimenticio, pues la enferma no quería comer y se negaba a recibir hasta el agua con arroz.

En la tarde volvió el doctor, según lo había prometido, y sus primeras preguntas fueron las muy naturales, dirigidas a la mamá:

—¿Dió Ud. el calomelano a la enfermita? ¿le administró el ricino? ¿no le ha dado Ud. nada de comer?

Y en seguida pidió otros datos y explicaciones: la enferma había pasado el día muy afebrada y con mucha modorra, el dolor de cabeza persistía y había habido vómitos y algu-

nas perturbaciones intestinales. En suma, la enferma estaba peor que en los días anteriores y su estado general era el de una gran postración.

El doctor aplicó el termómetro a la enferma y vió que marcaba 39°, a pesar de los efectos del purgante. Frunció el ceño, pero nada dijo sobre el estado de la paciente; mas, a la mamá no se le escapó aquel leve movimiento del entrecejo.

—¿Que la encuentra peor, doctor?

—Peor, nó, señora mía; pero me llama la atención que la fiebre no haya cedido después de esta desinfección intestinal.

—¿Pero pasará pronto la fiebre?

—Mañana veremos: tengamos paciencia. Entre tanto, va a darle Ud. a la enferma unos papelillos que voy a dejarle recetados; y en cuanto a alimento, no le dé ninguno, sino agua de arroz. Yo volveré mañana temprano.

Recetó y se despidió: los medicamentos que dejaba ordenados tenían por objeto, según dijo, la desinfección de los intestinos.

La noche fué mala: continuó postrada la enferma, como aletargada, devorada por la fiebre, y sólo salía de la inmovilidad en que ésta la tenía, para agitarse en su blanca camita y para pronunciar palabras y frases incoherentes. Le molestaba mucho la luz y los ruidos le producían sensaciones dolorosas.

En la familia reinaba verdadera consternación: todos tenían cara de una preocupación muy honda, se suspendió todo ruido, se alfombraron los corredores para amortiguar el rumor de los pasos, se conversaba en voz baja, se estableció una guardia para que uno de la familia acompañara siempre a la mamá, que no cedía a nadie el puesto de vigilancia y atención de la querida enfermita.

Al día siguiente, el cuarto de la enfermedad, Berta no amaneció mejor, pues persistía siempre la fiebre alta, y el médico, en su visita mati-

nal, volvió a arrugar el entrecejo; el termómetro marcó una o dos décimas por encima de los 39 grados.

—No es una simple infección intestinal, señora—respondió a la mamá que preguntaba—: es probablemente un caso de fiebre gástrica.

—¡Fiebre gástrica!—exclamó la señora alarmada.—¿Y no habrá peligro de que sea fiebre tifoidea, doctor?

—Por el momento, no lo creo, señora; pero hay que estar en guardia: en todo caso el sistema de curación que sigo es válido así para la fiebre gástrica como para la tifoidea. Pero, le repito, no creo todavía en esta última.

El día y la noche no fueron mejores: los síntomas y la situación de la enferma se mantenían iguales; había en ciertas horas una remisión de la fiebre, y esto producía una gran impresión de alivio en la familia entera; pero en seguida volvía la temperatura a subir y se llevaba consigo la pasajera confianza de los de la casa.

Muy pronto corrió por todo el barrio primero y por toda la pequeña ciudad en seguida la noticia de la enfermedad de la niña; y comenzaron a llegar visitas a la casa, en hilo incesante, como caminito de hormigas, y fué necesario destacar una sección de la familia para que atendiera a todos los que llegaban a saber de la paciente, a charlar a propósito de la enfermedad y a dar recetas infalibles contra la fiebre.

De cuando en cuando, uno de la familia atravesaba las piezas que precedían al dormitorio de Berta, y avanzaba en puntillas hasta llegar al lecho de la enferma, medio oculto entre cortinas, la contemplaba un instante y volvía a salir con el mismo silencio y las mismas precauciones a decir a las visitas:

—Sigue lo mismo.

Así pasaron dos o tres días más, sin que hubiera alteración sensible.

En una de sus visitas, el doctor descubrió que el vientre de la enfermita

ostentaba un abundante zarpullido, y comprobó la congestión del bazo y otros síntomas inequívocos.

Salió de la pieza, seguido por la mamá, que no quería confiar a nadie el entenderse con el médico y quería darse cuenta por sí misma de todo lo que se refiriera a la enfermedad de la niña.

—¿Cómo la encuentra, doctor? ¿No nota mejoría alguna?

—La fiebre persiste—contestó él, eludiendo la pregunta; pero después de pensar un instante, agregó:—Más vale que sepa la verdad, señora, pues Ud. es madre y tiene derecho a saberla. Lo que tiene la niña no es una fiebre gástrica: es tifoidea.

Contrajéronse dolorosamente las facciones de la hermosa dama, pero se dominó y dijo:

—Ya me lo temía yo: he tenido otros enfermos de fiebre gástrica, y en ninguno la enfermedad ha tenido los caracteres de ésta. ¡Dios me dé valor!

—Confío en el suyo también, señora, y en su inteligencia, y confío además en la vigorosa constitución de la enfermita. Yo vendré mañana y tarde, y a la hora en que Ud. me necesite. Por lo que toca al alimento, leche cocida, caliente o fría, café con leche, café solo, huevos, en suma, alimentación substanciosa, pero que no pueda añadir complicaciones al cuadro ni sea de difícil digestión.

—¿Y caldo, doctor?

—Nó, señora. En los laboratorios se cultivan los microbios en caldo para que vivan y se multipliquen: darle, por consiguiente, caldo a una enferma atacada de tifoidea es poner los gérmenes en condición propicia para multiplicarse. Y para la sed, déle agua cocida con unas cascaritas de canela.

III

Era, pues, la terrible fiebre tifoidea la que tenía postrada a la en-

fermita; había que emprender esa terrible cuesta arriba que dura tres semanas y más, que mata tantos enfermos y que tanto aniquila a los que sobreviven. Aquel diagnóstico fué un golpe en la nuca para toda la familia, y las hermanas se dispersaron a llorar por los rincones más apartados de la casa, mientras los hermanos se mantenían callados, mudos, incapaces de oír nada que no se refiriera a su queridísima enferma. Sólo la madre conservó serenidad, esa terrible serenidad de las madres que no ceden a ninguna presión, que no desmayan ante ningún esfuerzo y ningún sacrificio, que trasnochan meses y meses y luchan con espantosa energía contra el mal, aun después que ha desaparecido toda esperanza, empeñadas como rabiosamente en vencer hasta lo imposible.

Pasados los primeros momentos de consternación, se organizó el plan de asistencia de la enfermita, el plan de defensa contra el terrible enemigo: una de las hermanas quedó encargada de todo lo que se refiriera a la alimentación y a las medicinas, otra de llevar la curva de la fiebre y de anotar todos los incidentes, episodios y detalles de la enfermedad, y por la noche velaría siempre una de ellas y uno de los hermanos para acompañar a la mamá, de modo que hubiera siempre por lo menos una persona en plena actividad a toda hora del día y de la noche.

Ya había transcurrido una semana entera desde que se habían presentado los primeros síntomas: faltaban, pues, por lo menos dos, las peores; sobre todo había que esperar la tercera semana, la terrible, la espantosa, en la cual sucumben tantos enfermos. Y comenzó entonces la cuenta de las horas, que caían una tras otra, con lentitud desesperante, y cada una de las cuales traía al comenzar un nuevo terror y se llevaba una nueva esperanza.

El médico impuso entonces un penoso sacrificio: entraron las tijeras

por la opulenta cabellera de la niña, y derribaron aquellas negras y hermosas trenzas que eran antes uno de sus más bellos adornos.

¡Y qué áspera y penosa fué la cuesta arriba! Durante la segunda semana la fiebre continuó su fatídico zig zag, como el balance de un péndulo que señalaba la creciente cercanía de la hora fatal: en ciertas horas bajaba la temperatura, pero volvía a subir, y en estas reacciones pasaba el límite anterior, como un enemigo que repite y multiplica sus asaltos, entre momentos de transitoria calma, y en cada asalto gana camino hacia el centro de la defensa contraria.

Bien a la vista quedaba la impotencia de los medicamentos, y el médico pidió consulta o junta, pero sus colegas aprobaron plenamente el régimen seguido por él y no tuvieron mucho de nuevo que aconsejar. Era aquél un enemigo formidable y que no se dejaba vencer ni por los conocimientos y la experiencia de los doctores, ni por los delicadísimos y minuciosos cuidados y atenciones y la abnegación de la mamá y los hermanos: seguía avanzando a pesar de todo, implacable e invencible, como si después de haber cogido entre las garras tan fina y codiciada presa no quisiera soltarla hasta apagar en ella la última centella, la postrera chispi-ta de vida.

El aspecto de la enferma no podía ser más penoso: aletargada por la fiebre que subía sin cesar, permanecía inerte en el lecho, presentando en el hermoso y antes tan alegre rostro una completa contrariedad de colores ardientes y de palideces cadavéricas, mientras se perdían los ojos encandilados entre un círculo negro; y no salía de su letargo sino para expresar con el lenguaje incoherente del delirio las imágenes de la fiebre, o para lanzar gritos despavoridos mientras se agitaba en violentas convulsiones.

Entre tanto la mamá se mantenía al pie del lecho, sin dormir un ins-

tante, atenta a los menores movimientos, sin descuidar un detalle, más enérgica y tenaz que la enfermedad misma: si aquella chica había de morir, había de ser contra toda la voluntad y contra toda la energía de aquella pobre señora y después de vencerla en espantosa lucha.

La segunda semana terminó con una temperatura media superior a los 40 grados, y en los días de la tercera siguió subiendo: 40 $1\frac{1}{2}$, 41, 41 $1\frac{1}{2}$ iba marcando sucesivamente el termómetro, y no se detuvo hasta llegar a los 42, y en cada décima de grado que subía, la fiebre se llevaba una de las pocas probabilidades de salvación y ganaba largo espacio hacia la muerte.

Ya en los 42 grados los médicos en junta multiplicaron los medios de combate: los paños de agua fría sobre el vientre, las envolturas del cuerpo entero en sábanas empapadas en frío, los baños fríos también, los febrífugos químicos, como la antipirina, y otros diversos recursos, todo se empleó para hacer bajar la temperatura, pero todos resultaban igualmente ineficaces; la fiebre descendía un momento algunas décimas, pero volvía casi inmediatamente y como de salto hacia los 42 grados. Ocurría lo mismo que con esos globitos llenos de gas y que los niños retienen por medio de un hilo: un tirón del hilo los hace descender, pero en seguida vuelven a buscar la altura.

En la tarde de uno de esos días terribles se reunieron otra vez el médico de cabecera y tres colegas suyos: uno a uno examinaron detenidamente a la enfermita y en seguida se fueron a discutir a una pieza distante.

—Opino—dijo uno de ellos—que es un caso completamente perdido.

—Hemos agotado todos los recursos conocidos y cuantos nos ha sugerido nuestra experiencia y sin resultado alguno.

—Además el estado de la enferma ya no deja tiempo para nuevos recursos.

—Evidentemente: se halla en estado agónico; es cuestión de dos o tres horas, o cuatro a lo sumo, por haber sido tan robusta la niñita.

—Pero a estas horas ya no hay robustez que valga, compañero. Van a ser las 8: entre 12 y 1 de la mañana todo habrá terminado.

—Pero ¿qué hago yo con esa pobre señora?—preguntó el médico de cabecera.

—Recete cualquier cosa, poco importa lo que sea; y prepare algunos elementos para la crisis nerviosa de la señora y de las niñas.

—En verdad, no queda más que hacer.

Los médicos se despidieron y el de cabecera llamó a uno de los hermanos, el más sereno y le dijo la verdad.

—Es necesario que tenga valor, mi amigo: esto se acaba y no hay cómo atajarlo: Ud. debe tener serenidad para que atienda a la señora.

En esos momentos entró la mamá, y el médico, procurando afectar calma, le dijo:

—De acuerdo con mis colegas, voy a dejarle una "toma" para que le dé dos cucharadas grandes cada dos horas a la Bertita; y además hágale Ud. unas fricciones con vinagre aromático.

Y escribió una receta, sólo por no aumentar la aflicción de la pobre madre.

IV

A las 12 de la noche dió la señora la tercera poción a la enfermita, después de una vigorosa fricción con vinagre aromático, y todo ello con gran trabajo, pues la niña tragaba con suma dificultad y maquinalmente, y no era ya más que un tronco inmóvil.

Hecho esto, se sentó la mamá en la silla de guardia, y comenzó a rezar el rosario, con el fervor y la fe inquebrantable de las madres que piden, que exigen el milagro y lo esperan, aunque entre matadoras con-

gojas. Y rezaba en silencio, sin un murmullo, con los ojos fijos en Berta, que no era más que un bulto inerte sobre la camita blanca, entre cuyos albores se destacaba el rostro enflaquecido por la larga enfermedad y medio ennegrecido por la fiebre, como si después de devorar ésta aquel gentil cuerpo de chiquilla dejara solamente los carbones del incendio.

Al terminar el rosario, el cansancio producido por la tensión nerviosa de tantos días de angustias en aumento, por veintitantas noches y días de vigilia, el silencio de la pieza, apenas turbado por la anhelosa y estertórea respiración de la enfermita, los ojos escaldados por el llanto y que pedían al fin algún sosiego, y lo pesado de la hora, acabaron por vencer la energía de aquella voluntad, y, sin darse cuenta de ello, la pobre madre cerró los ojos y empezó a dormir, y junto con empezar a dormir empezó también a soñar.

Y vió a su niñita, a su Berta, vestida de blanco y coronada de blancas rosas, como un rosal florido y dotado de vida, llevando en la mano un cirio muy adornado y cuya llama era mucho menos brillante que el fulgor de sus ojos, acercarse piadosamente al altar para recibir por primera vez la Sagrada Eucaristía, y sintió que el aire entero se embriagaba con un perfume celestial. La vió después correr alegremente y ágil como un pajarillo por los enarenados senderos de los jardines de la casa, entre las flores y los vallados, como si fuera una mariposa que volara libando mieles de cáliz en cáliz y de aroma en aroma. Vió pasar nuevamente varias escenas en que se revelaba el agudo ingenio y la gentil picardía de la chicuela. Y así la contempló en distintos momentos de su vida, siempre palpitante y festiva, siempre hermosa y agraciada, siempre cariñosa y dócil a las enseñanzas maternas.

De repente le pareció sentir como un batir de alas, y vió que unas como grandes y hermosas aves de rostro humano cogían a su hijita y la

arrebataban consigo por los aires, mientras se difundía por el espacio una vibración musical de intensísima melodía.

Despertó al punto y se dió cuenta de que acababa de sonar la campana del reloj; se levantó, miró la hora y vió que eran las 2 de la madrugada.

—¡Qué enormidad!—se dijo—; Me he quedado dormida!

Se acercó al lecho con verdaderos remordimientos, en el mismo instante en que entraba otra de las hijas: la enfermita seguía inerte, pero se veía claramente que la respiración se atenúa y apenas era un soplo. Se le apretó el corazón y sintió un acceso de desesperación infinita; pero venciendo ese arranque, se dominó y dijo a la otra niña:

—Ayúdame a levantarla un poquito para darle la toma.

Y mientras lo hacía la hermana de la moribunda, la pobre madre, que no podía renunciar a la esperanza, cogió uno de los frascos de medicina que había sobre el velador, vertió en un vaso las dos cucharadas prescritas y con infinita prolijidad y sumo trabajo consiguió que la enfermita tragara todo aquel remedio. En seguida dejó el vaso y ayudó a acostar a la niñita con toda suavidad y blandura, y después de acecharla un momento, volvió a la silla a reanudar sus fervorosas oraciones.

El reloj continuó desgranando lentamente segundos y minutos, en medio de la paz de la noche y la quietud de aquel cuarto.

Así transcurrieron unos diez minutos y, repentinamente, la enfermita se incorporó en el lecho, lanzó un grito terrible: “¡Me muero! ¡me muero!” y estalló en una verdadera explosión de vómitos, con una violencia espantosa. Acudió la señora de un salto y en seguida llegaron espantados los demás de la familia, que habían oído el grito estridente de la enferma, y todos comenzaron a prodigarle sus cuidados. Pero no había nada que hacer, pues era aquél un vómito casi continuo, que no dejaba

espacio para administrar remedio alguno: la enfermita se sacudía con la violencia de la expulsión, transpiraba copiosamente y por instantes se desvanecía en fatigas de muerte, que interrumpía en seguida el vómito con nuevas y más enérgicas sacudidas.

—¡A llamar al doctor!—exclamó una de las hermanas, y apenas lo dijo ya salía de casa uno de los hermanos.

En el brevísimo espacio que quedaba entre un vómito y otro, pensaban dar agua fría o pedazos de hielo a la enferma, pero no había nada que resistiera dos segundos en el estómago, pues todo era inmediatamente expulsado con inaudita violencia.

—¿Que será la toma la que ha producido este resultado?—preguntó una de las niñas.

—La toma, nó—respondió la mamá—: tomó las dos primeras cucharadas a las 8, otras dos a las 10 y otras dos a las 12 y en ninguna de estas veces ha ocurrido nada de particular; y sólo ahora...

Al decir esto, la pobre señora examinaba los frascos de los medicamentos, y entonces notó que el de la poción contenía una cantidad mucho mayor de la que debía tener; examinó medio asustada otro frasco que había dejado vacío sobre el velador al dar a la enferma las dos últimas cucharadas, y comprobó con espanto que, en vez de dar a su hija el remedio, le había administrado vinagre aromático.

—¡Dios mío!—exclamó con un grito de desesperación.—¡Yo tengo la culpa!

—¿Qué ha ocurrido, mamacita, ¿por Dios?—preguntó una de las niñas.

—Que seguramente he envenado a mi hija, pues en vez del remedio le he dado vinagre.

Y llorando desesperadamente y como loca, tomó el vaso en que había administrado el medicamento y lo pasó a una de las niñas, diciéndole:

—¡Huélelo! ¿qué olor le encuentras?

—A vinagre aromático, mamá—respondió la niña.

—¡La he envenenado!—exclamó nuevamente y cayó en el sillón y escondió la cabeza entre los cobertores, como deseosa de desaparecer y de no oír nada más sobre la tierra.

V

Entre tanto la pobre enfermita seguía alternando entre los vómitos y las fatigas: en cada acceso de aquellos parecía que había de echar el alma por la boca, según era la violencia de las expulsiones; y en cada síncope parecía había de quedarse inmóvil para siempre. Seguían las hermanas empeñadas en cortar los vómitos, pero no había recurso alguno que probara tener ni la más leve eficacia.

A los pocos minutos llegó el médico de cabecera, y la señora, saliendo de su desesperación, le contó entre sollozos lo ocurrido y terminó diciendo:

—¡La he envenenado, doctor! ¡yo la he hecho morir!

—¡Señora, por favor, no se aflija! Pobre consuelo será decírselo, pero no debe Ud. torturar su conciencia: era imposible que la niñita viviera; todos estuvimos de acuerdo ayer en la tarde en que no podía pasar la noche. Entre morir por la fiebre o morir por el caso de que Ud. habla ¿qué más da lo uno que lo otro, si de todas maneras había de morir? Lo que me llama la atención es que haya vivido hasta ahora.

—Enantes—dijo una de las niñas, llorando—, cuando mi mamá le dió la última toma, noté muy bien que la Bertita apenas respiraba y creía que se estaba muriendo en ese momento.

—Ya lo ve Ud., señora.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, doctor, por Dios?

—Dejarla con sus vómitos; y seguramente lo mejor será no darle remedio: cuanto se le da, lo arroja, y se multiplicarán sus padecimientos.

¿No le parece preferible dejarla en tranquilidad?

Nadie le contestó, pero el llanto desesperado de todas vino a hacerle ver que se daban cuenta de la situación y que no quedaban más recursos que llorar sobre la desgraciada niña.

El doctor dejó una receta, encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza, y se retiró después de recomendar que lo llamaran inmediatamente por si ocurría algo de nuevo.

La enfermita continuó afectada por los vómitos, pero poco a poco comenzaron éstos a espaciarse y como a las seis de la mañana cesaron por completo. La pobrecilla quedó sin alientos, en una postración profunda, sin fuerzas ni siquiera para hablar, y en tal estado que su vida parecía una burbuja de jabón pronta a estallar y a dejar exhalar el aire que contiene. Y con la quietud de esta extrema debilidad, inanición mejor dicho, sobrevino muy pronto el sueño y la chicuela se quedó profundamente dormida.

Entre 10 y 11 de la mañana llegó el médico de cabecera, y sin entrar, desde la puerta de calle, llamó a uno de los jóvenes y le preguntó en voz muy baja:

—¿Qué hay? ¿resistió mucho tiempo? ¿y cómo ha quedado su mamá?

—Está durmiendo profundamente.

—Es una felicidad; pero debe haberla afectado mucho la desgracia.

—Pero ¿de quién habla Ud., doctor?

—De su mamá, pues, hombre.

—¡Pero si yo le hablo de mi hermanita!

—¿Entonces no ha muerto?—preguntó el doctor con gran asombro.

—Nó, doctor: está durmiendo en profundísimo sueño.

El doctor entró inmediatamente, se dirigió a la pieza de la enferma y, sin tocarla, estuvo observando a Bertta con mucha atención; en seguida le tomó delicadamente el pulso, y salió para preguntar:

—¿Desde qué horas duerme?

—Desde las seis de la mañana, más o menos.

—¿Y no ha despertado ninguna vez en todo este tiempo?

—Ni una sola, doctor.

—¡Es singular! El sueño es perfectamente tranquilo y el pulso débil, pero regular. ¿Han tenido la precaución de tomar la temperatura?

—Sí, doctor: dos veces, y ha marcado 36.5.

—¡La temperatura normal! ¡Y después de pasar ayer de los 42! ¡Es extraño! Déjenla dormir sin molestarla.

Así lo hicieron y la enfermita siguió durmiendo todo el día y no despertó hasta las 6 de la tarde.

—¡Mamacita!—murmuró en medio de la penumbra que envolvía su blanquísimo lecho.

—¿Qué quiere, mi hijita?—preguntó la señora, saliendo de sus lágrimas para acercarse ávidamente a la niña.

—Tengo mucha hambre, mamacita: déme algo.

—Inmediatamente, mi Bertita. ¿Y cómo se siente?

—Siento mucha debilidad, nada más.

—¿Le duele la cabeza?

—Nó, mamacita.

—¿No está afiebrada?

—Tampoco.

—Mientras le traen un poco de café con leche, voy a ponerle el termómetro.

Así lo hizo y a los dos minutos el aparato marcaba 36.1½ grados, temperatura normal. Berta tomó café con leche con mucho apetito y pidió más; pero no se lo dieron.

—Quédese calladita, mi hijita: está muy débil y no le conviene hablar.

—Bueno, mamacita; pero me siento muy bien con el café.

Guardó silencio por el momento y a los pocos minutos volvió a hablar, con voz débil pero serena, con la cabeza completamente despejada, y quiso que la mamá le contara de qué estaba enferma; pero la señora no quiso seguirle la conversación. Una hora más tarde volvió a pedir de

comer y le dieron otra vez café con leche, y más tarde leche sola, y con esto volvió a lornear, y durante la noche despertó dos o tres veces, siempre para pedir algún alimento y siempre con la cabeza completamente despejada y sin asomos de fiebre.

A la mañana siguiente era tal la mejoría que quiso levantarse: no lo permitió la mamá, y la chica, resignándose, se desquitó conversando alegremente, de tal modo que, al oírla, no parecía que hubiera estado enferma jamás, y mostraba un apetito insaciable.

A las 10 llegó el médico de cabecera con dos compañeros y examinaron prolijamente a Berta: el corazón funcionaba regularmente; el pulso era seguro y recobraba su vigor ordinario; la lucidez de las ideas era perfecta; y en las mejillas enflaquecidas reaparecían, levemente, las rosas de la niñez. El termómetro marcó 36.5.

—¿Hace, pues, veinticuatro horas que está sin fiebre?—preguntó uno de los médicos.

—Sí, señor: veinticuatro horas.

—¿Y en este tiempo no ha habido ningún incidente anómalo?

—Ninguno.

—¿Y está Ud. segura, mi señora, de que fué vinagre aromático lo que le dió a la enfermita en vez de la poción prescrita?

—Absolutamente segura. Aquí tiene Ud. el frasco, en que todavía quedan unas cuantas gotas. No había sino dos frascos sobre el velador: el de la toma y el del vinagre; al darle las dos cucharadas, noté muy bien que se acababa el contenido de uno de los frascos, pero no me dí cuenta del error sino más tarde, y entonces ví que el frasco que había quedado vacío era el del vinagre.

El médico tomó el frasco, vertió dos o tres gotas en una cuchara y las tomó en la boca.

—Vinagre, como todos los vinagres de su clase—dijo—: de todos modos, hay que hacer analizar el resto, por si tuviera alguna composición especial.

—Y es vinagre como todos—dijo

otro de los médicos en tono de broma—; debemos anotar en nuestros libros que la fiebre tifoidea se corta dando por equivocación vinagre aromático a los enfermos.

—Y pedir privilegio exclusivo por el invento.

—Señora—agregó el de cabecera—, su niña está en plena convalecencia; pero conviene adoptar precauciones en la alimentación; yo vendré en estos días por si algo se ofrece.

Pero nada se presentó que hiciera otra vez necesaria la intervención del médico. La mejoría fué rápida; la enferma no se contentó con alimentos tan simples como la leche y el café, sino que pidió cosas de más substancia, y todo fué bien tolerado y bien digerido: dos días más tarde se levantaba de la cama y al cabo de una semana Berta andaba firmemente y recobraba rápidamente sus hermosos colores, sus buenas carnes y su gracia y travesura.

—Señora—dijo el médico a la mamá, al hacerle la última visita—: la curación de su niña es una maravilla en que los médicos no hemos tenido parte alguna. Lógicamente, debió morir esa noche, y ha salvado gracias al error de Ud. y al vinagre aromático: ya sabe la receta.

—¡Quiera Dios, doctor, que jamás tenga que volver a aplicar ese remedio! Entre tanto, bien sabe Ud. que, cuando Dios quiere, con todos vientos llueve.





EL LADRON



I

Enfrentó Rafael a la puerta falsa de su casa y por no dar vuelta a la esquina, sacó el llavero, abrió esa puerta y entró por ella; al cerrarla, se oyeron pasos y una voz que preguntaba:

—¿Es usted, don Rafael?

—Sí, Francisco: ¿estabas esperándome?

—Sí, señor.

—Está bien: puedes acostarte.

—Buenas noches, señor.

Rafael siguió por un pasadizo y otros hasta que llegó, andando siempre a oscuras pero con la seguridad del que anda por su propia casa, a una pieza, entró en ella, corrió unas cortinas, abrió unos postigos por los cuales entró al punto la tenue luz de la calle, y se dejó caer en un sillón, donde se entregó a cavilar.

—Resueltamente — pensaba—, no hay hombre que se aburra más que yo en Santiago, a pesar de mis riquezas, de mi juventud... porque todavía soy joven.... de mis relaciones y de mi posición social. ¿Seré, realmente, un gran egoísta, como me dicen algunos amigos? ¿será el egoísmo el que me echa a perder la vida? Bien sabe Dios que he hecho todas las tentativas posibles para interesarme por algo, pero no lo he conseguido: los negocios no

me atraen, porque soy rico; la política menos, porque me repugna; el amor, fuera de aquel amor con aquella Amelia que conocí en Valparaíso y que se desvaneció como amistad de veraneo, nunca me ha cogido el corazón; la lectura, al fin me cansa. El club, algún baile como el de esta noche, tal cual paseo.... todo me aburre.... Me explico lo que se cuenta de esos señores ingleses que se pegan un tiro de puro "spleen"... la verdad es que mi vida no tiene objeto y no me sirve ni a mí ni a nadie.... ¿Casarme? ¿por simples conveniencias?... ¡qué horror!.... ¡Preferiría pegarme un tiro!.... ¡Ah! si aquella Amelia no se hubiera desvanecido como lo hizo, talvez sería otra mi vida: desde entonces noto más vacío el corazón y más inoficiosa la vida.

Y siguió cavilando en la semi-obscuridad de la pieza, iluminada apenas por la poca luz que entraba de la calle, rumiando su propio aburrimiento y sin encontrar motivo que le hiciera encontrar la vida más simpática y atrayente.

La campana de un reloj que había en la pieza dió la hora.

—Las doce de la noche—dijo—: me he venido temprano del baile, pero... ¿qué hacía allí sino aburrirme y beber?... Y no he nacido para borracho.....

En ese momento notó que por el lado de la calle una cabeza humana se acercaba a los cristales de la ventana, por entre las rejas del balcón.

—¡Hola, un curioso nocturno!—se dijo Rafael.—¿En qué andará éste?... ¿será algún ladrón?... Pues voy a quedarme tranquilo para ver qué hace ese tiuque.

Y tiró el cigarro que fumaba para que el fuego no denunciara su presencia.

El de afuera se quedó un rato como aguantando u oyendo, y sin duda lo estimuló el silencio de la casa y la soledad de la calle en aquella noche de invierno, pues se cogió de los fierros del balcón, se izó, lo saltó y pegó el rostro a los cristales: así estuvo algunos momentos más, y Rafael vió

muy pronto que el hombre pasaba las manos por los vidrios y comenzó a sentir un tenue chirrido como el que hace un diamante al cortar un cristal.

Rafael se levantó con mucho tiento, se acercó a un mueble, lo abrió silenciosamente, sacó algo del interior, y fué a pararse al lado de uno de los muros de la pieza y esperó con toda calma. Continuó el chirrido durante algunos momentos más y pronto se oyó el ruido de un pequeño golpe y el de un trozo de vidrio que caía, y por el hueco que quedó en el cristal de la ventana penetró una mano que cogió la españoleta, la ventana se abrió silenciosamente y el hombre penetró en el interior, con mucha cautela, se detuvo a oír y avanzó dos o tres pasos.

Pero repentinamente se iluminó la pieza con gran profusión de luz, el ladrón soltó una exclamación de sorpresa y espanto y se encontró de súbito ante Rafael, que acababa de dar la luz eléctrica a una magnífica araña de muchas lamparillas, y que con la mano derecha extendida y un revólver en ella lo amenazaba con la muerte a tres pasos de distancia.

—Señor ladrón—dijo Rafael—: se ha llevado usted un solemne chasco.

El ladrón se quedó mudo e incapaz de hacer ningún movimiento, con los ojos y la boca muy abiertos y con una expresión de espanto en todo el rostro.

—Suelte usted las armas que trae—le dijo Rafael.

—No traigo armas—contestó el nocturno visitante—: no soy un malhechor.

—Hombre, lo que falta es que me traiga usted cartas de recomendación. ¿Con que no es usted un malhechor y se introduce en casa ajena rompiendo los cristales?

El individuo dobló la cabeza y no respondió una sola palabra.

—¡Suelte usted las armas!—repitió Rafael con más imperio.

—Le juro, señor, que no traigo ninguna.

—¡Pero usted ha entrado a robar!

—Sí, señor.

El ladrón estaba pálido como un cadáver y le temblaban las piernas. Era un hombre alto, de no mala figura, buena fisonomía, y vestía un traje que debía haber sido bueno en otro tiempo, y Rafael pudo observar que aquel extraño huésped no ostentaba en el rostro señales de vicios, si bien presentaba aspecto de demacración y miseria.

—Usted no es un ladrón de oficio—dijo Rafael.

—Nó, señor: es la primera vez que he intentado hacerlo.

—¿Y por qué venía a robar?

—Por miseria... por mi mujer... por mis hijos, don Rafael.

—Hombre ¿me conoce usted?

—Desde hace muchos años.

Acercósele Rafael, lo miró fijamente al rostro, que el otro inclinaba enrojecido, y al cabo de un momento,

—Pues me parece haber visto su cara en alguna parte—le dijo—¿Quién es usted?

—¿Y para qué quiere aumentar mi vergüenza?

II

Quedóse mirándolo Rafael y después fué a cerrar la ventana y los postigos, y volviendo hacia el ladrón,

—Siéntese—le dijo—y hablemos. Es la primera vez en mi vida que tropiezo con un ladrón y por esto me ha interesado Ud. Dígame su nombre.

—Mi nombre a Ud. nada le significa: no me exponga a la vergüenza de darme a conocer

—Pues entonces elija Ud. entre que lo entregue a la policía o lo despache con una paliza que le duela hasta la cuarta generación.

Dudó algunos momentos el ladrón y al fin se resolvió.

—Fuí su compañero en el colegio, aunque soy tres años menor que Ud. Me llamo Marcelo Gutiérrez.

—¡Marcelo Gutiérrez!... ¡Ud!... ¡Y en ese estado!... ¡Y de ladrón!... ¿Pero cómo es posible?

—Ya lo ve Ud... ¿Se acordaba, pues, de mí?

—Cierto que sí: ¿cómo había de olvidarme, si Ud. era uno de los mejores alumnos de mi curso? Pero ¿cómo ha llegado a tal situación?... Yo recuerdo que su padre era persona de fortuna...

—Efectivamente; pero la familia era numerosa, hubo malos negocios, heredé poco...

—Y no ha sabido Ud. conservar su herencia y aumentarla... mala cabeza...

Miró tristemente el llamado Gutiérrez y después agregó con mucha amargura:

—Eso es lo que se piensa siempre: si un individuo no se hace rico, es por mala cabeza. Las gentes no son capaces de darse cuenta de que en nuestro país no hay sino tres clases de personas que triunfan: los que tienen grandes capitales, gran apellido o grandes influencias. Para los demás, para la clase media, no hay caminos, o porque recibimos una educación excesivamente literaria que no nos habilita para el trabajo remunerador, o porque luchamos contra la corriente. Ud., que es rico, que vive en la opulencia y en las fiestas, ¿qué puede saber de nuestros inútiles esfuerzos, de nuestros dolorosísimos fracasos, de nuestras miserias, de tantas aflicciones que a veces hacen sucumbir la honradez más sólida?

—¿Hombre, se ha hecho Ud. socialista o anarquista!

—Pues ahí tiene Ud. otro prejuicio: el que se queja de su desgracia y de las durezas de su condición no puede ser sino un anarquista, un elemento desquiciador, revoltoso, y por tanto dañino para la sociedad. Pues, nó; no soy nada de eso; soy un hombre desesperado, que después de trabajar honradamente, de luchar enérgicamente por asegurar el pan de la familia, ha llegado a la más espantosa miseria, y por el hambre de los hijos se dejó llevar de la tentación del robo.

—¿Y por qué no se dirigió Ud. a mí... en otra forma?

—Le escribí hace tiempo y ni siquiera me contestó.

—¡No recuerdo haber recibido su carta!... O quién sabe si no hice caso de ella... ¡Maldito egoísmo!... Pero, antes de entrar en más detalles, venga Ud. conmigo.

—Déjeme irme, don Rafael, por favor.

—Nó, no se irá Ud.: lo condeno a estar en mi casa en castigo de su tentativa de robo.

Y llevó al ladrón por otras habitaciones, encendiendo al pasar las luces, con las cuales se ponía de manifiesto el lujo de aquellas piezas, hasta llegar al comedor; allí abrió muebles, hizo sentarse al visitante y le puso delante algunos fiambres y vino.

—Coma Ud., hombre; coma con confianza, y guarde lo que no quiera comer y lléveselo a su casa. Después que coma, hablaremos.

No se hizo de rogar el otro, sino que por el contrario comió con un apetito que daba claras muestras de muchas hambres atrasadas.

Era, en verdad, un espectáculo curioso el que presentaba aquel individuo, vestido con un traje que el uso había reducido a un estado misérrimo, de aspecto casi de limosnero, que devoraba los alimentos que tenía delante de sí, en medio de aquel comedor adornado de riquísimos muebles de tallada encina, entre finísimos cristales y porcelanas y el chispear de la plata y los plaques cincelados, sobre una carpeta ricamente bordada, en medio del silencio de mullidas alfombras y majestuosos cortinajes, a la plena luz que brotaba de numerosas lamparillas eléctricas.

Rafael lo miraba comer, atentamente, con los ojos clavados en él, y al mirarlo devorar con tantas ansias, sentía dentro de sí, muy en el interior de su corazón, algo así como si estuvieran cediendo y relajándose unos resortes que le habían tenido muy tirante el alma, como esas pieles que los campesinos clavan en las murallas para que se sequen al

sol; y al sentir ese aflojamiento de internas amarras, experimentaba una sensación o sentimiento de elasticidad, de rejuvenecimiento interno, de algo jugoso y dulce en que comenzaba a disolverse su egoísmo y la inutilidad de su vida.

Dióse cuenta Marcelo de la atención con que el dueño de casa lo miraba comer, y al punto dejó el servicio y suspendió su trabajo.

—¿Ya ha satisfecho su apetito?— le preguntó Rafael.

—Nó—le contestó Gutiérrez, después de dudar un momento—; pero, por favor... le ruego que no me mire... de otro modo no podré seguir comiendo...

—Tiene Ud. razón: discúlpeme—y se puso a pasear Rafael a lo largo del comedor sin mirar ya a aquel extraño invitado, el cual reanudó su tarea con nuevos bríos.

—Y Ud. ¿no come, señor?—preguntó el otro, después de algunos instantes de silencio.

—Nó; no tengo apetito.

—Lo comprendo: le sería a Ud. muy desagradable comer junto con un individuo que ha entrado en su casa como ladrón.

—Nó, no es eso: si ése fuera mi pensamiento ¿lo habría sentado a Ud. a mi mesa?

—Es verdad; perdóneme Ud.

—No como, porque soy dispéptico, y me hace mal comer de noche.

—¿Dispéptico?... ¿Y a los treinta y cuatro años de edad?... Ahí tiene Ud. una enfermedad propia de su estado, la enfermedad de los hombres que no trabajan ni padecen y que viven en la abundancia.

Y dijo esto sin tono agresivo ni duro, sino tranquilamente, pero con cierto dejo de reflexión dolorosa.

—Los pobres y los hambrientos, ¿no son, pues, dispépticos?

—Claro que nó: ¿qué hay que pueda hacerles daño?

—Tiene Ud. razón: no había parado mientes en ello.

III

Entre tanto, Gutiérrez había terminado de comer y bebió una copa de vino.

—He concluído—dijo—y le doy las gracias con toda mi alma: hace mucho tiempo que no comía tan bien y cosas tan delicadas.

—Pues ahora, como testimonio de gratitud, cuénteme Ud. cómo ha llegado a tal estado. No es una vana curiosidad lo que me mueve a preguntárselo: se lo aseguro.

Marcelo refirió entonces, en no muchas palabras, la no larga historia de sus desventuras. Recibió una herencia de poca importancia, y con ella empezó a trabajar en el comercio, pues no había alcanzado a obtener título profesional, y poco después contrajo matrimonio con una niña muy señorita, muy bien educada, pero de no mayor fortuna que él. Al principio y durante algunos años, el negocio prosperó; tenía cierto crédito, buena clientela y buenas relaciones, y las ganancias que se recogían daban para vivir con holgura, para atender convenientemente a la familia que llegaba y aun para auxiliar a sus hermanos y a la familia de su mujer.

“Pero vino la crisis—continuó diciendo Marcelo—y entonces me encontré con muchas cuentas por pagar, y si bien tenía muchos créditos en favor mío, ello no mejoraba mi situación: los acreedores me urgían y los deudores no me pagaban. Con algún capital, con algún crédito que me hubieran dado los bancos, habría podido salvarme y asegurar la prosperidad de mi casa; pero los bancos no son jamás benignos con los pequeños comerciantes ni con los que no llevamos un gran apellido, sino que reservan sus larguezas para los grandes deudores. Se me cerraron, pues, todas las puertas y vino la quiebra, mucho más grave para mí, porque fui honrado: si no lo hubiera sido, habría escondido algunas mercaderías o algunos créditos; pero lo en-

tregué todo, absolutamente todo, y me quedé en la calle.

“Entonces vino la terrible viacrucis. Busqué empleo y no lo encontré, pues ¿quién ocupa a un comerciante quebrado? Recurrí a mis antiguos proveedores, a mis amigos, a mis compañeros de colegio, a mis clientes, y nada hallé, pues aquello de que “cuando una puerta se cierra, doscientas se abren” es una mentira, porque todas se cierran para un hombre en desgracia. Y mientras tanto, nos íbamos comiendo los ahorros de mi mujer, nuestras pocas joyas, nuestros muebles, nuestros trajes, y bajábamos de una casa a otra más modesta, más humilde, hasta llegar al conventillo. Tenté en seguida algunos oficios, pero Ud. sabe que la instrucción literaria que recibimos en el colegio nos inhabilita para muchos trabajos, y los oficios no se aprenden cuando las manos están habituadas sólo a recorrer las páginas de los libros o a otros altos oficios; fui guardián de policía y me dieron de baja porque no era bastante bruto; mozo de hotel, cochero de posta, y en ninguna parte fui útil, porque carecía de destreza y porque tenía una delicadeza que no se avenía bien con tales empleos.

“Y así ha llegado la miseria, el hambre: mi mujer se consume y se marchita, y con ella una cuñada que vive con nosotros; mis hijos piden pan y no lo hay, aunque los grandes nos privamos de todo alimento por dárselo a ellos; y hay un niño de cinco años, el menor, que apenas se atreve a pedir de palabra, y que sólo nos habla de su hambre con los ojitos, que se expresan con tan triste elocuencia... ¿y qué podemos darle? Esta tarde, después de dos días en que no hay nada que comer, sino un pan para los niños, dado de limosna (porque hasta limosna hemos pedido)), salí desesperado y vine aquí, hasta su casa, en busca de lo ajeno, resuelto al robo, decidido a tomar lo que encontrara, para que no murieran de hambre mi mujer y mis hijos...

Calló Marcelo y se echó sobre la mesa escondiendo el rostro entre los brazos cruzados, y sacudido por una tempestad de sollozos.

Dejólo llorar Rafael sintiendo él mismo una conmoción que no sentía desde algunos años, y no le habló hasta que lo vió más tranquilo.

—¿Y por qué has elegido mi casa, Marcelo?—le preguntó tuteándolo por primera vez.

—Porque lo he seguido a Ud. de cerca desde hace tiempo, porque era el más estimado de mis compañeros de colegio, porque sabía la vida que Ud. llevaba de hombre soltero, muy rico y egoísta, y pensé: "si me pillan, puede ser que me perdone por haber sido compañeros; y si no me pillan, poca falta le hará lo que le tome, en medio de su abundancia". Y va ve Ud. lo que hace la falta de práctica: hasta para robar he sido desmañado y me he dejado sorprender en mi primera... y última tentativa.

—¿Y quién me asegura, Marcelo, que es verdad y no una comedia todo lo que me has contado?

Miróle Gutiérrez con aire de profunda desolación, y después dijo:

—Ciertamente, no tengo derecho a ser creído... pero ¿me encuentra Ud. cara de hombre vicioso?... Además, la prueba es fácil: yo volveré mañana temprano, y si tiene Ud. valor para ello, va conmigo a mi tugurio y ahí verá lo que es mi casa; ahí están también mis libros. Por otra parte, talvez esa visita le sea a Ud. de algún bien.

—¿Por qué?

—Porque si los ricos vieran muchas miserias de los hombres honrados, hallarían ocupación para sus horas y sus rentas vacantes y distracción para su tedio, y muchas personas honradas se salvarían del contagio del crimen.

—Iré, te lo aseguro. Ahora, quedas en libertad de irte; pero te invito de veras a que aceptes mi alojamiento. Ven conmigo.

Y lo llevó a un dormitorio elegantemente amoblado.

—Aquí tienes tu alojamiento; en esta pieza vecina tienes baño y agua caliente a tu disposición. Espera un momento.

Salió Rafael y volvió al cabo de tres o cuatro minutos con diversas prendas de vestir.

—Somos más o menos del mismo cuerpo: acepta esta ropa, interior y exterior, y levántate mañana en traje más decente.

Y salió nuevamente sin esperar las expresiones de gracias de su huésped. Pero en lugar de alejarse, entró en una pieza inmediata y por el ojo de la cerradura atisbó al alojado, y vió que éste, después de mirar toda la pieza, cayó de rodillas delante de una imagen y poniendo la cara entre las manos cruzadas sobre el asiento de un sillón se echó a llorar con llanto mal contenido y que lo sacudía en verdaderas convulsiones.

IV

A las 7 de la mañana siguiente estuvo Rafael en pie y fué a llamar a la puerta de Marcelo, que salió al punto. El aspecto del huésped, con el nuevo traje, era muy diverso del que presentaba el ladrón de la noche precedente: Gutiérrez tenía buena presencia y habría sido hasta buen mozo y elegante, sin la palidez y la flacura del rostro.

—Tú no has dormido bien—le observó Rafael, que le vió los ojos enrojecidos por la mala noche o por las lágrimas.

—Francamente, nó: estaba agitado por tantas emociones; pero dormí al amanecer, y esto y el baño me han dado un buen descanso. ¡Cuánto tiempo que no gozaba de este placer!

—¿No te habrán echado de menos en tu casa?

—Nó: al salir dije a mi mujer que pasaría la noche sirviendo de mozo en una casa de cena, y por tanto no me espera hasta hoy... si algo puedo llevarle.

Rafael lo llevó al comedor y allí tomaron un buen desayuno.

—Francisco—dijo aquél al mozo—, busca y trae una canasta con tapa.

El mozo volvió con lo pedido.

—Déjanos solos y dí al "chauffeur" que apareje el automóvil cerrado.

Y cuando hubo salido Francisco, agregó Rafael:

—Ayúdame, Marcelo, a arreglar algunas cosas. Toma, pon en la cesta este jamón; allí hay todavía media gallina fiambre, un resto de pernil de cordero asado, queso, mantequilla... agrega este paquete de té, estas botellas de vino, azúcar...

El iba entregando cuanto le caía a la mano, mientras Marcelo arreglabla la cesta y lloraba silenciosamente.

—¡Mira tú qué falta hace una dueña de casa!—observó Rafael.—Si hubiera aquí una, ella arreglaría todo esto y sabría poner cosas útiles para una familia....

—Culpa tuya es no tenerla—dijo Marcelo, atreviéndose a tutear otra vez a su antiguo compañero—: bien enamorado estuviste hace tiempo de una buena niña y sin embargo bien poco hiciste por asegurar la felicidad.

—¡Cómo!... ¡También sabes eso!...

—¿No te he dicho que te he seguido muy de cerca? No me preguntes cómo lo supe; pero bien al cabo estuve de aquel amor tuyo, que dejaste se te fuera del corazón.

—No fué mía toda la culpa. Conocí a Amelia en un veraneo en Valparaíso y me enamoré de veras; pero al volver a Santiago, la perdí de vista y llegué a convencerme de que huía de mí; y créeme, lo lamenté de corazón, y tal vez desde entonces data esta agravación de mi egoísmo, pues sentí más que nunca el vacío y el frío del alma.

—Te faltaba un afecto y eso te secó el corazón.

—Y tanto que ahora pienso que si hubieras venido tú por la puerta a pedirme un auxilio... tal vez ni siquiera te hubiera recibido. Ha sido necesaria la violencia para que se me

abrieran los ojos hacia la miseria ajena. ¿Está arreglado el canasto?... ¡Francisco!... Lleva este canasto y ponlo en el automóvil... Ahora, vamos nosotros... ponte este abrigo.

Salieron ambos por la puerta principal y tomaron el lujoso automóvil que los esperaba a la puerta y que partió sin demora.

Siguiendo la dirección que iba dando Marcelo, tomó el auto por una calle transversal hasta llegar a la de las Rosas; por allí bajó hasta la Avenida de Matucana y siguió por ella hacia el norte y se detuvo en una esquina.

—¿Aquí vives tú?—preguntó Rafael.

—Nó, pocos metros más allá; pero no es prudente que vean llegar mozos de automóvil y elegantes a un conventillo y a una pieza donde hay mujeres jóvenes y muy pobres.

—Espera aquí—dijo Rafael al piloto.

Marcelo tomó la cesta y echó a andar, acompañado de su amigo, y entró por la puerta de un conventillo muy miserable, de patio cubierto de lodo, donde se veían muchas infelices prendas de ropa blanca tendidas sobre cordeles, mientras las tejas gotearan las lágrimas de la escarcha y la miseria. Marcelo se detuvo delante de una puerta, la empujó y entró por ella, mientras Rafael se quedaba fuera, y luego oyó éste una voz de mujer joven, que decía:

—¡Marcelo, a esta horas llegas!... ¿Has trabajado, pues, toda la noche?... ¡Y esa ropa, Marcelo!

—Cállate, Nena: después te explicaré. ¿Cómo están todos?

—¡Cómo hemos de estar!... Hace veinticuatro horas que los niños no prueban bocado... Sólo agua caliente.... Acabo de mandar a la agencia lo último que nos quedaba....

—¡Qué cosa, Nena, por Dios!

—Nuestros anillos de matrimonio—contestó llorando la voz femenina.

—¡Pobrecita mía!... Toma: en este canasto vienen provisiones... Véte con los niños a la otra pieza, por-

que tiene que entrar aquí un caballero a ver mis papeles.

Volvió Marcelo a la puerta y dijo:

—Rafael, hazme el favor de entrar... pero ¡que no te asuste mucho mi miseria!

Entró Rafael y sintió oprimido el corazón ante la espantosa pobreza de aquella pieza enladrillada, húmeda, desnuda, y que no ostentaba más muebles que algunas miserables pero limpias camas, instaladas unas sobre cajones y otras en el suelo, una mesa que suplía un pie ausente con una astilla de tabla, y una silla muy vieja, que en otro tiempo debió ser una riquísima y opulenta butaca, y en la cual dormía un niño pálido, muy hermoso y de cabellos rubios.

Tomó Marcelo al niño, lo acostó en una cama y arrimó la silla a Rafael. En seguida, sacó de un cajón unos libros y se los pasó a su amigo:

—Aquí tienes tú la fe, el testigo de mi honradez: la quiebra no dañó a nadie, sino a mí únicamente, y los acreedores, después de cobrar casi todo lo que les debía, me dejaron los libros con este certificado.... ¿no ves?... en que salvaron mi honor de comerciante honrado... Mira, lee estas partidas... estas otras... Observa estas sumas... ya verás, ya verás que, si he caído en la miseria, no ha sido por vicios, sino por mi desgracia.

Rafael hojeaba, hojeaba, siguiendo las indicaciones de Marcelo, pero sin parar mientes en lo que veía, con los ojos inundados de lágrimas, y ponía el oído a las voces que venían de la pieza vecina, voces de niños, alegres, contentos, que estallaban en alborozo infantil ante los alimentos que les distribuía su madre...

—¡Mamacita!—decía uno— ¡otro poquito de pechuga!... ¡tanto tiempo sin probar estas cosas tan ricas!

—¡A mí jamón, mamacita!

—¡Despacito, niños, despacito!—les decía una voz, la misma que había hablado en la puerta, una voz muy dulce, muy señorial, pero muy triste.—

¡Despacito; no les vaya a hacer mal comer mucho!

—¡Y Ud. no come, mamacita!

—Después de Uds., niñitos.

Rafael dejó caer los libros y cubriéndose la cara con las manos rompió a llorar, sollozando, incontinentemente, mientras Marcelo, de pie frente a él, lo miraba asombrado y sin valor para decir una palabra.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó al fin Rafael.—¡Gracias, porque me has dado a conocer el dolor y me has mostrado la inutilidad de mi vida y la manera cómo puede ser útil en lo sucesivo!

V

Enjugó sus lágrimas Rafael y al sacar el pañuelo para hacerlo, le dió vergüenza el perfume que llevaba, ante el espectáculo de tanta pobreza, y escondió rápidamente el pañuelo.

—¿Cuántos hijos tienes, Marcelo?

—Cinco: dos mujeres, en seguida un hombre, después otra mujer y otro hombre.

—Tú no puedes seguir viviendo así. Oye, en la calle de Vergara tengo una casa amoblada, pequeña, que solía dar en arriendo y que ahora está desocupada. Toma de aquí lo que más necesites, y vámonos allá inmediatamente con tu mujer y tus niños...

—¡Rafael!...

—Nó, no me des las gracias, por favor... No te regalo la casa: la habitarás hasta que puedas pagar arriendo.

—Pero, Rafael...

—Sí, comprendo: no tendrás con qué pagarla; pero tendrás capital para tus trabajos, para rehacer tu comercio, seré tu socio, porque no quiero darte abundancia sin trabajo, sino que te la ganes tú...

En ese momento entró en la pieza desde el patio una mujer, una joven, pobremente vestida y con la cara medio oculta por un pañuelo de lana tejido y desteñido ya; y sin ver que

había un extraño en la pieza, dijo en voz alta:

—Marcelo, ¿estás de vuelta?... Oye: no quieren pasar más que dos pesos por cada anillo y no me he atrevido a dejarlos...

Al oír aquella voz, Rafael, sin poderse contener, se adelantó hacia la joven y con un movimiento nervioso, casi sin darse cuenta de lo que hacía, le quitó el pañuelo de la cara y dejó al descubierto un rostro francamente hermoso, blanco, de grandes ojos verdes, y coronado por una admirable cabellera rubia...

—¡Amelia!...

—¡Rafael!...

Exclamaron el uno y el otro; el, mudo ya de asombro, y ella, ruborosa, inclinando el rostro, y poniéndose en seguida pálida, mientras le temblaba la barbilla y se le contraía la boca a punto de estallar en sollozos.

—¡Amelia, tú aquí!—pudo decir Rafael al cabo de algunos momentos. —¿Cómo es esto?... ¡Explícame por favor este misterio!

—¡Verdad que nada te había dicho ni quería que lo supieras!—dijo Marcelo.—Esta es mi cuñada, la hermana de mi mujer, nuestra compañera de infortunio, la niñera de mis hijos, la que ha sobrellevado todas nuestras penas, nuestras miserias y nuestras hambres...

—¡Calla, Marcelo, no digas eso!—interrumpió la joven.

—¿Y por qué he de callar? Por el contrario, hay que explicar ciertas cosas. Oye, Rafael: esa muchacha te quería con todo su corazón, y habría sido la mujer más feliz de la tierra si hubiera sido tu esposa...

—¡Por Dios, Marcelo! ¡Mira que me estás haciendo parecer lo que no es decible!

—Pues he de decirlo todo—contestó él con una verdadera exaltación—: es necesario, la conciencia me lo grita. Cuando tú le hablaste de tu amor, Rafael, te adueñaste de su alma; pero entonces ella estaba en Valparaíso

con su madrina y yo todavía vivía en la abundancia. Mas, al terminar aquel veraneo, llegó mi ruina, y ella se vino al punto a acompañarme y huyó de tí, por vergüenza... nó, por exceso de delicadeza, porque no quiso seguir aceptando el cariño de un hombre rico, siendo nosotros tan infelices, sobre todo después que tú no contestaste mi carta en que te pedía auxilio. Y tú no fuiste capaz de buscarla, y ella se entregó de lleno a compartir nuestras pobreza y nuestras lágrimas, y ha sido hasta la cocinera de mis niños. Pero, mírala. también hay flores en el invierno; a través de todas nuestras hambres y nuestros dolores, mira cómo conserva su juventud y su belleza. Diez y ocho años tenía cuando tú la conociste; ahora tiene veintitrés y ya la ves, como en sus quince, en todo el esplendor de su hermosura y en toda su pureza de niña.

Y mientras decía todo esto, Marcelo tenía cogida a Amelia de un brazo para impedir que huyera, y la joven lloraba cubriéndose el rostro mientras Rafael sonreía a través de las lágrimas.

—¿Ves tú, Marcelo—dijo éste—cómo la Providencia premia el cumplimiento del deber? Por la primera vez, después de largos años de sequedad de alma, he hecho una obra buena, y Dios me premia mostrándome cómo puede ser útil mi vida para mis semejantes y devolviéndome mi amor. Amelia, amiga mía, te lo pido con toda mi alma y como el mayor bien de mi vida: continuemos nuestra interrumpida historia: aquí está mi mano, la mano de tu amigo, de tu enamorado de Valparaíso, que te quiere hoy lo mismo que entonces, más aún que entonces, porque recobra la luz perdida para su alma.

No contestó Amelia, sino que siguió llorando.

—Comprendo—agregó Rafael—que aquí tu delicadeza te impide aceptar. Pero vamos, Marcelo: trae a tu mu-

jer y a tus niños y vámonos todos a la calle de Vergara: el coche es grande, cabemos todos, y tengo verdadera prisa por que salgan Uds. de aquí.

Rodeáronle Marcelo, Amelia y en seguida Elena, que acudió con sus niños, llorando también, porque el sol lastima los ojos, sobre todo cuando éstos se hallan habituados a la obscuridad, y ya no estaban aquéllos acostumbrados a la luz de la dicha: Rafael los arrastró a todos al coche, y éste se dirigió a la calle de Vergara.

Allí se detuvo ante una casa modesta: Rafael hizo pedir en otra las llaves depositadas en ella, y dejó instalada allí a toda la familia de su amigo y se retiró entre las bendiciones y las lágrimas de todos.

VI

Marcelo y su familia cambiaron de pelaje. Rafael le dió capital, volvió aquél al comercio, pagó lo que había quedado debiendo a sus antiguos acreedores y prosperó rápidamente: era inteligente y esforzado, y además había capital y, sobre todo, estaba detrás de él el nombre de Rafael, y los bancos ofrecieron cuanto crédito quisiera el comerciante, aunque ya no era necesario. Volvieron los niños al colegio y volvió la holgura y la abundancia a la casa.

Tres meses después de los sucesos de aquella noche, Rafael hacía bendecir su matrimonio con Amelia y celebró el acontecimiento con verdadera pompa.

—No sería mejor, Rafael—había dicho la novia—, que repartas a los pobres lo que has de gastar en la celebración de nuestro matrimonio.

—Nó, Amelia—había respondido el novio—: cada cosa en su sitio y en su tiempo, y tú, que eres la dueña de mi corazón y de mi casa, de tu casa, tú que has conocido las penurias de la pobreza, quedas encargada de los pobres. Pero en nuestro matrimonio debe haber verdadero esplendor, porque no quiero que nadie pueda

decir que me caso a escondidas y con miedo de presentar a mi esposa a la vista de toda la sociedad: en el día más feliz de mi vida deben repicar muy alto las campanas y ha de haber gran fiesta en esta casa, para recibir dignamente a la compañera de mi existencia.

Ese mismo día, al recibir los novios el abrazo de Marcelo, dijo a éste Rafael:

—Espero de tí un regalo de boda y no has de negármelo.

—Todo te lo diera yo de buena gana; pero bien sabes que todo lo que tengo es tuyo.

—No me refiero a regalos como los comunes, por valiosos que parezcan, sino a otro mucho más valioso para mí, aunque, en la apariencia, insignificante.

—Pues dí qué cosa es, mi querido hermano, para complacerte sin demora.

—Es el diamante de aquella noche...

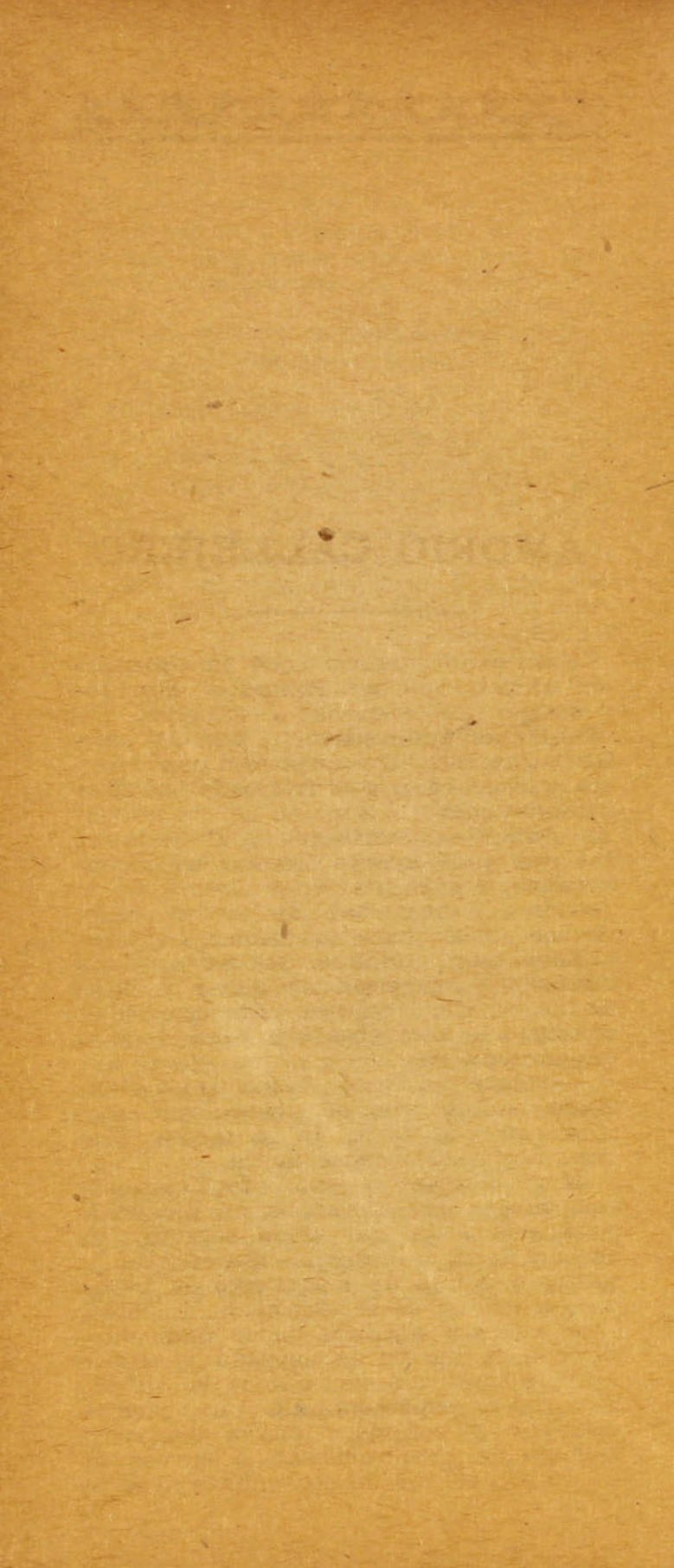
--¿Aquél con que rompí los vidrios de la ventana?

—¡Chilit!... ¡Ese mismo!

—¿Y qué capricho te mueve a pedirme ese objeto?

—Uno muy justificado y muy grande: con ese diamante rompiste unos vidrios; pero hizo algo más todavía: él rompió los cristales de hielo que encerraban mi alma y por la brecha entró el aire y la luz a curarme del egoismo en que me moría como un ser inútil. Sin eso ¿habría conocido yo lo que es la pobreza? ¿habría sido capaz de hacer nunca caridad alguna? ¿habría llegado jamás a tu casa? ¿habría recobrado a la que fué el único amor de mi juventud y a la que es hoy mi encantadora esposa? Dame ese diamante, pues es para mí como la llave del cielo.







AMORÍO CALLEJERO

Tan pronto como tocó la orquesta su último acorde, Rafael y Enrique tomaron los abrigos, y saliendo del Municipal enderezaron por la calle de Agustinas, tranqueando con energía para combatir el frío, que era muy intenso, como lo son los de las noches de Julio en Santiago. Y andaban los dos y al mismo tiempo se comunicaban sus impresiones acerca de la ópera que acababan de oír y acerca de los artistas que la habían cantado.

Llevaban andadas ya unas cinco cuadras y acababan de pasar la calle de Morandé, cuando Enrique interrumpió la conversación para decir a su compañero:

—Fíjate en esa dama que viene hacia acá y que se acerca en estos momentos al farol de la media cuadra, por esta misma acera.

Miró Rafael y vió efectivamente una mujer que avanzaba en dirección contraria a la que ellos seguían: la luz del farol le daba plenamente en el rostro y ponía de manifiesto su belleza, en lo que de él alcanzaba a verse; y al avanzar algunos pasos más, quedó con la luz en la espalda y ambos amigos pudieron ver que, a la belleza del rostro, correspondía un cuerpo gallardo y señoril, cuyas elegantes formas se pronunciaban a través de los pliegues del negro manto que la

envolvía. La mujer venía sola y al acercarse a los dos transeúntes, requirió el manto para cubrirse mejor.

—Ancha de hombros—dijo Enrique—, alta de pecho, gentil y garrida, manto a los ojos y falda hasta el suelo, sola por las calles y a hora avanzada, parece dama que se ha escapado de alguna novela de Fernández y González.

—Déjala en paz—observó Rafael—pues ya somos de edad para no andar en gallanteos callejeros.

—Tú sí, pero yo nó.

En ese momento la dama llegaba hasta ellos. Enrique dió un paso al costado para abrirle camino, y al ir a pasar la dama entre ellos, se inclinó aquél y le dijo:

—Señorita ¿no tiene miedo de andar sola a estas horas por las calles?

Y al decirlo volvió a cerrar el paso como para detener a la transeúnte.

—Nó, señor—contestó ésta—; no necesito compañía. Déjeme usted pasar.

Y contestó con tono que no era duro, pero que tampoco podía tomarse como estímulo para el galán.

—Es que me remordería la conciencia—agregó él—no ofrecer mi respetuosa compañía a una dama que va sola y puede topar con alguno que se atreva a faltarle al respeto.

—¿Y no es ya una falta de respeto la suya el cerrarme el paso y ofrecerme compañía? —preguntó la dama cambiando de tono y hablando con tal acento de severidad sin enojo que verdaderamente se impuso a Enrique.

—No seas impertinente, Enrique—dijo en ese momento Rafael, que había avanzado algunos pasos y volvía hacia el grupo—: no te obstines en ofrecerte donde no te necesitan.

Enrique despejó el camino y se inclinó saludando:

—Usted perdone, señora—dijo, y continuó caminando al lado de su compañero, mientras la dama seguía andando en sentido contrario.—Hombre, no te creía tan escrupuloso—agregó—; pero a mi edad es disculpable un chicleo.

—Y si te hubiera ocurrido alguna

vez lo que a mí me sucedió hace tiempo, quedarías curado para siempre de esas malas tentaciones de lanzar galanteos a las mujeres que andan de noche por las calles.

—¿Lo que te ocurrió hace tiempo? ¿Has tenido, pues, alguna aventura?

—Y tal que todavía, al recordarla, me tiritan las carnes, aunque han transcurrido ya unos veinte años. Yo tenía, como tú, la mala costumbre del galanteo callejero: en viendo de noche una mujer sola y de buen talante, no podía vencer la tentación de ofrecerle mi compañía; algunas aceptaban; otras me repelían indignadas; y otras gritaban para llamar al guardián. Pero un día, una noche, mejor dicho, me encontré con la horma de mi zapato.

—Pues, entonces, refiéreme lo ocurrido, para sacarme de curiosidad y para ver si me sirve de escarmiento.

—Si quieres que te lo cuente, acompáñame hasta casa: allí encontraremos algo que comer y una buena taza de té caliente, estaremos solos y podremos charlar a gusto.

—¿Y quién resiste a la tentación de ese doble placer? Una cena tranquila y una historieta interesante no son cosas que se puedan desechar en una noche de invierno. ¡Adelante!

Anduvieron todavía unas tres o cuatro cuadras, hasta que llegó Rafael a una casa de hermosa apariencia y que denotaba abundancia y holgura. Abrió la puerta, entraron ambos, desembocaron en una galería bien alfombrada y penetraron a una pieza: allí encendió Rafael el gas y éste alumbró un comedor muy amplio, elegante y confortable.

—Acércate a la mesa, mientras preparo la cena: es cosa de un momento.

Y fué poniendo sobre la mesa jamón, algunos fiambres, dulces, vino y el servicio necesario, y en seguida hizo arder la mecha de una anafe, sobre el cual puso un jarro de plaqué.

—Mi mujer —dijo—, siempre que voy al teatro, solo o con ella, deja té con leche listo y a mi gusto, y no hay más que calentarlo un momento.

Y ambos amigos se sentaron a cenar.

II

—Venga ahora el relato—dijo Enrique, después de encender un cigarro y acomodándose en la silla.

—Pues, allá va—contestó Rafael, encendiendo también el suyo.

El hecho ocurrió hace algunos años, como te he dicho—continuó—. Tenía yo entonces veintidós y estudiaba leyes: estaba, pues, en esa edad de los enamoramientos fáciles y en que nos arrastra hasta un palo de escoba, si viste de modo que le dé aspecto femenino. Mi familia vivía entonces en Valparaíso y yo estaba solo en Santiago, en una casa de pensión, y me sostenía con lo que me mandaban de mi casa y con un empleo en el Ministerio de lo Interior, con todo lo cual me alcanzaba y sobraba para los gastos de alojamiento, vestuario y demás y hasta me quedaban algunos pesos para divertirme. Pero no creas que fuera tunante, ni mucho menos: enamorado, sí, como buen estudiante y como fruto de la edad, pero no remoledor ni fiestero: la prueba es que no salí mal en ningún examen ni perdí tiempo en mis estudios.

Pues bien, una noche, fui después de comida a casa de una familia y allí estuve charlando hasta poco después de las once de la noche; y desde esa casa me dirigí en compañía de un amigo y por no dejarlo solo, hacia el puente de "Calicanto", como se le llamaba y que todavía existía entonces, y llegué con mi compañero hasta la entrada de la Cañadilla, charlando y andando lentamente. Allí lo dejé y me volví hacia el centro.

Al recorrer por segunda vez el puente, no muy bien iluminado, encontré al pie de uno de los baratillos de los pilastrones a una mujer, señora o muchacha, pues no la distinguí bien al principio, que, inclinada hacia el suelo, parecía buscar algo con cierto empeño. Al oír mis pasos,

la mujer se irguió y entonces, a la escasa luz de un farol distante, pude columbrar que era joven y no mal parecida.

Me le acerqué resuelto a emprender una aventura y recordando una balada, traducida de no se qué idioma y que por ese tiempo se había publicado profusamente, hasta en los almanaques, interrogué a la dama diciéndole:

—¿Qué haces aquí, bella niña,
Tan sola en este lugar?

Indudablemente había leído ella también la balada, pues me contestó sin demora, pero cambiando las palabras:

—Busco un anillo perdido
Y no lo puedo encontrar.

—Pero con tan escasa luz será difícil que lo encuentre, señorita—le observé.

—Y por eso no puedo hallarlo, señor—me replicó.—¿Tiene Ud. fósforos?

—Sí, señorita; y buscando el anillo a cuatro manos es más probable que lo encontremos.

Y encendí un fósforo y antes que a buscar el anillo me dediqué a mirar el rostro de la dama, y en eso gasté ese fósforo, un segundo y un tercero. Era una muchacha de unos 22 ó 23 años, francamente buena moza, morena, de grandes y hermosos ojos negros, y vestida con sencillez, de manera que se veía bien que ni era mujer del pueblo ni tampoco de clase acomodada.

—¡Vaya, señor!—me dijo, entre burlona e impaciente.—En lugar de alumbrar el suelo, Ud. me está alumbrando a mí.

—Naturalmente: Ud. busca un anillo, mientras que yo me he encontrado una joya.

—Déme los fósforos: yo alumbraré y buscaré.

Y alargando una mano, que no era precisamente mano de fregona, me

tomó la caja de las manos y comenzó a encender fósforos y a alumbrar con ellos el suelo, mientras yo la ayudaba también a buscar. No había pasado un minuto de este trabajo, cuando dijo la dama:

—¡Aquí está! ¡lo encontré!

Y ví que efectivamente recogía del suelo un anillito de pocas apariencias y que talvez no valdría más de unos cinco o seis pesos.

Se irguió nuevamente, se puso el anillo en un dedo de la mano izquierda y extendió en seguida la derecha hacia mí diciéndome:

—Aquí tiene los fósforos, señor: muchas gracias.

Pero extendió la mano con movimiento muy vivo y tropezando con ella en la baranda del puente, se le saltó la caja de la mano y fué a caer al lecho del río.

—¡Ay, señor, por Dios!—exclamó.
—¡Qué torpeza! ¡Se me han caído los fósforos al agua!

—¿Y será Ud. capaz de afligirse por cosa tan insignificante?

—Insignificante... sin duda, pero tan útil... sobre todo si es fumador.

—Lo soy, mas no vale la pena pensar en ello.

—¿Me disculpa Ud., pues, mi torpeza, después de haberme prestado un servicio?

—La disculpo, pero con una condición.

—¿Cuál, señor?

—Que me permita Ud. acompañarla en su camino.

—¡Ay, por Dios!... ¿Y qué dirá la gente?

—Pero ¿piensa Ud. ir gritando por la calle: “¡este joven viene acompañándome!”?

—¡Qué ocurrencia! Ja, ja, ja. ¡Pero es que yo vivo muy lejos!...

—Y yo también: vivo al lado de Ud., señorita.

—¡Quién lo creyera! ¡qué casualidad!

—Pues le aseguro que es la verdad;

vamos andando y lo verá por sus ojos.

Hizo un mohín de coquetería y, como resolviéndose después de dudar, dijo:

—¡Bueno, pues! Pero note que yo no lo convido.

—Ya lo veo: soy yo quien me convido y Ud. me tolera.

Y echamos a andar, indicándome ella la dirección, hacia el barrio de la Recoleta.

—El piso es malo, señorita—le dije—y las calles muy oscuras: a lo mejor vamos a dar un tropezón y una caída.

—Pues, no hay cuidado por mí.

—Per Ud., que tiene tan bonitos ojos, nó; pero por mí, sí, y por esto le ruego que me sirva de apoyo.

—¿Cómo?

—Tomándose de mi brazo.

Opuso algunos melindres, pero acabó por aceptar y se me cogió del brazo y así seguimos andando, bien unidos y conversando muy amistosamente.

III

La muchacha era viva, aunque no se mostraba muy alegre, pero era conversadora y en la conversación se mostraba lista e inteligente... Nó, no era lo que tú piensas. Esa fué mi idea al principio. Pero, mientras andábamos, en la conversación, en el trato y en los modos, pronto adquirí el convencimiento de que no era tal cosa, pero sin que pudiera yo entrar a definir qué cosa era, hasta que ella misma me dió algunas noticias.

Pertenecía, según me dijo, a una familia modesta, pero decente, y trabajaba durante el día en casa de una modista de cierto nombre y era una de sus primeras ayudantas, y con lo que ganaba contribuía al sostenimiento de su familia; eran varios de casa y vivían en la modestia propia de sus rentas; y tenía dos hermanos hombres, uno empleado y otro estudiante, madre y dos hermanitas me-

nores. Ese día había habido una obra muy urgente en casa de la modista, porque una señora esperaba para el día siguiente un traje muy rico con que debía asistir a un matrimonio, y por esta causa había tenido ella que quedarse en el taller trabajando hasta tarde, hasta terminar el traje.

—En la casa les previne—agregó—que tendría que trabajar hasta tarde de la noche, y uno de mis hermanos debía ir a buscarme al taller para venírnos juntos. Quedamos en que iría mi hermano a las diez y media; pero no llegó: a las once quedé desocupada y esperé a mi hermano hasta las 11 1/2, y en vista de que no llegaba y por el temor de que se hiciera más tarde todavía, tuve que resolverme a venirme sola, con mucho susto. Y al pasar por el puente, se me cayó el anillo y por eso me encontró allí Ud.

—¿Y cómo se le cayó el anillo, señorita?

—¡Preguntón!

—¿Venía Ud. jugando con él?

—¡Ave María! ¿Que es Ud. juez del crimen? ¡Vaya! Le diré la verdad. Tenía miedo de venirme sola por estos barrios, y entonces puse el anillo en el suelo, con la seguridad de que no faltarían comedidos, entre los transeúntes, para ayudarme a buscarlo; y tenía el pensamiento de elegir entre los comedidos el que me pareciera más digno de confianza para servirme de compañero hasta llegar a mi casa.

La ingenuidad con que me refería su estratagemma aumentó mis simpatías y me hizo formarme mejor opinión de ella. Sobre este particular seguimos conversando, y noté que hablaba con volubilidad, con cierto buen humor y aún con cierta sencillez, sin melindres ni coquetería, como para decirme y probarme: "Soy una buena muchacha; no una pizpireta casquivana y callejera; y conste que si he aceptado su compañía ha sido en parte por necesidad y en parte porque Ud. me ha sido simpático; pues

no habría aceptado la del primero que llegara."

¿Era verdad todo lo que me decía? Tú juzgarás por lo que sucedió después. Pero entre tanto puedo asegurarte que a los diez minutos de conversación y de andanza ya había corregido yo mis primeras impresiones, y que lo que en el puente se me había figurado un simple lance callejero ya me iba pareciendo un verdadero hallazgo, un caso de fortuna superior.

Y seguíamos andando, y en medio de la charla animada y voluble, en que ella iba tocando todos los temas imaginables y en que a ratos procuraba hacerme hablar también a mí, llegamos a la plazuela de la Recoleta y salimos de allí para entrar en una de las calles transversales más cercanas al río, y donde la luz era más escasa y mucho más raros aún los transeúntes.

Apenas conocía yo aquel barrio, talvez no había pasado más de una vez por esas calles, e iba en consecuencia por terreno casi absolutamente desconocido para mí, y muy pronto perdí hasta las últimas nociones de orientación, pues mi compañera y guía cruzaba calles, torcía esquinas y cambiaba a cada momento de dirección y de rumbo, y se me formó en la cabeza un verdadero laberinto.

En esta parte de nuestro camino noté que la dama daba mayor animación a nuestra conversación y multiplicaba sus preguntas y variaba los temas, como si no quisiera dejarme espacio libre para mis pensamientos; y, a la vez, como si hubiera aumentado en su ánimo la confianza que yo parecía inspirarle, enlazaba más estrechamente su brazo con el mío y se acercaba más a mí con familiar intimidad, pero siempre con mucho tiento y con una naturalidad admirable, so pretexto de lo obscuro de la calle y lo malo del pavimento.

Al fin llegamos a una calleja muy solitaria y entramos en una cuadra en uno de cuyos costados no había

edificio alguno, sino tan sólo mura-
llas que cerraban sitios eriales, mien-
tras en el otro se veía una sola ca-
sa, situada más o menos en la
mitad de la cuadra y en cuyo frente
no se veía señal alguna de vida, pues
todo estaba cerrado y a oscuras.

Te confieso francamente que aque-
llo despertó por primera vez mis re-
celos y que sentí algo como una sos-
pecha que cruzó rápidamente por mi
ánimo.

—Vamos a esa casa que está ahí
en mitad de la cuadra—me dijo mi
compañera.

—¡Caramba, qué barrio tan solita-
rio éste en que vive Ud.!

—¿No es verdad?—me contestó es-
trechándose más a mí, todavía.—¿Se
explica Ud. que haya tenido miedo de
venirme sola?

—Por cierto: tenía Ud. muchísima
razón. ¿Y ahí vive Ud. con su ma-
dre y sus hermanos?

—Ahí. De día todo esto es muy
tranquilo; pero de noche, es mucha
la soledad; sin embargo, nunca ha
ocurrido nada. A estas horas ya es-
tarán todos durmiendo.

Entre tanto habíamos llegado a la
puerta, o mejor dicho a las puertas,
pues la casa tenía dos a la calle. La
dama sacó una llave del portamone-
das y metiéndola en la cerradura de
una de las puertas, me dijo en voz
muy baja:

—La puerta siguiente es la que da
entrada a la casa; ésta que abro es
la de un pequeño taller mío en que
trabajo en las horas en que me deja
libre la modista: aquí voy a recibir-
lo, para no despertar a mi gente;
porque Ud. entrará a descansar un
momento ¿no es verdad?

Y al decirme esto último me diri-
gió una mirada que vi brillar como
un relámpago en la penumbra y ante
la cual se desvanecieron todas mis
sospechas de hacía un momento y
sentí nacer en mí un valor descono-
cido: las mujeres suelen poner todos
sus razonamientos en los ojos, y tal vez
por eso convencen con las miradas y
quemán con los argumentos.

IV

Abrió la puerta, dió un paso hacia el interior y agregó, siempre en voz muy queda:

—¡Qué obscuridad! ¿No tiene fósforos?... ¡Ah! Pero ¡qué tonta soy! Me había olvidado de que yo misma los dejé caer en el río. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Entre tanto yo había entrado tras ella, pero no avanzamos mucho hacia el interior. Se quedó un momento como dudando y después se me acercó y poniendo la boca cerca de mi oreja y echándome el aliento a la nuca, me dijo:

—Espéreme aquí un momentito, sin meter ruido absolutamente; yo entro a tientas por la otra puerta y voy a buscar fósforos.

Y antes de que yo pensara siquiera en contestarle, salió hacia la calle, tiró la hoja de la puerta tras de sí, la cerró y en seguida... ¡oí que cerraba la puerta con llave!

Aquello fué como un rayo de luz en medio de la impenetrable obscuridad que me rodeaba, una idea repentina, violenta por decirlo así y que se me impuso con la fuerza de la más profunda convicción: yo había caído en un trampa; aquella mujer me había tendido un lazo, abusando de mi juventud, de mi inexperiencia y de mis audacias de galán joven.

Dí un salto hacia la puerta y golpeé en ella con las manos, esperando que la muchacha volviera, pero no sentí ruido alguno y la hoja no volvió a abrirse.

Busqué entonces, a tientas, la chapa de la puerta, pero era una de ésas que no se pueden abrir, por dentro ni por fuera, sino con la llave. Traté de coger los maderos de las hojas y aferrándome a las salientes sacudí la puerta con bríos; pero era sólida y no conseguí moverla.

Tuve una primera impresión parecida al miedo, pero luego sentí ira, rabia, y con verdadera furia dí de patadas a la madera, que, por cierto, no cedió a tales golpes.

—¡Calma! ¡Calma!—me dije.—Pro-

curaré orientarme, pues algo he de hallar para abrir esta cerradura.

Y comencé a buscar a tientas. Fiqué la puerta con las manos y en seguida la pared hacia la derecha, y seguí andando paralelo a ella, con precaución para no tropezar, y tocándola siempre con las manos, y me encontré en mi camino con una mesa pequeña, sobre la cual no hallé sino algunos papeles como de diarios; seguí bordeando la mesa, siempre hacia la derecha, hasta que volví a ponerme en contacto con la pared, y continué por ésta, notando al andar que la pieza no tenía alfombra, ni nada que cubriera el piso entablado.

Deslizándome siempre en contacto con la pared, llegué a un ángulo y continué por la muralla que seguía a la derecha; a los pocos pasos tropecé con un mueble, y el tacto me mostró que era un peinador con mármol y espejo, con varios frascos y con olor a un perfume penetrante. Más allá del peinador recobré nuevamente el contacto con la pared y continué a lo largo de ésta hasta un segundo rincón, en donde hallé una mesita con algo encima que cayó al suelo sin mucho ruido y que no me afané en recoger.

Seguí siempre hacia la derecha, sin perder un momento el contacto con la pared y tratando de poner oído a los ruidos que podrían venir del interior de la casa o de la calle; pero el estruendo que formaba mi propio corazón con sus violentos latidos y el golpear de las venas en las sienas me impedían oír, o en realidad no había ruido alguno; mientras tanto, creía ahogarme con mi propia respiración, y tenía que mantenerme con la boca abierta, pues me parecía que me faltaba el aire, según era lo anheloso del respirar y la horrible tensión de mis nervios.

Continué mi camino, que me parecía inacabablemente largo y como si llevara dos horas andando sin cesar; y al cabo de unos cuatro o cinco pasos quedé detenido por un cuerpo duro: palpé con manos ansiosas y reconocí los fierros de una cama: había

una que ocupaba, pues, un ángulo de la pieza.

—Talvez a la cabecera—pensé—haya un velador y fósforos en él.

Seguí entonces guiándome por los fierros de la cama hasta llegar al pilar de ella que daba hacia el centro del cuarto, y torcí para seguir bordeándola: con los muslos tocaba la orilla del lecho y extendí los brazos para tocarlo y seguir guiándome; pero al hacer este movimiento, palpé un objeto que me produjo verdadero pavor y me hizo lanzar un grito: acababa de palpar dos zapatos de punta hacia arriba.

—¡Eh! ¿quién está aquí?—pregunté en voz alta, lo suficiente para despertar a un dormido; pero no contestó éste ni hizo movimiento alguno. —¿Será algún borracho?—pensé.

Me serené un tanto y volví a extender las manos, toqué otra vez los zapatos y el tacto me reveló que eran recios y de hombre. Adelanté las manos y toqué las piernas, que estaban vestidas.

—¡Un hombre vestido!—exclamé sordamente.—Si está dormido, lo dejaré así: ¡no vaya a tropezar con algún malhechor!

Y volví a extender las manos y a palpar aquellas piernas y comprobé con horror lo que no había observado un momento antes: aquellas piernas estaban rígidas y frías como el mármol. Se me heló la sangre en las venas y no tuve valor para gritar...

Procuré contenerme y seguí palpando, pero más arriba, en el vientre del que allí yacía, noté algún calor y con esto me volvió el alma al cuerpo.

—¡Nó, no está muerto!—me dije, y seguí palpando.

En el pecho había un poco de más calor y me confirmé en la idea de que el hombre estaba vivo, y de paso noté que tenía una cadena y un reloj, cuyo tic tac percibí claramente a través de las ropas. Dí otro paso, deslicé las manos desde el pecho hacia el cuello y no pude contener un grito de es-

panto, al mismo tiempo que sentí como si me hubieran dado un garrotazo en la frente.

Mi mano derecha tocó el cuello, el nacimiento del cuello, sentí en ella el contacto de un líquido tibio y pegajoso, y nada más... nada más... pues más allá del cuello ¡no había nada!... ¡no había cabeza!

No puedo explicarte lo que sentí: fué horror, miedo, espanto, pavor, desesperación infinita, locura; y grité como un chiquillo y bramé o ahullé como un perro enfermo, y quise huir y me eché a correr y a saltar en medio de la pieza, tropezando aquí y allá, hasta que sentí algo como una culebra inmensa que se me enredó en los pies, y caí al suelo, loco de terror, y sin darme cuenta de lo que me ocurría y lanzando verdaderos alaridos con una voz que me parecía que no era la mía y que venía como de otro mundo!...

V

—¡Caracoles, hombre, qué aventura!—exclamó Enrique.—Me imagino tus impresiones, por el aspecto que presentas en este momento, Rafael: estás pálido como un cadáver y tienes parados los pelos.

—Y han pasado ya cerca de veinte años desde entonces; y aun ahora me produce una conmoción violentísima. Continúo.

El rudo golpe que me di al caer me devolvió la serenidad. es decir, cierta relativa serenidad. Me senté en el suelo, me quité lo que me enredaba los pies y que eran, según me pareció, ropas que habían caído de la cama; me puse en pie y tiritando busqué a tientas la muralla, para ver si había salida por alguna parte. Y así volví a dar con la cama y con el cadáver, por el lado de la cabecera, y al tocar las almohadas hallé al pie de ellas un objeto voluminoso, redondo, sedoso... cogí aquello con los

dedos y sentí que era ¡la cabeza del muerto!

Los cuajarones de sangre adherida al pelo se me pegaron en los dedos, y queriendo librarme de aquel terrible contacto, con un movimiento nervioso que no acierto a explicarme, o que me explico por el miedo que me privaba de inteligencia, se me crisparon los dedos, los apreté, agarré aquellos pelos y levanté la cabeza y sacudí la mano, desesperadamente, en el aire y sentí el ruido sordo y el retumbo de la cabeza al estrellarse contra el pavimento. Volví a sentir miedo, más que miedo, un pavor indecible, y me quedé mudo, inmóvil durante algunos momentos.

Entonces me vino repentinamente una idea, una idea salvadora. A tientas busqué los pies de la cama y cogí con la mano izquierda una varilla transversal y con la derecha un pilar del catre y los sacudí con el intento de arrancar la varilla; pero con el sacudón, se desarmó y arranqué sin quererlo todo el pilar del catre, y éste se derrumbó con gran estruendo de tablillas y de fierros y sentí el golpe violento del cadáver contra objetos de loza y de cristal que se quebraban estrepitosamente.

Con el pilar del catre en la mano derecha, volví a buscar la muralla, llegué a tocarla, y la seguí al tacto, mientras las sienes me golpeaban y el corazón me latía con un estruendo tan grande como el que había hecho aquel catre viejo al derrumbarse. Así, pegado a la pared y tropezando en los muebles, recorrí tres paños de muralla y conseguí al fin dar con la puerta. La palpé con las manos, me orienté, elegí al tanteo el sitio que me pareció conveniente, empuñé a dos manos un extremo del pilar de fierro, y echando ambos brazos hacia atrás, para dar vuelo al movimiento, descargué contra la puerta un vigoroso garrotazo.

Tras éste dí otro, y otro y cinco y diez más, con ira, con furia, con ver-

dadera desesperación, con toda la fuerza de mi locura y de mi miedo, hasta que saltaron las maceras y entró la débil luz de la calle. Seguí dando golpes hasta que quedó un hueco suficiente para poder pasar, tiré la barra y me metí en la abertura.

¡Con qué fruición y deleite respiré el aire libre de la calle y ví la luz! Pero al dejarme caer hacia fuera, sentí con terror inaudito que había algo que me cogía violentamente de la chaqueta y me impedía salir....

El incapaz de pensar y de darme cuenta de qué era lo que me agarraba de la chaqueta, no atiné a hacer otra cosa que a quitármela y así salí a la calle en chaleco y en mangas de camisa.

Apenas puse los pies en el suelo, sentí voces, miré y ví que en esos momentos llegaban doblando una esquina y pasaban bajo el farol de ésta tres hombres y una mujer. Aquellos individuos alcanzaron a divisarme, a pesar de los cincuenta metros de distancia y de la poca luz, y oí claramente la voz de la mujer que decía:

—¡Ahí está! ¡ahí está!... ¡en la puerta!... ¡se ha salido!

Reconocí al punto la voz de la que había sido mi compañera, y ello me confirmó en mi convicción de que todo aquello no había sido sino una trampa en que se buscaba talvez una víctima para hacerla responsable de un crimen. Y si alguna duda me hubiera quedado, se habría desvanecido cuando ví que los tres hombres se largaban inmediatamente a la carrera contra mí y cuando ví que brillaban objetos metálicos, puñales seguramente, en las manos de todos ellos.

No dudé un instante y eché a correr hacia la esquina opuesta.

A lo cual contestaron los hombres con gritos de amenazas y apretando la carrera.

Corrí a todo lo que me daban las piernas, sin saber por dónde iba, desesperadamente, y sacando fuerzas e

donde jamás las había tenido, y seguí calles y torcí esquinas y pasé por donde no había andado nunca, a ciegas, sin rumbo, sin saber a dónde me llevaban las piernas, hasta que desemboqué en una calle paralela al Mapocho, y torcí hacia la derecha, corriendo siempre, corriendo sin cesar, sin saber otra cosa sino que mi vida dependía de la velocidad de la carrera.

Así poco a poco fui distanciando a mis perseguidores, y lo noté en que a cada momento iba sintiendo más lejano el ruido de sus pasos; pero no por esto cobré confianza, sino que seguí corriendo, hasta que llegué a enfrentar al puente de Calicanto y por él me metí velozmente en dirección al centro y no me detuve hasta que entré por la calle del Puente y me ví en sitio más seguro por lo central.

Allí me dejé caer en el hueco de una puerta y me quedé algunos minutos sin poder moverme, respirando con dificultad, casi ahogándome, medio ciego por la abundancia de la transpiración, zumbándome los oídos y viendo candelillas delante de los ojos.

Al cabo de algún tiempo, logré reponerme y pude respirar con más tranquilidad. Me puse nuevamente en pie y seguí adelante en busca de un guardián y al primero que encontré, le dije:

—Guardián, es de extrema urgencia para mí hablar con el Comandante de Policía. ¿Cómo podré verlo?

—¡Bah! Muy a tiempo, señor: no hace mucho que pasó a caballo hacia la Plaza.

—Pero si él va de a caballo y yo de a pie, no lo alcanzaré. Hágame el favor: toque con el pito la llamada de comandante.

—Yo no puedo hacer eso.

—Hágalo bajo mi responsabilidad: lo conozco personalmente; soy empleado del Ministerio de lo Interior y se trata de un asunto de suma gravedad.

Dudó el guardián; pero, con mi

insistencia, tocó al fin la llamada, la reiteró y la repitieron los guardianes más lejanos y antes de cinco minutos sentí el galope de un caballo y poco después llegó el Comandante al sitio en que yo lo esperaba.

VI

—¿Qué hay? ¿por qué ese llamado, guardián?—preguntó el Comandante rematando el caballo cerca del grupo que formábamos el guardián y yo.

—Soy yo quien lo ha hecho llamar, comandante—respondí—: Rafael Lira, del Ministerio.

—¡Hola, mi amigo! ¿Con que Ud. es el hombre que arma esta pitadera de guardianes?

Y el comandante se desmontó; lo llevé al hueco de una puerta y allí le expuse todo lo que me había acontecido, entre las exclamaciones de mi oyente.

—¿No ve, pues? ¡Eso le pasa por enamorado!... ¿Y sabrá dar con la casa?—me preguntó.

—Poco me fijé en el camino, ni a la ida ni a la vuelta, pero creo que daré con el sitio.

—Guardián, toque inmediatamente llamada a clase y a oficial—ordenó—. Iremos a caballo—agregó dirigiéndose a mí—: el llanto sobre el difunto.

—Y haga pedir, comandante, algún capote, pues este traje no es bueno para excursiones nocturnas.

Muy pronto acudieron un oficial y un sargento y el comandante dió las órdenes convenientes:

—Teniente Cortés, váyase de carrera al cuartel, lleve la llave de mi oficina, saque de ella un capote mío y se viene con él y con diez hombres de a caballo. Sargento Parra, desmóntese y déle su caballo a este caballero.

Seguí dando detalles al comandante y a los pocos minutos regresó el teniente con la tropa pedida y con el capote, que me vino muy oportunamente. Y sin perder tiempo nos dirigimos por el puente hacia el barrio de la Recoleta, sirviendo yo de guía.

Trabajo me costó dar con el camino, tuve que andar y desandar muchas veces diversas calles, pero a fuerza de ir y venir y de buscar puntos de referencia, al fin llegamos al sitio solitario y señalé la casa del crimen; la puerta con una hoja con los tableros rotos fué el testimonio de que había dado con aquella vivienda.

—Teniente, llévase siete hombres y rodee la manzana; cabo Aguilar, llame a esa puerta.

Llamó y no contestó nadie.

—¡Eche abajo la puerta!

El cabo dió tres o cuatro culatazos en la cerradura y la chapa saltó sin demora y la puerta quedó abierta de par en par.

—Cabo, vigile la puerta y las ventanas vecinas.

El comandante y yo echamos pie a tierra y, adelantándose él, entró en la pieza y encendió fósforos y buscó si había algún mechero de gas. Había uno, abrió la llave, encendió el gas y la pieza quedó perfectamente iluminada.

¡La pieza estaba absolutamente vacía!

Ante la exclamación de asombro que me arrancó aquel espectáculo, me miró el comandante con fijeza y después me preguntó:

—¿No estará equivocado, mi amigo? ¿Está bien seguro de que fué aquí?

—Segurísimo, comandante.

—¿No habrá habido traguitos de por medio?

—Pues tómeme el aliento.

—¡De veras! No ha habido trago. ¿Y qué significa esto, entonces?

Examiné el suelo y no tardé en encontrar en las tablas manchas oscuras y pedazos pequeños de vidrio y de loza.

Inclinóse el comandante, frotó las manchas con el dedo y luego se irguió para mirar el dedo a la luz.

—Efectivamente — dijo —: es sangre fresca, que se ha querido disi-

—Fíjese en esto, comandante: es

tas manchas deben ser de sangre; estos trozos son de las cosas que rompí en medio de mi espanto.

mular frotando el suelo con los pies.
—¡Ah! Mire allí, comandante, la muralla!

Y le señalé en distintos sitios de las paredes unas huellas rojizas.

—¿Ve Ud.?—le observé.—Después de tocar el cuello cortado de aquel hombre, al buscar a tientas la salida, siguiendo las paredes, fui dejando esas manchas en el papel.

—¡Exacto, es la verdad!... ¡Pero Ud. debe tener sangre también en las manos!

Me miré la derecha y ví todavía en ella, sobre todo entre los dedos, muchas manchas oscuras y pequeños coágulos, que me produjeron una gran impresión de horror.

Examiné después el hueco que había hecho a barretazos en la puerta y encontré en la madera desastillada muchas hilachas y pedazos pequeños de tela.

—¡Venga Ud. a ver, comandante!—exclamé.—Fíjese en que estos restos de tela son del mismo color de la de mi chaleco y mis pantalones.

—¡Cierto! ¡Los mismos colores!

Pero no había más: todo aquello probaba al comandante la absoluta veracidad de mi relato, pero no daba indicios acerca del paradero de los habitantes de la vivienda.

—¿Qué horas serían cuando estuvo Ud. aquí?—me preguntó.

—No podría precisarlo, pero puedo sacar la cuenta. A las 11 $\frac{1}{4}$ me despedí de la visita, a las 11 $\frac{1}{2}$ habré llegado al puente y habré invertido unos cinco minutos hasta que me despedí de mi compañero y volví a pasar por el puente; otros cinco de conversación con la mujer y en busca del anillo; quince o veinte por lo menos anduve con ella; no puedo precisar el tiempo que permanecí en esta pieza, pero no habrán sido menos de diez minutos o quince; otros diez de carrera, cinco de descanso, cinco

de llamada del guardián, veinte o veinticinco hasta el momento en que partimos a caballo y una media hora en busca de la casa.

—En total, dos horas: sí, no está mal la cuenta, pues van a ser las 2 de la mañana. Los criminales han podido disponer, pues, de unos 45 minutos para sacar los muebles, si es que no comenzaron a hacerlo mientras Ud. huía. En 45 minutos o una hora se puede hacer la mudanza de una pieza con pocos muebles, pero los badulaques no han podido ir muy lejos.

El comandante llamó a la puerta vecina, y como no contestaran, la hizo derribar: la puerta y la ventana correspondían a dos piezas vacías, y no había más en toda la casa. Se registraron los alrededores y no se encontró ningún vestigio. Dejó allí el comandante algunos guardianes, regresamos y nos fuimos cada cual a su casa.

Al día siguiente el comandante dió parte al juez, presté mi declaración, bien detallada, y tanto el juez como el comandante pusieron vivo empeño y sagacidad en aclarar aquel misterio, pero nunca se pudo descubrir absolutamente nada.

Sólo algunos días más tarde se encontró en un potrero distante un cadáver completamente desnudo y sin cabeza, semi-enterrado y semi-devorado ya por los perros, y no fué posible identificarlo. La cabeza no se halló en parte alguna. El juzgado tuvo que mandar sobreseer por falta de datos.

¿Comprendes ahora, mi querido Enrique, que desde entonces no volviera, jamás en mi vida, a galantear mujeres en la calle ni a meterme en aventuras de ese género?





INDICE

	<u>Págs.</u>
Dinero mal habido	1
¡Ahora otro!	21
El negocio de los cueros	43
La señal de fuego	67
Por una apuesta	85
Un bofetón bien merecido	109
Extraña medicina	127
El ladrón	147
Amorío callejero	167





